

REVISTA

Cuadernos del

Caribe

San Andrés Isla, Colombia
Número 19 · Enero - junio · Año 2015
ISSN: 1794-7065 (Impreso)
ISSN: 2390-0555 (En línea)

REVISTA

Cuadernos del Caribe



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
SEDE CARIBE

INSTITUTO DE ESTUDIOS CARIBEÑOS

REVISTA Cuadernos del Caribe

Número 19 enero - junio ▪ Año 2015

ISSN 1794-7065 (Impreso) ▪ ISSN 2390-0555 (En línea)

www.revistas.unal.edu.co/index.php/ccaribe

Cuadernos del Caribe es una revista de difusión de artículos producto de investigaciones, reflexiones y revisiones bibliográficas, enmarcada dentro de la perspectiva de los Estudios del Caribe (desde, sobre y para el Caribe) y preferiblemente con enfoques trans y postdisciplinarios. Los artículos remitidos deben ser originales e innovadores, no publicados con anterioridad o simultáneamente en otra revista.



Excepto que se establezca de otra forma, el contenido de esta revista cuenta con una licencia creative commons "reconocimiento, no comercial y sin obras derivadas" Colombia 2.5, que puede consultarse en <http://creativecommons.org/licenses/by-ncnd/2.5/col>

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Rector general
Ignacio Mantilla Prada

SEDE CARIBE

Director
Raúl Román Romero
Secretaria de Sede
Alexandra Yates Munar

COMITÉ CIENTÍFICO

Dernival Venâncio Ramos Júnior, Dr.
Universidade Federal do Tocantins
dernivaljunior@gmail.com
Nadia Celis Salgado, Dra.
Bowdoin College
ncelis@bowdoin.edu
Emilio Pantojas García, Dr.
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras
emilio.pantojas@gmail.com
Johannie James Cruz, Dra.
Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe
jamesc@unal.edu.co
Margaret Shrimpton Masson, Dra.
Universidad Autónoma de Yucatán, México
maggieshripton@yahoo.com.mx
Raúl Román Romero, Dr.
Universidad Nacional de Colombia, Sede Caribe
rromanr@unal.edu.co
Inge Valencia Peña, Dra.
Universidad Icesi
ihvalencia@icesi.edu.co
Angel G. Quintero Rivera
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras
agquinterorivera@yahoo.com

COMITÉ EDITORIAL

Catalina Toro Pérez, Dra.
Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá
ctorop@unal.edu.co
Elissa Lister, Dra.
Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín
elister@unal.edu.co
Francisco Avella Esquivel, M.Sc.
Pensionado
pachoavella@gmail.com
Yusmidia Solano Suárez, Dra.
Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe
ysolanosu@unal.edu.co
Vilma Díaz Cabrera, M.Sc.
Universidad de La Habana – Cuba
cielo26@gmail.com
Laura de la Rosa Solano, Dra.
Universidad Santo Tomás
laura.delarosa.solano@gmail.com
Raquel Sanmiguel Ardila, Dra.
Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe
rsanmiguela@unal.edu.co
Silvia Mantilla Valbuena, Dra.
Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe
scmantillav@unal.edu.co

DIRECTORA

Yusmidia Solano Suárez
Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe
©2015

EDITOR:

Luis de la Rosa Rodríguez
Asistente de edición
Carmen Elena Simancas
Corrección de estilo
Laura de la Rosa Solano
Asistente para la versión virtual
Jhonatan Steve Reyes Correa

Diseño y diagramación versión impresa
Julián Hernández-Taller de Diseño

Impresión
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.

Imagen de portada:

Fotografía correspondiente a un fragmento de la pintura mural *Niña* del pintor Manuel Páez (Bocesse).

Imagen de contraportada:

Yesenia, obra del pintor Manuel Páez (Bocesse). Las pinturas que ilustran el contenido de este número de Cuadernos del Caribe son de la autoría del pintor Manuel Páez (Bocesse). Las fotografías son de Edgar Barragán, con excepción de las que aparecen en la nota del Observatorio de procesos sociales del Gran Caribe del Instituto de Estudios Caribeños que fueron suministradas por el Observatorio. Estos materiales fueron gentilmente cedidos por sus autores para su publicación.

CONTACTO:

Instituto de Estudios Caribeños
Universidad Nacional de Colombia–Sede Caribe
San Luis Sector Free Town N° 52–44
Tel.: 57-8-5133390/91 Ext. 29617
San Andrés Isla, Colombia
cuadernos_caribe@unal.edu.co

Cuadernos del Caribe–San Andrés: Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe, 2014.
RevCuaCar n19-2015
Regular: Semestral
1. Estudios del Caribe. 2. Ciencias Sociales y Humanas. 3. Gran Caribe. 4. Caribe colombiano. 5. Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Contenido

- 7 Editorial
- 11 Música urbana en San Andrés isla.
¿Hacia una etnicidad más inclusiva?
DARIO RANOCCHIARI
- 25 Una agenda *falsbordiana* para los estudios literarios en el Caribe colombiano
MÓNICA MARÍA DEL VALLE IDÁRRAGA
- 35 Procesos sociales juveniles en el contexto rural y subregional Córdoba, Sucre y Montes de María
ÁNGELA MARÍA RODRÍGUEZ
- 45 *De cierta manera*. Lecturas de Frantz Fanon en Sara Gómez
CAMILA VALDÉS LEÓN
- 53 Marcus Garvey: diáspora y nacionalismo negro
BESSIE GRIFFITH MASÓ
- 61 Una fuente olvidada para la historia de la alimentación en el Caribe durante el siglo XIX: *El médico botánico criollo*, de Renato de Grosourdy.
JOSÉ RAFAEL LOVERA
- 79 La relevancia y trascendencia del humanismo de Juan Bosch en la mirada de José Antonio Soto
ISRAEL ESCALONA CHADEZ
- 83 Memorias del conversatorio perspectivas de integración del archipiélago con el gran caribe
- 101 Autonomía, independencia o *status quo*. ¿Qué les conviene más a las islas?
HAROLD BUSH
- 107 Observatorio de procesos sociales del Gran Caribe del Instituto de Estudios Caribeños
- 109 Sobre la revista
- 111 Normas para autoras y autores
- 113 Comité editorial Revista Cuadernos del Caribe
- 114 Comité académico Revista Cuadernos del Caribe
- 115 Evaluadoras y evaluadores Revista Cuadernos del Caribe



Editorial

Al poner en circulación el número 19 de la revista Cuadernos del Caribe, tenemos muchos motivos de celebración y euforia.

En primer lugar hemos decidido agregar a las secciones habituales una más, que llamaremos en adelante “Fi Wi Kana”¹ y que estará dedicada a publicar en creole, inglés o castellano documentos, artículos, fotos, debates, memorias de eventos, reflexiones y comentarios sobre el acontecer del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. De esta manera nuestra revista se constituye como la primera publicación académica que tiene una sección de este tipo, a través de la cual busca ofrecer un espacio de diálogos frente a todas las dinámicas de la sociedad insular, en el que podrán participar todas las personas que quieran aportar su creatividad para hacernos una sociedad con mejor convivencia y mayor equidad y felicidad para todas y todos. Queremos así retomar la tradición inaugurada por los primeros números de la revista, en particular los números 1², 2³, 3⁴ y 4⁵, que

1 “Our corner” en inglés, “Nuestra esquina” en castellano

2 El número 1 de nuestra revista tuvo como tema “Visiones y proyectos para el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina” y en él se publicaron documentos de planificación y síntesis de las discusiones de las propuestas, razones y visiones sobre el devenir de las islas que presentaron las principales entidades gubernamentales, el sector empresarial, ONGs y demás exponentes de las mismas en el marco del seminario Proyectos de desarrollo para el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina que fue convocado por el Instituto de Estudios Caribeños y su Maestría en Estudios del Caribe durante los meses de febrero y marzo de 2001.

3 El número 2 de Cuadernos del Caribe estuvo dedicado a presentar la “Voces de San Andrés” que fue resultado de “*un seminario con distintos sectores sociales acerca de las difíciles circunstancias por las que atraviesa la isla y sus perspectivas de solución, así como sobre la situación de cada sector en la actualidad y su visión de futuro.*” (Ramírez, Socorro; Restrepo, Luis Alberto (2001) Presentación Cuadernos del Caribe No. 2). Este seminario hizo parte de la investigación Crisis y convivencia en un territorio insular.

4 El número 3 de la revista se centró en las lenguas y las culturas en el Caribe y publicó “por un lado las memorias del seminario Lengua, Educación y Cultura en el Contexto del Caribe Occidental, realizado entre el 20 y 22 de mayo de 1999 en la isla de San Andrés, y por otro, los resultados del Estudio Lingüístico para la implementación de un Programa de Bilingüismo en el Municipio de Providencia y Santa Catalina entre el año de 1998 y 1999.” (Sanmiguel, Raquel (2002), Prefacio de Cuadernos del Caribe No. 3).

5 En el número 4. de Cuadernos del Caribe se publicaron “36 entrevistas realizadas, en distintos momentos de 2000, 2001 y 2002, a 34 personas de San Andrés y dos en Providencia, organizados en orden alfabético de sus apellidos. Todos los entrevistados ocupan un lugar destacado en la

estuvieron dedicados a presentar las voces de las gentes de las islas para promover la creación de “... un espacio para la divulgación de documentos que abran el debate y reflexión acerca de los problemas que enfrenta la región Caribe insular y continental, así como los que contribuyan al entendimiento del objeto caribe en todas sus dimensiones.” (Cuadernos del Caribe No.1, 2001)

El nombre *Fi Wi Kana* fue resultado de una consulta que hicimos pública entre gente de la isla de San Andrés y a la que respondió principalmente el personal raizal que trabaja en la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia. A todas y todos, gracias por su entusiasmo y aportes para llegar a este significativo y sonoro nombre.

Para inaugurarla nada más adecuado que publicar como texto completo las Memorias del evento académico del Green Moon Festival del año pasado, que debatió sobre las Perspectivas de integración del archipiélago con el Gran Caribe y en el que intervinieron Silvia Mantilla, Sally Taylor, Fady Ortiz, Germán Celis-Gordon, Eddy Williams, Raquel Sanmiguel, Harold Bush, Samuel Robinson, Raymond Howard, Kent Francis, Jack Housni y Julio Gallardo. Hace parte de esta sección en este número un artículo corto de Harold Bush en el que nos plantea una seria reflexión sobre las alternativas de autonomía, independencia o status quo, planteando el interrogante ¿qué les conviene más a las islas? a partir del cual queremos abrir un debate sobre ese tema en el cual se puedan expresar en esta sección las distintas posturas que existan y que serán publicadas por nuestra parte.

En “Fi Wi Kana” también incluimos en este número apartes del boletín número 1 del Observatorio de Procesos Sociales del Instituto de Estudios Caribeños de la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia, el cual da cuenta de lo que hace este observatorio en su conjunto y las salas situacionales de mujeres y género, juventud y de grupos étnicos, cada una en particular.

Otro motivo de regocijo lo constituye la aceptación por parte de personas destacadas y prestigiosas de hacer parte de nuestros comités académico y editorial, las cuales aparecen relacionadas en la sección final de la publicación. A esas personas, junto con las y los evaluadores, les expresamos nuestros reconocimientos y gratitud por aceptar hacer parte del propósito de construir una revista útil y dinámica que muestre la producción intelectual y creativa de los diversos saberes desde, sobre y para el Caribe, lo que nos puede llevar, si lo hacemos rigurosamente a ganar las condiciones para indexar esta, nuestra revista.

En cuanto al contenido, nos complace presentar los artículos de esta edición. Tenemos el artículo de Dario Ranocchiari, Música urbana en San Andrés isla. ¿Hacia una etnicidad más inclusiva?, en el cual nos cuenta cómo en la actual producción musical urbana sanandresana hecha por jóvenes se dan prácticas culturales y discursivas que podrían contribuir a generar una identidad local más inclusiva, a partir de procesos de negociación de la etnicidad mucho más abiertos a la diversidad realmente existente en el territorio.

vida de las islas y, en distinta medida, han incidido y continúan influyendo en su destino” (Ramírez, Socorro; Restrepo, Luis Alberto (2002) Presentación Cuadernos del Caribe No. 4).

En el artículo Una agenda *falsbordiana* para los estudios literarios en el Caribe colombiano de *Mónica María del Valle Idárraga*, la autora aboga *por* una crítica literaria contextualizada que dé la posibilidad de que los críticos colombianos entren al concierto del Gran Caribe con una voz clara y propia. Para ello *propone* que los críticos literarios del país y de la Costa Caribe se adentren en el trabajo de Fals-Borda, quien con sus aportes puede permitirles avanzar en esta perspectiva.

Por su parte Ángela María Rodríguez, en su artículo Procesos sociales juveniles en el contexto rural y subregional Córdoba, Sucre y Montes de María, nos narra cómo, para hacer posible la movilización social de las y los jóvenes, se ha requerido de aperturas democráticas, apoyos de los entes territoriales, contribuciones de la sociedad civil, aportes de innovación pedagógica, pero sobre todo del compromiso de las propias juventudes, como condiciones que están haciendo posible disputarles al consumismo, a las violencias armadas y a las actividades delictivas la atención, el interés y la dedicación de esta nueva generación de caribeñas y caribeños.

El artículo De cierta manera. Lecturas de Frantz Fanon en Sara Gómez, de Camila Valdés León, analiza el largometraje De cierta manera de Sara Gómez como un excelente ejemplo de las lecturas cruzadas que configuran el mapa cultural complejo del contexto cubano de los años 60 y 70 del siglo XX, en el cual fructificaron las lecturas de la obra de Frantz Fanon y otros intelectuales caribeños de importancia para el pensamiento emancipador y descolonial de la región.

Un aporte importante en la historia de los movimientos de las poblaciones descendientes de africanos en el Caribe, lo constituye el artículo Marcus Garvey: diáspora y nacionalismo negro de Bessie Griffith Masó, en el que a partir de analizar las condiciones históricas del momento, la autora presenta la caracterización del movimiento liderado por Marcus Garvey, como el que alcanzó mayor reconocimiento y transcendencia entre la población negra de América, explicando los factores que le permiten hacer esta aseveración.

Por su parte, José Rafael Lovera, en su artículo Una fuente olvidada para la historia de la alimentación en el Caribe durante el siglo XIX: *El médico botánico criollo*, de Renato de Grosourdy, intenta reivindicar la obra con ese título y autor, editada en París en 1864 en cuatro tomos, como fuente de la historia alimentaria de la región del Caribe durante el siglo XIX. En ese extenso trabajo se hace un reconocimiento implícito a los saberes de las comunidades y a la cultura popular en general, asunto no muy común en los europeos de la época.

Como reseña en esta ocasión presentamos la realizada por Israel Escalona Chadez al libro Juan Bosch. Su pensamiento humanista, caribeño y universal de José Antonio Soto.



Música urbana en San Andrés isla. ¿Hacia una etnicidad más inclusiva?

Urban Music in San Andrés Island. ¿Towards a More Inclusive Ethnicity?

Dario Ranocchiari¹

Recibido el 17 de abril de 2015.

Aprobado el 14 de junio de 2015

RESUMEN

Este artículo presenta la música urbana sanandresana (archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, Caribe insular colombiano) como un ámbito musical relevante en los procesos de negociación de la etnicidad. Sugiere que, como práctica cultural y discursiva estrechamente relacionada con las nuevas generaciones y, en particular, con los llamados *fifty-fifties* (personas nacidas en el archipiélago que tienen un genitor raizal y uno “pañá”, es decir, originario del territorio continental colombiano), esta música se encuentra en una posición proficua para contribuir a generar una identidad local más inclusiva que la raizalidad clásica.

Palabras claves: etnografía, etnomusicología, identidad étnica, hibridez, reggaetón, dancehall, reggae, Caribe Occidental, San Andrés y Providencia, Colombia

ABSTRACT

This paper shows how San Andrés' urban music (archipelago of San Andrés. Providencia and Santa Catalina) constitutes a relevant musical environment linked to processes involving ethnicity negotiations. It suggests that as far as it is a cultural and discursive practice associated to new generations, particularly to the so named *fifty-fifties* (persons who have been born in the archipelago with one of his/her parents being a raizal while the other is a “pañá”), this music has stood on a profitable position leading it to promote a local identity which is more inclusive than the classical raizality.

Key words: ethnography, ethnomusicology, ethnic identity, hybridity, reggaeton, dancehall, reggae, West Caribbean, San Andres and Providencia, Colombia

¹ Antropólogo, Doctor en Antropología Social y Diversidad Cultural de la Universidad de Granada, España. Actualmente es Postdoctoral fellow–INET-MD, DeCA, Universidad de Aveiro, Portugal. Dirección de correo electrónico: darianoc@gmail.com

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo se basa en el trabajo de campo etnográfico² realizado para mi tesis doctoral en San Andrés y Providencia. Como cada trabajo etnográfico, tiene los límites que la honestidad y las contingencias le han dictado: límites de tiempo (he residido en San Andrés y Providencia doce meses, repartidos en cinco estancias realizadas entre 2010 y 2012), límites de alcance (¿cuánto puede entender en un año un antropólogo italiano, residente en España, de una realidad tan compleja aunque geográficamente reducida como es la de San Andrés y Providencia? ¿Cuánto de lo que ha pasado en las islas en este plazo de tiempo es generalizable y cuánto es solo el fruto de situaciones contingentes y excepcionales?) y, también, límites personales (cada investigador tiene sus idiosincrasias, que dirigen inevitablemente su mirada hacia ciertos aspectos y la desvían de otros).

Sin embargo, me gusta pensar también que algunos de estos límites puedan transformarse, no digo que en puntos de fuerza, pero sí en oportunidades para diversificar la mirada. Oportunidades para las y los sanandresanos, por ejemplo, de ver algunos procesos que están teniendo lugar en sus tierras –procesos de los que saben más que nadie, porque los viven en su cotidianidad– con los ojos de alguien que los vive por primera vez. Alguien que seguramente no los entiende en profundidad (Geertz (1973) hablaría de *densidad*), pero que precisamente en virtud de su fundamental extrañeidad al contexto puede tal vez contribuir a que las y los sanandresanos dispongan no solo de conocimientos *densos* sobre su realidad, sino también de conocimientos *diversos* respecto a los que poseen como actores y observadores autóctonos.

Es por eso que en este artículo para *Cuadernos del Caribe*, seguramente la revista académica que más impacto social directo tiene en el archipiélago, he decidido abordar el tema de las identidades étnicas vehiculadas por la música urbana y su posible aporte a una configuración identitaria más inclusiva comparada con el sistema actual altamente polarizado.

Estoy consciente de que es una elección arriesgada: ningún ámbito musical sanandresano es tan vital, cambiante y reciente como el de la música urbana, y no tengo dudas de que muchas cosas han cambiado desde mi última visita al archipiélago y que por lo menos algunas de las que voy a tratar ya no están vigentes. Además, a diferencia del abanico de géneros que conforman el ámbito normalmente definido por las personas de San Andrés como “música típica” o el de la música coral religiosa (gospel), el ámbito de la música urbana no suele asociarse explícitamente a los procesos de negociación de la etnicidad en curso en el archipiélago. Ni los músicos urbanos, ni los militantes raizales, ni los llamados “pañas”, consideran a esta música entre sus marcadores étnicos: como consecuencia, mis reflexiones respecto a sus relaciones con la etnicidad se basan fundamentalmente en interpretaciones personales y tienen pocas referencias que las corroboren explícitamente en las entrevistas que he realizado.

Sin embargo, precisamente la naturaleza abierta de este fenómeno y la gran variabilidad de sus posibles articulaciones con los otros procesos sociales, culturales y políticos que ocurren en las islas, son dos factores que me hacen pensar que fomentar el debate sobre ello puede resultar útil para que las personas que viven en este hermoso archipiélago puedan disponer de más herramientas para pensar (o repensar) la realidad isleña.

Antes de pasar a reflexionar sobre la música urbana es importante clarificar en qué sentido utilizo aquí el concepto de etnicidad. Para empezar, no lo uso nunca como sinónimo de “etnia” (que podría definirse como un grupo humano que se considera o es considerado distinto de otros por sus rasgos culturales y en parte genéticos, sino

2 La investigación ha sido financiada por la Consejería de Innovación, Ciencia y Empleo de la Junta de Andalucía y hecha posible por la colaboración de la Universidad de Granada, la Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe y el INFOTEP de San Andrés Isla. El autor agradece en particular a Ángel Acuña Delgado, Yusmidia Solano Suárez, Silvia Torres y María Matilde Rodríguez.

sobre todo por tener *consciencia* de su peculiaridad o presunta tal). Tampoco coincide con “identidad étnica”, que concibo fundamentalmente como la consciencia de las peculiaridades culturales y, en algunos casos, genéticas (o presuntas tales), que permiten a un grupo definirse como diferente de otros. Las identidades étnicas se apoyan en marcadores culturales que se activan (se marcan) según las contingencias y en respuesta a estrategias específicas. La idea de contingencia está relacionada con el concepto de articulación que, en mi opinión, Stuart Hall desarrolla de la forma más útil. La articulación puede ser definida como un vínculo no necesario entre dos elementos sociales/culturales, un vínculo que se crea en una contingencia específica (Hall & Du Gay, 2003, p. 13-14). Puede producirse, o no; pero no casualmente, sino en razón de condiciones históricas y coyunturales que, sin embargo, no garantizan su producción efectiva. Una articulación no es definida por una relación de causa-efecto, aunque sí tenga causas y efectos: una vez constituida, contribuye a la definición del contexto en el que opera. Además, requiere continuos procesos de negociación para continuar existiendo, pues en ella no hay garantías de continuidad (Restrepo, 2004, p. 36-37).

Esto sí nos lleva al concepto de etnicidad, también mutuado de Hall, que yo utilizo en este escrito y que me parece particularmente útil para entender el complejo juego de negociaciones identitarias en curso en el archipiélago. Me parece útil, sobre todo, porque rompe el juego dualístico y esencialista que, en los debates cotidianos en las islas, lleva a un enfrentamiento continuo sobre posiciones aparentemente irreconciliables. Restrepo define la etnicidad de Hall como una “sin garantías”, en el sentido en que depende de articulaciones específicas que no necesariamente se constituyen y no necesariamente perduran. Se trata de un contextualismo radical que impone un análisis de las articulaciones que permiten la existencia de la etnicidad en un determinado contexto, más que de las “esencias” étnicas. En este sentido, y para definir el uso que hago

del término, la etnicidad no coincide con la diferencia (cultural, social, biológica) sino que en realidad es una modalidad (entre otras: el género, la clase, la raza...) históricamente articulada de problematización de la diferencia en un régimen discursivo específico. Del mismo modo, la raza no corresponde a las diferencias biológicas; es una modalidad de régimen discursivo en la que lo biológico se entiende como efecto de verdad.

Otro aspecto del concepto de etnicidad de Hall es que no se aplica solo a las llamadas “minorías étnicas”, sino a todos los grupos humanos que comparten un sentido de identidad colectiva. O sea, la etnicidad de Hall no es aplicable sólo a los “otros” (subalternos, del mundo y de Europa) porque no responde a la lógica de la otredad radical que contraponen los europeos (en el sentido histórico y no geográfico del término), identificados con la mismidad, a los no-europeos reducidos a la categoría de la otredad. La modalidad discursiva de la etnicidad se aplica también a los europeos, aunque su posición hegemónica de poder les haya permitido definirse en otros términos (eticidad no marcada).

La etnicidad de Hall, entonces, sólo existe en relación a otras etnicidades, y en relaciones asimétricas de poder. Para estudiarla(s), hay que colocarla(s) en la sintaxis histórica específica en que opera(n) y evitar definiciones especulativas y homogeneizadoras. Restrepo lo explica de forma muy clara:

Estrictamente hablando la etnicidad no existe: existen etnicidades concretas, históricamente situadas, desde las cuales se pueden decantar analíticamente las condiciones de existencia compartidas para suponer una modalidad específica, pero plural, de inscripción/problematización de la diferencia que llamaríamos etnicidad. Aunque pueden suponerse ciertos rasgos generales de lo que denominamos etnicidad la tarea más significativa es analizar las formas como las etnicidades efectivamente constituidas se encuentran inscritas en contextos históricos específicos. (Restrepo, 2004, p. 44)

Me parece que al entender a la etnicidad, con Hall, como una modalidad discursiva dependiente de las articulaciones históricas específicas (que pueden o no ser activadas por los actores sociales, o sea por las personas reales que viven sus vidas reales y toman sus decisiones cotidianas), se puede intentar hacer reflexiones más provechosas respecto a las negociaciones identitarias en curso en las islas que si nos quedáramos anclados en el dualismo rígido entre raizales y “pañás”.

2. LOS FIFTY-FIFTIES Y LA CUESTIÓN GENERACIONAL

La música urbana es una expresión del cambio radical derivado del aumento exponencial del peso (económico, cultural, político, social) de las dinámicas globales en el contexto local del archipiélago. Si la globalización no es una novedad sustancial de finales del siglo XX y se remonta al inicio de la modernidad, la intensidad que ha alcanzado en las últimas décadas ha transformado la vida social con una rapidez raramente vista con antelación, que amplifica las de por sí fisiológicas diferencias culturales y de cosmovisión entre las generaciones. Es en este sentido que hay que leer la música urbana sanandresana como “música de los jóvenes”, a pesar de que exista una fuerte e innegable continuidad entre los actuales géneros urbanos (reggaetón y *dancehall*, fundamentalmente) y otros géneros caribeños como el *soca* y el *zouk* (llegados desde la década de los años 1970 y disfrutados a través de los *sound systems* o *pick ups* locales).

Simultáneamente y del mismo modo que en buena parte del Caribe, el crecimiento de la industria turística en las islas no se ha acompañado del incremento de la valorización del patrimonio cultural local, sino del desarrollo de actividades relacionadas con el ocio, el exotismo y la sensualidad (Sheller, 2003, p. 36). Se han multiplicado los bares y las discotecas, frecuentadas también por isleños pero pensadas sobre todo para atraer al mercado turístico. Este tipo de bares y discotecas, muchas veces situados en

el centro urbano y en conexión con hoteles (es el caso de las discotecas del Sol Caribe Centro y del Hotel Sunrise, por ejemplo), ha empezado a constituirse en un circuito musical fundamental para la difusión, entre otros géneros, del reggaetón y del *dancehall* internacionales así como de las producciones locales.

Es también por eso que esta “música de los jóvenes” se encuentra en el punto crítico de la que Sally G. Taylor define como “tercera fractura” en la historia del archipiélago, esto es el conflicto interétnico surgido como consecuencia de la autoconciencia ganada por el pueblo raizal como etnia y gracias a su reconocimiento normativo recogido en la Constitución de 1991 y en la legislación diferencial posterior (García-Taylor, 2010, p. 78). Si antes la cuestión de la “pureza” étnica no era evidente –y los discursos y prácticas de diferenciación se articulaban mucho más en el plano racial– desde ese momento las uniones interétnicas sí empezaron a ser problemáticas, pues con el reconocimiento legal de la diferencia de derechos legales en el territorio del archipiélago entre visitantes, residentes y raizales, la hibridez derivada de las uniones mixtas –los llamados *fifty-fifties*– aumentó la brecha entre los grupos enfrentados. La ambigüedad aumentó aún más por la diferencia evidente entre un esencialismo étnico en teoría (los raizales son los que tienen dos apellidos raizales, que tienen como lengua materna el inglés estándar o el creole, que comparten ciertos valores sociales y culturales anteriores a la colombianización, etc.) y una realidad cotidiana de convivencia intercultural *de facto* (García-Taylor, 2010, p. 78).

Así, los jóvenes en su mayoría ya no se identifican plenamente con la idea clásica de raizalidad (en caso de ser de familia raizal) ni con los valores culturales de la Costa Caribe o del interior colombiano (en caso de ser “pañás”). La mayoría de ellos tiene familias mixtas; la intensificación de las relaciones entre las islas y Colombia continental –y la contemporánea disminución de las que conectaban tradicionalmente al archipiélago con el resto del Caribe anglófono

y con los Estados Unidos de Norteamérica— han acercado la cosmovisión de muchos raizales a la colombiana; al mismo tiempo, las peculiaridades culturales, ecológicas y sociales de San Andrés y Providencia han unido a “pañas” y raizales bajo la común condición insular forjando, si no todavía una identidad afirmativa común, sí un sentido de apego compartido por el territorio.

Es significativo en este sentido que algunos jóvenes estudiosos isleños (entendiendo el término en su sentido amplio y no como sinónimo de raizal) hayan empezado recientemente a reflexionar sobre un colectivo invisibilizado, que sin embargo está destinado a volverse en tiempos muy breves en decididamente mayoritario en las islas: los *half & half*, *fifty-fifties* o “miti-miti” — hijos de raizales y “pañas”. Los análisis de Lorna Ramírez-Torres (2005), Silvia Torres (2010) y de la ya citada Sally Taylor muestran, a través del caso de los *fifty-fifties*, los problemas de una categorización identitaria basada en una división maniquea entre raizales y “pañas”.

Nota Taylor que factores tales como la justa resistencia de los raizales frente a la colombianización, la expropiación del territorio terrestre y marino, el desplazamiento económico y la sobrepoblación, constituyen la base de la que ha sido definida como «conflictualidad latente» (Avella, 2002). Se trata de un conflicto sobre todo discursivo —perteneciente al campo semántico de la *doxa*— que si bien no produce una contraposición violenta (que hasta ahora afortunadamente se ha evitado) sí conduce a la invisibilización de estos Otros inclasificables que son los *fifty-fifties*, hijos de raizales y del “enemigo invasor” colombiano (García-Taylor, 2010, p. 15-16).

Si los *fifty-fifties* han empezado a aparecer como categoría (y problema) desde finales de la década de 1990, esta parcial visibilización no ha significado reconocimiento sino una discriminación más explícita (García-Taylor, 2010, p. 128-129). Un ejemplo de eso es el hecho de que estos sujetos tengan la posibilidad de participar en las organizaciones raizales sólo con una condición:

en algunos escenarios de participación y organización comunitarias tradicionales Raizales se observa que se niega el concepto de lo *Half & Half* o *Fifty-Fifties*, puesto que, para ingresar a los espacios de participación y toma de decisiones sobre lo Raizal hay que rechazar de tajo la propia herencia o influencia ‘paña’ en sí misma. Esto conduce a negar el dilema de estos sujetos y los obliga a asumir una posición exclusivamente desde lo Raizal, generando así una polarización: ‘O te asumes como Raizal o no eres Raizal’. Aquí los puntos medios no son aceptados. Por el contrario, son reflejo de debilidad, impureza y contaminación de una etnia que cada vez es más reducida en número. [...] De esta manera la raizalidad construye un discurso cohesionado y fuerte frente a la nación o al Estado que hace soberanía sobre su territorio a partir de la negación de la hibridez y de los que reivindican dicha condición como tal. Así pues, en esas circunstancias, los *Half & Half* son otra cosa y no precisamente Raizales. (García-Taylor, 2010, p. 126).

Según la autora, para evitar los problemas de convivencia que puede causar la polarización raizales/“pañas”, los *fifty-fifties* deberían asumir su identidad híbrida y hacer su parte «para contribuir al diálogo cultural, la convivencia y la construcción de una nueva etnicidad Raizal que sea más incluyente y abierta al cambio» (García-Taylor, 2010, p. 18).

El recorrido personal y de trabajo de Taylor y de otras investigadoras e investigadores isleños testimonia la necesidad creciente de los estudiosos sanandresanos de hacer las cuentas con los profundos cambios en curso en la sociedad de la que constituyen la vanguardia intelectual. Así, los incipientes debates sobre el papel y la identidad híbrida de los *fifty-fifties*, sobre los “pañas” nacidos y crecidos en el archipiélago (muchos de los que hablan creole y tienen referencias culturales parecidas a las de sus coetáneos raizales) y sobre sus coetáneos raizales genealógicamente “puros” (que a su vez hablan español y tienen también fuertes referencias culturales colombianas continentales)

tienen que ser leídos en primera instancia como parte de los procesos de negociación en curso en las islas. En suma, el locus de enunciación de estos estudiosos –o “constructores de discursos” sobre las islas– devela el profundo carácter político de sus investigaciones, que se enmarcan en buena parte en la Maestría de Estudios del Caribe de la Sede Caribe de la Universidad Nacional, pero también en instituciones más locales como el INFOTEP y el SENA.

Por otro lado, como muestra Torres, los “pañás” no son en ningún modo un colectivo homogéneo sino exclusivamente una expresión para señalar a los colombianos no-raizales residentes en las islas (Torres, 2010). Pero también para esta autora, el paso fundamental a cumplir es sobre todo el de construir un sentido de pertenencia colectivo que prescinda de la raizalidad clásica, si no de la raizalidad *tout court*, para los que sienten a San Andrés como su casa. Este sentido de pertenencia pasa, para ella, por la idea de insularidad más que por la de etnicidad en las articulaciones que se han dado hasta ahora en las islas.

Es la idea de “ser isleños”, o de “ser sanandresanos”, que vuelve y se va llenando de nuevos significados y vinculaciones emocionales en los debates abiertos en San Andrés y Providencia. El de la insularidad sería un modelo inclusivo, no discriminatorio, de expresar la identificación con la idiosincrasia actual del archipiélago. Una identificación que no necesariamente se basa (sólo) en criterios genealógicos como son los de la raizalidad clásica y los que determinan la posibilidad de ser reconocidos como raizales por instituciones como la OCCRE³.

A la hibridez de los *fifty-fifties* reivindicada por Sally Taylor se añade también, en otras palabras, la identificación colectiva como sanandresanos: personas que comparten no solo el accidente biográfico de haber nacido en las islas sino un sentido de pertenencia basado en las especificidades

culturales (multiculturales y en algún caso interculturales) del archipiélago.

En este paso desde lo estrictamente genealógico a lo más genéricamente cultural se basa la relevancia en la construcción de una idea inclusiva de “sanandresanidad” que le atribuyo a la música urbana. La cuestión generacional, o sea la cuestión natural del gap entre la cosmovisión de los adultos y los jóvenes, en los años de las décadas de 1990 y 2000 se ha visto ampliada por cambios globales de portada inédita: la relativa facilidad de circulación archipiélago-Colombia, el ingreso de los *mass media*, el papel cada vez más relevante recubierto por internet, han hecho que los jóvenes sanandresanos de hoy compartan cada vez más rasgos de una misma cultura *popular* con sus coetáneos en Colombia y en el Caribe, diferenciándose marcadamente en ese aspecto en relación con las generaciones anteriores.

En conjunción, fenómenos sociales como el incremento de las uniones mixtas y por consiguiente de los *fifty-fifties*, la relativa estabilización de los flujos demográficos en ingreso en las islas y la nueva “mentalidad pluricultural” introducida por la Constitución de 1991 en los discursos sobre la idea de nación, han contribuido a establecer una nueva modalidad –quizás un nuevo nivel– de identificación colectiva que, aunque todavía apenas se está esbozando, ya deja entrever algunos caracteres innovadores respecto a las formas anteriores de entender a las identidades étnicas.

3. LA MÚSICA URBANA ENTRE LOCAL Y TRANSLOCAL

La música urbana es uno de los fenómenos culturales más evidentes y desarrollados de la cultura popular compartida por la juventud sanandresana, una cultura que podríamos llamar *glocal* (Robertson, 1992) pues el espacio en el que se produce y difunde a la música urbana sanandresana no es solo local, sino cada vez más translocal y virtual. En mi opinión, esta última característica es central para la definición del ámbito de

3 Oficina de Control de Circulación y Residencia, encargada del control poblacional y de expedir las tarjetas de residencia legal en el Archipiélago.

la música urbana y de su peculiaridad respecto a los otros ámbitos musicales del archipiélago, tan central que me atrevo a decir –por muy paradójico que pueda parecer– que su carácter translocal está en la base del éxito de esta música como música local

(Ochoa, 2003, p. 11). Al hablar de “local”, me refiero al carácter territorialmente marcado de los géneros incluidos en este ámbito, localidades que vienen reconocidas por los músicos y los oyentes sanandresanos y que tienen un papel activo en su experiencia musical y en las concepciones que a ella suelen asociar: Jamaica para el *dancehall* y Puerto Rico, Panamá y algunas Antillas hispanas para el reggaetón. Pero, en un juego de espejos más amplio, me refiero también a San Andrés como una localidad de referencia de estas músicas para los sanandresanos: una localidad que se define precisamente a partir de las “originales”. El archipiélago, frontera y cruce en el Caribe de lo anglo y de lo hispano, extensión de Jamaica y de Latinoamérica por su peculiaridad insular colombiana, es visto por ellos –y por su público en Colombia y en el resto del mundo– como una localidad legítima de producción de estos géneros musicales. A través de la translocalidad del reggaetón y del *dancehall*, se define la localidad de San Andrés como centro de producción de la música urbana.

Así, a pesar del carácter translocal de los géneros urbanos, la música urbana en San Andrés se hace central en por lo menos tres aspectos relacionados con cuestiones de identidad colectiva y etnicidad. El primero tiene que ver con los jóvenes como categoría social, distinta de las generaciones precedentes no sólo por las naturales razones de edad sino también por los radicales cambios sociales y culturales que han caracterizado a las islas en las últimas décadas. El segundo también tiene que ver con los jóvenes, pero desde un punto de vista diferente: no tanto el transversal de la pertenencia a la misma generación, sino sobre todo el vertical de la pertenencia étnica. Me refiero a los *fifty-fifties*, en su mayoría jóvenes porque la mayor ola migratoria hacia el archipiélago data

de la década de los años 1980, y aún más porque su visibilización como categoría es reciente.

Pero también a los jóvenes raizales, que reivindican su talento natural para el *dancehall* en cuanto gente del Caribe anglo, y a los “pañás” que ven en el reggaetón un modo de conciliar las dos almas caribeñas –el *reggae*, pero hispano– de la isla donde han crecido. Respecto al tercero, está relacionado con las modalidades de gestación, producción y fruición de estas músicas, en las que las tecnologías digitales y la web tienen un peso preponderante. Estas tecnologías han permitido una ulterior transformación del mercado musical global, amplificando el carácter translocal o directamente global de estas músicas, pero sin obstaculizar por eso su papel de catalizadores de identidades locales.

Dejando a un lado por ahora los artistas urbanos sanandresanos que ya han conseguido insertarse exitosamente en el mercado musical colombiano y en ocasiones internacional (como K-yo, Buxxi, Jiggy D, Obie-P, Hety & Zambo, Rayo & Toby) la prioridad para los jóvenes músicos que no han salido aún de las islas es que su canción suene en las discotecas locales, posiblemente interpretada (performada) en vivo por sus autores (un DJ y un cantante o más comúnmente –por influencia del reggaetón– un dúo de cantantes). El paso previo es, naturalmente, grabar la canción y, aunque en San Andrés hay solo uno o dos estudios de grabación profesionales, debido a que la mayoría de los músicos urbanos al comienzo de su carrera no tocan con instrumentistas sino que componen la música a través de programas de computación, estos no son tan necesarios. Para grabar se consideran generalmente suficientes los estudios caseros que muchos productores (quienes producen las bases musicales sobre las que los cantantes sueltan sus rimas) tienen en sus casas. La (supuesta) facilidad de realización de grabaciones suficientemente bien hechas para sonar en las discotecas isleñas es uno de los elementos principales que han permitido la aparición de un número increíblemente consistente de músicos urbanos en las islas: alrededor de 150

en San Andrés y unos 50 en Providencia⁴. Es un dato significativo para medir la importancia de las prácticas musicales urbanas entre los jóvenes sanandresanos.

Pero la importancia de un computador no se limita a la de plataforma para hacer funcionar programas de producción musical como SoundForge o CuBase. Estos son también –y, quizás, sobre todo– herramientas de conexión a la web. Es internet el canal privilegiado para oír, informarse, compartir y hasta producir música urbana. Las redes sociales, los portales de *sharing* musical, las radios digitales, My Space, YouTube, etc., tienen un papel muy activo en la construcción no solo de la sensibilidad musical, sino también de verdaderas comunidades estéticas basadas en la música urbana nacional e internacional.

De hecho, hasta la producción de muchas canciones ya no es asunto solo de músicos locales, y esta situación se presenta a todos los niveles: naturalmente el de los sanandresanos “afamados”, que ya no viven permanentemente en la isla, pero también el de muchos de los menos conocidos, que en no pocas ocasiones utilizan temas o voces que han sido producidos por DJs o cantantes residentes en el continente. También las relaciones sociales instauradas con estos productores, que pueden o no ser sanandresanos de origen, tienen una naturaleza principalmente virtual: independientemente de que alguna vez se hayan encontrado físicamente o no, son las redes sociales virtuales generalistas y las de portales de *web sharing* musical los contextos de sociabilidad en los que se construyen estas colaboraciones musicales.

Así, la Web tiene un papel esencial en todo el proceso experiencial de la música urbana: algo totalmente inédito respecto a los otros ámbitos musicales de las islas. Si eso vale para la producción, aún más para la promoción: a las estrategias de difusión física (un CD llevado a

las radios locales, a los DJs de las discotecas y los bares, etc.) se añaden las virtuales, que pasan por las webs arriba citadas. También está relacionada con internet una de las prácticas más importantes de la música urbana, la producción de videoclips. Para los músicos urbanos el papel de los videos, en muchos casos, equivale o hasta supera el de la grabación sonora y suele considerarse imprescindible para que una canción llegue al público.

El papel estratégico fundamental de los videoclips en la industria musical *pop* es bien conocido (Banks, 1997). En San Andrés, tener un videoclip significa la posibilidad de hacer presencia en las redes televisión, en las pantallas de bares y sobre todo en internet. El gigante de la fruición de videos en la web, YouTube, es también el mostrador de los grupos de música urbana. Los artistas “cuelgan” ahí sus videoclips y los difunden a través de las redes sociales, y el resultado se ve en los contadores de visitas que el portal pone a disposición de los usuarios. El videoclip sirve, aún más que la publicación de una grabación sonora, para trascender la mera localidad del espacio insular y entrar a formar parte de la globalidad virtual.

4. MODE-UP: ¿A LO SANANDRESANO?

Pero al mismo tiempo, al carácter global o translocal de este ámbito musical, se añaden fortísimos elementos locales y manifestaciones de apego a “lo sanandresano”. Manifestaciones que tienden a ser ignoradas por la mayoría de las personas que critican este ámbito musical por ser globalizado, mercantilizado, ignorante de las tradiciones locales y, sobre todo, un ulterior elemento de colombianización de la cultura raizal.

Pero solo la música urbana, en San Andrés, es capaz no tanto de pensar o de afirmar discursivamente la necesidad de construir algo nuevo a partir del crisol étnico y cultural que se ha generado –para bien y para mal– con la colombianización sobre el crisol más antiguo de la sociedad raizal, sino sobre todo de actuarlo

⁴ Se trata de una estimación aproximada, que he realizado en colaboración con el INFOTEP como paso previo a la realización de un informe sobre la oportunidad de implantar un plan de formación de músicos en las islas.

en las prácticas relacionadas con el hacer música (*musicizing*, (Small, 1998)).

Durante la I Feria de Música Urbana organizada por la Fundación Ebony⁵ en 2011, que consistió en una exposición y un mercado de la música urbana sanandresana así como en una ocasión para el encuentro de los artistas residentes y no residentes en la isla, se organizó un foro de discusión sobre la naturaleza de la música creada por los jóvenes artistas locales en el archipiélago y fuera de él. El principal punto de discusión fue la oportunidad o no de bautizar a la música urbana *made in San Andrés* con un término unívoco, compartido por la mayoría más amplia posible de artistas.

La necesidad de este “bautizo” tiene razones ideológicas, pero también estratégicas. No se trata solo de afirmar una identidad cultural *in fieri* –la de los “nuevos” sanandresanos, de crisol de “paña” y raizal– sino sobre todo de establecer una marca musical que permita identificar a San Andrés como centro de producción musical actualmente en auge en Colombia, y que sin embargo suelen ser etiquetados genéricamente como temas de reggaetón, o a lo máximo como *socas* y *dancehalls*. Aparte unas pocas voces de disenso, la gran mayoría se expresó a favor del “bautizo”.

Se organizaron unas votaciones para elegir el nombre y resultó ganador el neologismo *mode-up*. Si el significado literal es oscuro⁶, lo es menos la referencia que ha dado origen al término: una vieja caseta de música, situada en Orange Hill (un sector muy raizal de la Loma) donde en los años de las décadas de 1960 y 1970 los jóvenes de la época (padres y abuelos de los actuales artistas urbanos) iban a rumbear. Como se ve, muchos elementos de este proceso de maduración de la música urbana sanandresana apuntan por varias

vías a retomar una relación fecunda con las raíces culturales de la isla, a pesar de que esta música suele ser estigmatizada como un ejemplo de la pérdida de la herencia cultural raizal a consecuencia de la colombianización.

Claro está que quienes perciben la música urbana de esta manera también tienen sus razones. El desbordar de un género musical tan marcadamente hispano cual es el reggaetón no podía ser aceptado sin polémicas en una sociedad marcada de forma tan profunda por las heridas de la aculturación llevada a cabo por la cultura hegemónica nacional. Pero es precisamente por eso que el proceso de difusión del reggaetón en San Andrés, su fusión con los ritmos anglocaribeños y el surgimiento del *mode-up* representa un recorrido extremadamente sugerente para el futuro.

Cuenta Shungu:

[En 2008-2009] la música que hacíamos en San Andrés rotaba en internet que daba miedo. O sea, los paisas podían sacar una canción y la bajaban solo en Medellín. Nosotros sacábamos una canción y la bajaban en Medellín, Barranquilla, Cartagena, Santa Marta, Bucaramanga, Bogotá... Panamá... [Sacábamos] una canción y bruum, 10.000 descargas, ¿me entiendes? Empezaron a salir artistas isleños, se hacían *dancehall party* en Cartagena, *dancehall party* en Medellín, *dancehall party* en Bogotá... [...] Todo lo que pasa en Cartagena y en Barranquilla, musicalmente hablando, de música urbana, es más influenciado por lo sanandresano que por lo jamaquino y por los demás. Entonces, ahora mismo hay un miedo que así, “que si lo bautizamos [el ritmo sanandresano] entonces los paisas, también dicen que hacen *mode-up*...” Pero no. Lo que se ingenia a hacer [nuestra gente] hoy, a los paisas ni a los cartageneros se les ocurre hacerlo. Entonces se pega Rayo & Toby con un ritmo, y es a los seis meses que esos productores aprenden a hacer lo que hacemos acá. ¿Sí me entiendes? Saca un sanandresano un estilo, ya a los ocho meses es que lo imitan.⁷

5 La Fundación Ebony realiza de actividades culturales relacionadas con la cultura sanandresana (en particular urbana).

6 *Mode*=modo, modalidad, manera; *up*=alto, arriba, que sube. En la percepción de varios artistas sanandresanos con los que he hablado – sean o no anglófonos – tiene que ver con la idea de un tipo de música (*mode*) que sube en las venas de quienes lo escuchan, los entusiasma, los electriza.

7 Entrevista del autor con Shungu e Iván Samir, 25/09/2011.

La idea de sanandresanidad que se educa de esta cita es inclusiva y se sale de la dicotomía clásica raizal/“pañá”. A pesar de eso, cierta forma de raizalidad sigue siendo un elemento irrenunciable en la definición de esta música translocal que aspira a colocar a la comunidad local (San Andrés) “en el mapa mundial”:

SHUNGU: «Pero, les voy a decir una cosa que es muy importante, muy importante y muy pocas personas lo han notado. Los artistas sanandresanos que tienen más proyección, son raizales. O sea, si tú te pones a mirar lo que cantan los peñaos que son netamente continentales y solamente hablan español y solamente oyen reggaetón... olvídate.»

IVAN SAMIR: «Ellos pueden tener un *hit* pasajero, pero la cuestión está en el bilingüismo... ¿Sí me entiendes?»

SH: «Por qué, yo no lo sé. Pero si tú te pones a mirar quiénes son los artistas realmente buenos de San Andrés, todos son raizales. O sea, bien sea de padre y madre o de padre o de madre.»

DARIO RANOCCHIARI: «Que consigan entender bien a las dos culturas, de los dos lados, ¿no?»

SH: «Exacto. Y lo mismo los productores.»

IS: «Mira [DJ] Wahm ahora cómo está produciendo bien; como el padre es costeño y la madre de acá...»

SH: «Sí, la madre es raizal, y lo mismo yo, lo mismo Jacky, lo mismo Rayo, lo mismo Toby... lo mismo Buxxi, lo mismo Jiggy.»

IS: «Sí, la mayoría es la mezcla, aquí es la mezcla que...»

DR: «La mezcla gana.»

SH: «Sí. Esto está ahí.»

IS: «Es una fusión, pero no es una confusión. Que es lo que suele hacer la gente del interior cuando escucha la música de aquí: se confunden; entonces creen que están haciendo algo y mezclan de todo un poco y entonces...»

SH: «Exacto. Dicen: “No, yo fusioné *dancehall* con cumbia con merengue con no sé qué,

con bulla, con *rap*, con...” Y esta es una fusión espectacular [ríe].»

IS: «Sí, y al final no suena.»⁸

Las diferencias entre la idea tradicional de raizalidad y el concepto de raizalidad que se propone aquí como el alma de la innovación musical del *mode-up* son enormes. Sus marcadores superficiales pueden ser en parte los mismos (la gastronomía, la arquitectura, etc.) como indican algunos videoclips de *mode-up* (por ej., Hety & Zambo, 2011) pero en el fondo es otra cosa. No contraponen lo “pañá” a lo raizal, sino trata de conciliar los dos: su valor principal es la mezcla, la fusión. Es la condición de *fifty-fifty*, sea ella genealógica (como en los casos citados por Shungu) o solo cultural (como en el de Iván).

La designación de la música urbana sanandresana como *mode-up* —el simple hecho de poner una etiqueta nueva sobre una caja preexistente— indudablemente ha tenido efectos bastante rápidos. La música urbana sanandresana ha vuelto a valorizar lo local, lo sanandresano (y providenciano), como marcadores de identidad colectiva y musical. “San Andrés is in the building”, repite desde siempre Jiggy Drama en sus conciertos... pero no lo hacía en sus primeros y exitosos videoclips, de ambientación más bien urbana-andina, que han sancionado su posición entre las estrellas emergentes de la música *popular* colombiana. Las diferencias con sus producciones del periodo inmediatamente sucesivo al bautizo del *mode-up* son evidentes: en *Ig Noramus* (Jiggy Drama, 2012a) comparte el mic y la pantalla con unos jóvenes sanandresanos, en un video grabado en San Andrés por Anez Bull (talentoso *videomaker* de San Luis), mientras que en *Beautiful* (Jiggy Drama, 2012b) la belleza de una chica raizal se sobrepone a la de Providencia (como declaran explícitamente las notas de publicación del video). En ambos videos el *creole* vuelve a ser un ingrediente fuerte de su música, así como un

⁸ Ibidem

dancehall impregnado de *hip hop* que sustituye al sonido vagamente reguetonero de muchas producciones anteriores.

Algo parecido pasa con *Tek a Ride* (Hety & Zambo, 2011): el dúo graba en la isla este videoclip de una canción de amor y fiesta. El texto de *Tek a ride, creole* por “Demos una vuelta”, es una invitación a una chica a seguir a los cantantes de *party* en *party*: algo que se encuadra perfectamente en el género del videoclip de reggaetón y de *dancehall* internacional. Pero esta vez la idea de “dar una vuelta” se traspone en imágenes de otra forma: el video es una invitación a pasear por San Andrés con Hety & Zambo, “the Kings of Creole”. En el recorrido naturalmente encontramos a muchas muchachas sensuales, pero también viejos amplificadores de *pick ups* isleños, viejos buses escolares amarillos (uno de los símbolos iconográficos de la isla), ancianos rastas, enormes ollas en las que se está preparando *rundown* (comida típica local), además de carteles topográficos con los nombres de las principales localidades de San Andrés y matrículas de 4X4 con el nombre de la isla y el símbolo de la palmera.

El portal web San Andrés Music.com⁹ reúne en una de sus páginas —que está dedicada explícitamente al *mode-up*— los enlaces a los videos que acabo de citar y a muchos otros. Pero la vuelta a las raíces en la música urbana tiene un ejemplo perfecto en la maqueta *Musik From My Land* (Shungu, 2011). La carátula del disco retrata al artista a punto de golpear enérgicamente uno de los instrumentos icónicos de la música típica local, el *jaw-bone*: es una declaración de intenciones, pues los ocho temas que lo componen comparten la característica de ritmos e instrumentos típicos y urbanos. La canción *Bushman* es un buen ejemplo: propuesta en dos versiones —una más urbana y la otra más típica, aunque en ambas se ejecuten también instrumentos típicos— junta ritmos acelerados, casi de *soca*, con un canto en estilo *dancehall* y un sabor de *mento*. Sus letras traducen en términos isleños a los temas del

reggaetón y del *dancehall* clásicos, en particular a la pasión por la bebida, que en este caso no es el whisky sino el ron casero destilado ilegalmente en Providencia (*bush-rum*).

5. CONCLUSIONES

Para concluir, quiero describir brevemente otra producción musical urbana. Esta vez, se trata de una producción colectiva que, en mi opinión, ejemplifica mejor que cualquiera tentativa de explicación producida por un antropólogo italiano que solo ha residido un año en las islas, las posibilidades que tiene este ámbito musical, aparentemente apolitizado, translocal y no reivindicativo, de cubrir un papel activo en los procesos de negociación política, social y cultural del archipiélago. Y en particular en la construcción de una idea de colectividad capaz de superar positivamente el impasse actual, derivado de una historia colonial compleja pero sobre todo muy dura para las personas residentes, de cuyas últimas fases son responsables también los gobiernos colombianos.

Se trata de *Voy a luchar por lo mío* (Native Films, 2013), una producción realizada cuando yo ya había terminado mi trabajo de campo, como reacción a la sentencia de la Corte Internacional de La Haya del 19 de noviembre de 2012 que cambió las fronteras colombianas en el Mar Caribe, reduciendo drásticamente la extensión del territorio marítimo del departamento archipiélago y agravando en consecuencia aún más la difícil situación social y ecológica de las islas.

El video empieza con las notas del himno del departamento y la imagen prometedora de dos niños que corren por la playa de Sound Bay con la bandera de San Andrés. Pero pronto todo cambia: el ritmo lento y el timbre grave de un bombo de banda invade la atmósfera sonora, las imágenes se convierten en blanco y negro, la melodía del himno departamental se rompe y falla. Aparecen cientos de personas en marcha por las calles del centro, con carteles en contra del fallo —muchos carteles son los mismos que circulaban durante

9 Accesible desde <http://sanandresmusic.ning.com>.

las manifestaciones de los movimientos raizales de la década pasada. En español Gotex, denuncia el despojo de “la isla envuelta en llanto. ¡Voy a luchar por lo mío!”, declara. Llega Hety, que en *creole* pide respeto para los *islanders* y la restitución del mar. Lo mismo hacen Juancho Style y otros “pañas” y *fifty-fifties* de la compañía: “es un pueblo que clama/ el pueblo raizal pa’ una vez más unido”, “ni ellos ni La Haya nos quitarán lo que es nuestro/ más de 200 años, cultura de ancestros”. Después, otra vez el *creole* que se mezcla al castellano de “es nuestro mar, territorio ancestral”. También Billy Francis Jr. (del grupo K-Yo) aporta lo suyo en *creole*. El video termina con imágenes de barcos pesqueros parados en la ensenada del centro, mientras un cartel recita “Los isleños NO ACATAMOS dicho fallo que atenta contra nuestra comunidad”.

Esta respuesta al fallo de La Haya es probablemente la primera manifestación explícita de un sentimiento de identidad compartido por los jóvenes sanandresanos, ya sean raizales, “turcos” o “pañas”. Por una vez, es la voz unitaria de los habitantes del archipiélago llamando a defender la integridad de las islas, en oposición no solo al Tribunal Internacional y a Nicaragua, sino también al mismo gobierno colombiano –acusado unánimemente de debilidad, desinterés y mala gestión diplomática. Aunque en el largo plazo la eventual ejecución de la sentencia de La Haya no podrá más que empeorar la situación de convivencia pacífica en las islas, como reacción inmediata ha logrado unificar a sectores socioculturales normalmente enfrentados, que han podido manifestar conjuntamente su sentimiento de pertenencia a una comunidad única –la sociedad sanandresana– demostrando así sentir el territorio insular como su casa.

“Voy a luchar por lo mío”, repiten los artistas urbanos implicados en el videoclip: y lo suyo es todo San Andrés y Providencia, “territorio ancestral” –como nos recuerda no un raizal sino un “pañá” en la canción. A reclamar el apego al territorio es (en castellano) “el pueblo raizal” entero: pero ¿qué pueblo raizal? ¿El de la raizalidad

clásica o el de la nueva, que incluye a *fifty-fifties* y raizales “en espíritu” independientemente de su origen genealógico?

Me parece a mí que se trate de la segunda. Una raizalidad que quizás convenga más llamar de sanandresanidad, pues, como la música urbana sanandresana, expresa un sentido de pertenencia basado en la aceptación de las múltiples influencias que han convergido –y siguen convergiendo– en este peculiar crisol caribeño conocido en castellano con el nombre de archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Avella, F. (2002). Conflictualidad latente y convivencia abierta. El caso de San Andrés. En C. L. Díaz, C. Mosquera, & F. Fajardo (Edits.), *La universidad piensa la paz. Obstáculos y posibilidades* (pp. 77-94). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Banks, J. (1997). Video in the Machine: The incorporation of music video into the recording industry. *Popular Music*, 16 (3), 293-309.
- García-Taylor, S. A. (2010). *Los “half & half o fifty fifties” de San Andrés. Los actores invisibles de la raizalidad*. Tesis magistral, Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe, Instituto de Estudios Caribeños, San Andrés Isla.
- Geertz, Clifford. 1973. *The interpretation of cultures*. New York: Basic Books.
- Hall, S., & Du Gay, P. (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hety & Zambo. (2011). *Tek a Ride*. Bogotá: Audio Lírica.
- Jiggy Drama. (2012a). *Ig Noramus*. San Andrés Isla.
- Jiggy Drama. (2012b). *Beautiful*. San Andrés Isla: Creating Medios.
- Native Films. (2013). *Voy a luchar por lo mío*. San Andrés Isla: Native Films.
- Ochoa, A. (2003). *Músicas locales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Norma.
- Ramírez-Torres, L. 2005. De raizales, pañas y turcos a champes, gomelos y normales: identidades juveniles en la isla de San Andrés. Departamento

- de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Restrepo, E. (2004). *Teorías contemporáneas de la etnicidad: Stuart Hall y Michel Foucault*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Robertson, R. (1992). *Globalization: social theory and global culture*. London: Sage.
- Sheller, M. (2003). *Consuming the Caribbean. From Arawaks to Zombies*. New York: Routledge.
- Shungu. (2011). *Musik from my land. Música de mi tierra*. San Andrés Isla.
- Small, C. (1998). *Musicking: The meanings of performing and listening*. London: Wesleyan University Press.
- Torres, S. (2010). ¿Raizales, pañas, fifty-fifties, turcos o isleños?: Contrucción de identidades en un contexto multiétnico. *Palobra* (11), 122-143.



Una agenda *falsbordiana* para los estudios literarios en el Caribe colombiano¹

A Falsbordian Agenda for the Literary Studies in the Colombian Caribbean

Mónica María del Valle Idárraga²

Recibido el 16 de abril de 2015

Aprobado el 30 de junio de 2015

RESUMEN

La crítica literaria en el Caribe colombiano ha visto un renacimiento, al calor del renovado interés por el Caribe en el mundo y de la consolidación de relaciones institucionales dentro del Gran Caribe en sí. Esta crítica enfrenta varios retos, siendo quizás el más importante la necesidad de encontrar una voz que pueda dar cuenta de un fenómeno literario con rasgos propios únicos. Este texto propone que es el momento de que los críticos literarios del país y de la Costa Caribe se adentren en el trabajo de Fals-Borda, cuyas preocupaciones y hallazgos pueden ser más relevantes para nosotros que otras autoridades teóricas en auge en el campo. Se enumeran algunos asuntos que la mirada de Fals-Borda permitiría abordar y, desde una perspectiva decolonial, se insiste en que se precisa una crítica contextualizada que nos dé la posibilidad de entrar al concierto del Gran Caribe con una voz clara y propia.

Palabras clave: Caribe colombiano, descolonización, estudios literarios, Fals-Borda, geopolítica, literatura caribeña

ABSTRACT

As a result of a recently renewed world interest on the Caribbean and of the consolidation of academic rapports among institutions within the Greater Caribbean itself, literary and cultural criticism in the Colombian Caribbean Coast has seen a rebirth. Such a criticism faces several challenges, not being the least one the need to find a tracking voice for a literary phenomenon with unique features of its own. This paper maintains that this is a good moment for literary critics in the country and in the Caribbean Coast to visit the work of Orlando Fals-Borda, whose concerns and developments might be even more relevant for us than other important theoretical authorities highly quoted in the field. Some issues that his perspective would help us to solve are listed, and from a decolonial standpoint, it is insisted on the need for a contextualized criticism which would open for us the possibility of coming to an encounter with the Greater Caribbean having a clear, proper voice.

Key Words: Colombian Caribbean, decolonization, Literary Studies, Fals-Borda, Geopolitics, Caribbean Literature

1 Este artículo desarrolla lo condensado en una ponencia presentada en la Conferencia Internacional Anual de la Asociación Colombiana de Estudios del Caribe (ACOLEC), El Caribe más allá del litoral. El mundo rural, Montería, 24-27 de marzo de 2015.

2 Ph.D. en estudios culturales e hispánicos (de Michigan State University). Profesora asociada la Facultad de Ciencias de la Educación y de su Doctorado en Educación y Sociedad, en la Universidad de la Salle, Bogotá. Correo electrónico: mmdvalle@unisalle.edu.co.

SITUACIÓN DE LA CRÍTICA

El trabajo crítico literario sobre el Caribe colombiano, en los últimos años, se ha volcado sobre la costura de un mapa de obras y autores, unos más canónicos que otros, que se supone va configurando una noción de lo caribeño colombiano. Esta fase, que podemos considerar exploratoria, ha sido fundamental para fortalecer la biografía de esta literatura. Sin embargo, no basta. Y es previsible un estancamiento, si no se transforman las bases y supuestos del análisis en el área, pues las perspectivas analíticas a que se recurre de preferencia en estos estudios están viciadas por el sesgo particular de la teoría y la práctica en el campo y esto limita las posibilidades de, entre otros, apreciar otros temas, otras producciones, otros ángulos de trabajo. En esta medida, al día de hoy, la crítica literaria sobre el Caribe colombiano es responsable de los vacíos de conocimiento sobre la región en lo que respecta a este renglón. Sin ir más lejos, hace tan solo una década que se comenzó a divisar el efecto que tiene sobre la noción de lo literario el carácter intercultural de lo que se ha agrupado bajo el término de región Caribe.

Lo que aún sin haber sido ideal ha sido útil hasta ahora, representa actualmente un obstáculo a un acercamiento más coherente al medio, pues se precisa una labor que ilumine con fuerza y propiedad la especificidad de las manifestaciones locales. En tanto no ha podido hacer ese trabajo a cabalidad, la crítica literaria sobre el Caribe colombiano tampoco ha podido, en consecuencia, contribuir a presentar el Caribe colombiano (su literatura y su crítica misma) como un bloque con rasgos propios en el concierto de la crítica en el Gran Caribe, un bloque que sea punto de referencia para los debates sobre esta literatura y que además sea resistente para el contraste con la historia, las temáticas y los problemas propios de las literaturas de los varios frentes lingüísticos del Gran Caribe, incluido el hispano.

Los órganos sobresalientes en la ola de estudios del Caribe colombiano (el Observatorio del Caribe Colombiano, el Instituto de Estudios Caribeños, y grupos de investigación como Ceilika

y Gilcarí, de la Universidad de Cartagena y la Universidad del Atlántico, y varios críticos y críticas aislados) han hecho un trabajo que, siendo importante, es preciso en este momento reconsiderar y redireccionar.

Uno de los puntos centrales de esa revisión debe partir de la pregunta: ¿por qué importa la literatura en general y en particular en nuestro medio? Y esto porque tanto los estudios literarios como las humanidades y las ciencias sociales en general, han sido muy miopes en lo que respecta a la comprensión de la función de lo literario para la sociedad. En un mundo hondamente marcado por una historia colonial, que se ha valido de jerarquías de género y raza y de la escritura como tamices de esa exclusión, los estudios literarios han sido cómplices de mantener el status quo, al no haber sido capaces de repensar qué es lo literario aquí, cómo se expresan quienes pueden escribir y publicar y también quienes no pueden hacerlo, a qué han tenido que recurrir esos grandes bloques de la población despojados del poder de decir y de ser oídos.

En el Gran Caribe, mucho antes del auge de las tendencias teóricas poscolonialistas, el trabajo de Sylvia Wynter, por ejemplo, fue pionero en este respecto, al insistir sobre el hecho de que la imaginación es tan importante como la técnica en la vida de las sociedades (2012). Pero el suyo no fue un reclamo exclusivo. Por el contrario, como bien enseña Henry (2000), tras las independencias, esta ha sido una postura constante de intelectuales locales, puestos frente a su realidad inmediata, marcada por las secuelas coloniales y urgida de revisión y de apropiación. Llama la atención, por todo esto (tanto más en cuanto que la intelectualidad en el Caribe colombiano viene adoptando miras del Gran Caribe) la falta de protagonismo real, es decir, de visibilidad y de impacto social de los trabajos (y la docencia) en crítica literaria en esos órganos y sus estudios, en los cuales es tremendamente notorio el peso de la historia o de la economía. Y no se trata solo de una exclusión de unas disciplinas hacia otras; también es resultado, desde luego, de cierta

postura de quienes ejercen la crítica literaria o la docencia sobre literatura en la región o sobre ella.

Este estado de cosas, que leo como un desajuste o una inadecuación entre el medio y los estudios que se realizan, coincide con la radiografía que Fals-Borda hiciera de nuestra ciencia en todos los ámbitos (Fals-Borda & Mora-Osejo, 2004). Es en este sentido que considero que sus apuntes, y en particular, su propio trabajo *Historia doble de la costa*, invitan a reflexiones pertinentes y actuales y pueden indicar, a partir de ahí, senderos para que los estudios literarios nos sirvan más y mejor.

El desajuste se origina en el préstamo acrítico y la aplicación automática de marcos y teorías importados, y no por importados necesariamente inadecuados pero sí a menudo vaciados de su sentido. Es una actitud de coristas (cfr. Pachón Soto, 2013), y no de creadores; una actitud atórica y apolítica, culturalmente sumisa (cfr. Fals-Borda y Mora-Osejo, 2004). Como es sabido, fue la aguda reacción de Fals-Borda a estas prácticas en la sociología, entre otros campos, lo que dio lugar al desarrollo de la IAP (Investigación Acción Participativa) y al resultado calculado que se plasma en la *Historia doble de la costa*.

Generalizando, en los estudios literarios caribeños en Latinoamérica y en Colombia se va volviendo de rigor, como requisito de validación, que en un trabajo crítico, una tesis, aparezcan ciertas autoridades actuales, presuntamente (y esto es lo que quiero poner en tela de juicio) ineludibles, autores sin los que no podemos pensar. Los debates que han sido relevantes para otros flancos del Gran Caribe (por poner el caso, una isla que aún es departamento francés) se van descontextualizando al ser extrapolados a otras latitudes. Los temas que han nacido de ciertas circunstancias se empiezan a ver como la constelación debida de temas.

Con este proceder, empieza a parecer que lo que cambia de estudios literarios hechos en el Gran Caribe o aquí es sencillamente la geografía y que sin tropiezo se pueden usar las mismas herramientas y el mismo foco con que se ha venido trabajando desde la última moda. Se cree que

se trata de seguir haciendo lo mismo que se ha hecho tradicionalmente, solo que en torno a obras distintas. Cambian los nombres, y acaso la lengua. Nada más. Al prescindir de los contextos, los autores se vuelven como entradas lexicales, una mera palabra, y los temas empiezan a repetirse.

No se trata de postular a priori una novedad, ni de avalar unos autores o autoras por sobre otras en razón de su procedencia, como tampoco de relevar a unos para entronizar a otros. Se trata de sopesar críticamente la relevancia de tal o tal tendencia, teoría, o nombre, para nuestro contexto y, en especial, de poder enmarcar en su especificidad los fenómenos que abordamos. De manera que, en mi perspectiva, una de las tareas que quedan abiertas para los estudios caribeños en Colombia, en lo cultural y lo literario, es la de marcar lo que tienen de único, lo que aporta su diferencia al Gran Caribe, además de lo que comparte con él. Es decir, que aunque avalemos como indispensable una apertura al Gran Caribe, tenemos que estar en guardia contra la absorción a la que tendemos, y que da la impresión, falsa, que todas las polémicas, los debates y las temáticas que tienen que ver con el Gran Caribe se nos aplican sin más.

Un ejemplo nítido que muestra cómo los modelos y autores obnubilan la práctica crítica, es el que involucra a *La isla que se repite* (1989), del cubano Antonio Benítez-Rojo. Producido en un momento en que Casa de las Américas reacoplaba sus relaciones internacionales, sumando a su consuetudinario intercambio con Latinoamérica un neonato interés hacia el Gran Caribe (cfr. Laura Velasco, 2012), Benítez-Rojo echaba a andar, desde la isla, una visión del Caribe fundado sobre lo antillano. El giro en las relaciones y la nutrida biblioteca del Centro Casa de las Américas al tenor de ese hecho eran las condiciones de posibilidad de este trabajo (Benítez-Rojo, 2003) y, naturalmente, se reflejaban en el modelo heurístico que postulaba. Críticos como Torres-Saillant (2011) y Duchesne Winter (2012), han desmontado el modelo al señalar los peligros de “una maqueta operativa de la isla que genera

tropos y dispositivos de poder” (Duchesne, 2012, p. 100), su implícita herencia colonial palpable en el islo-centrismo y que perpetúa el insularismo (Ibíd.), y han señalado algún rumbo alternativo, en el caso de Torres-Saillant, una vuelta sobre lo que él mismo había propuesto en su *Caribbean Poetics: Toward an Aesthetic of West Indian Literature* que seguía el mismo modelo (p. 24), y en el caso de Duchesne Winter la proposición del sugerente concepto de “Caribe interior excéntrico”, fundamentado y plasmado en estudios posteriores suyos (2015a y 2015b). Es sintomático del problema aquí señalado que un libro tan reciente como *La isla encallada* (2015) siga teniendo como trasfondo (aún en la evocación del título) esta visión benitiana. Esto no invalida el hecho de que el Caribe colombiano se deje leer como una isla, en relación con el resto del país, desde las políticas e incluso, para lo que nos concierne aquí, las historiografías literarias. Lo que cuestiono de fondo es la permanencia de la visión benitiana, su calco y adopción, en detrimento del complejo problemático que trato en este texto

Algo similar ocurre con la obra del martiniqueño Édouard Glissant. Entre los conceptos suyos que han recibido el aplauso de los críticos, que lo han popularizado, está el de opacidad. Glissant plantea la noción de Rodeo (y la noción contigua de opacidad) para tratar un amarre cultural muy concreto: el del juego de la resistencia popular magníficamente cifrada en dos expresiones desobedientes, que se niegan a la entrega fácil, rápida, que no ceden a la ilusión de inteligibilidad. Esas dos expresiones tratadas en su libro *El Discurso antillano* —que en verdad es un discurso exclusivamente sobre Martinica— son el vudú y el creol (cfr. pp. 43-56 y 257-273). Ambas expresiones, como sabemos, tienen una historia sumamente densa con intentos de negociaciones, represión y rechazos por parte del frente hegemónico y ambas, no en vano, están profundamente atravesadas por marcas racializadas —el vudú y el creol como formas negadas, emparentadas con lo negro popular y de origen rural, en cierto momento en Haití y de Guadalupe y Martinica—;

ambas entonces unidas a esas geografías puntuales. Ambas, hasta hace poco, completamente al margen de lo oficial “nacional”, digámoslo así.

Los críticos echan mano de la “opacidad” glissantiana y del “de cierta manera” de Benítez-Rojo, para referir a cualidades de lo caribeño, y entre citaciones y aplicaciones de estos términos se pasa por alto en su totalidad el contexto de su formulación y se los generaliza y se los traduce como equivalentes de las reticencias y resistencias de grupos sociales muy diversos en situaciones bien dispares.

Con estas formas del ventrilocuismo, es fácil (y casi lícito a impulsos de la teoría) desdibujar las especificidades histórico-sociales locales. Lo que el Glissant o el Benítez-Rojo de los años ochenta estaban rastreando, analizando y criticando duramente en relación con la Martinica colonial, departamento de ultramar, y la Cuba sesgada sobre lo afrocubano, no necesariamente alumbraba, y mucho menos si sencillamente se trasplanta, los fenómenos del Caribe colombiano de comienzos del siglo XXI.

Entonces, ¿por qué insistir en ese modo de hacer, cuando tenemos frente a los ojos el trabajo inconmensurable, pionero y provocador y aún en gran parte por explorar, de un pensador e intelectual como Fals-Borda, tan comprometido con la Costa (y el Caribe) como Glissant con su Martinica? Un trabajo que nos permite pensar con más asiento y nitidez una realidad local, a la que Fals-Borda está historizando a lo largo de ejes idénticos a los que Glissant usa para mapear su Martinica, en la que se mantiene inscrito en todo *El discurso...*: el entramado socioeconómico, la pugna de los grupos sociales dispares, expresiones culturales y lingüísticas que conforman lo regional o subregional. Eso mismo, insisto, es lo que hace Glissant en todo *El discurso antillano*, y no tenemos razón para traerlo a nuestro contexto cuando el de Fals-Borda está localizado aquí, con los mismos apuntes ingeniosos, sugerentes también para los críticos literarios. Esto mismo ocurre con apartes del trabajo de Benítez-Rojo. Aún reconociendo su valor y las ideas que nos

pueden ser útiles para reflexiones sobre lo literario en el Caribe, yo encuentro mucho más útil las explicaciones de Fals-Borda sobre las especificidades socio-culturales, de raíz histórica y racializada, para la costa Caribe colombiana (por ejemplo, su análisis del “a todo señor, todo honor” (1979-2002, p. 154B, tomo I), que el muy vago y abarcador “de cierta manera” que Benítez-Rojo propone como una matriz explicativa de actitudes y saberes de raíz afro en el Caribe que le interesa marcar.

MOTIVOS DE UNA AUSENCIA

¿Por qué Fals-Borda no figura como centro sugerente en nuestro trabajo? Me he dado varias respuesta, que son más bien sospechas. Además de las cuestiones ideológicas, que de seguro no pesan poco, deben contar también las rencillas de los académicos que matan y hacen desaparecer al padre teórico para poder vivir.

Mi segunda sospecha atribuye su ausencia de nuestros cotos a la fijeza de linderos disciplinares que encasillan a los autores de posible referencia en un campo y se mantienen alejados de otros, para evitar una imaginada contaminación. Presumirán algunos que siendo sociológico de raíz, su trabajo no toca lo literario. Si este fuera el caso, habría que recordar que (para seguir con nuestro ejemplo inicial) el mismo Glissant era, además de literato, etnógrafo, historiador y filósofo de formación. Podríamos así mismo volver sobre la manera como Fals-Borda se acercaba a lo literario culto (y popular), algo sobre lo cual tenemos un testimonio explícito en su respuesta a las lecturas que algunos académicos han hecho de *Historia doble de la costa*. Allí, Fals-Borda le concede a Raymond Souza que ésta y *Rayuela* de Cortázar “son análogas en la articulación de sus diversos estilos y formas internas de comunicación” (1998-1999, p. 232), una constatación que no tiene poca importancia como reconocimiento del traslapamiento de campos y la elaboración de poéticas políticas.

Mi tercera sospecha, quizás la de más peso, es el snobismo académico que nos empuja a buscar

(y citar) al último autor de renombre, especialmente si es francés, inglés o estadounidense, sin importar el momento y en especial el contexto que lo llevó a su formulación y al cual la dicha formulación responde en una relación o como solución de congruencia. Es decir, el colonialismo que Fals-Borda comenzó por poner en entredicho. En el caso de los estudios sobre el Caribe, en lo literario y lo cultural al menos, hay que señalar que no es desdeñable el papel de la geopolítica del conocimiento (como la delinea Mato, 2003). No es gratuito que tanto la obra de Benítez-Rojo como la de Glissant se hayan popularizado primero (gracias a su publicación en inglés), en Estados Unidos. El circuito que pone a circular autoras, autores, obras, temas relevantes y lugares dignos de atención, pasa ineludiblemente por ese país, sus instituciones, y por el mercado editorial asociado a estos centros hegemónicos, y por conferencias como LASA, o CSA, y aun los centros de investigación en el Caribe se nutren de esa dinámica y la perpetúan a su vez.

Con todo, puede que la cuestión sea tan simple como que sencillamente la obra de Fals-Borda ya no se lee.

Es lícito, con todo y mis suposiciones anteriores, plantear algo más atrevido como fondo en esa borradura de Fals-Borda en tanto referente del trabajo crítico literario. Lo podemos hacer modificando una de sus preguntas al comienzo de la *Historia doble de la Costa*: “¿Existe, en verdad, una historia elitista contrapuesta a una historia popular, como lo implican estas técnicas? ¿Puede haber interpretaciones distintas, causadas por intereses de clase y orientaciones ideológicas diferentes, de unos mismos hechos históricos? ¿Va cambiando la manera de leer, enseñar, comprender y hacer la historia con el paso de las generaciones de estudiosos? A estas preguntas —dice él— por lo que la experiencia y el análisis epistemológico van enseñándonos, se puede responder afirmativamente” (1979-2002, p. 57B, tomo 1). Para mí, la fractura entre la visión elitista en que se soporatan los estudios literarios —su idea de lo literario como condición meramente estética y reflejo de

la trascendencia del espíritu, y su concentración sobre el terreno seguro de lo escrito— y el mundo en el que se ejercen, es la causante directa de su desentendimiento real del mundo circundante; la causa más fuerte son esos “intereses de clase y orientaciones ideológicas”.

AÚN HOY... SENDEROS SUGERENTES

¿Dónde veo la relevancia, aún hoy, del trabajo de Fals-Borda en su *Historia doble de la Costa* y en su impulso en general, para los estudios literarios y estudios sobre la cultura del Caribe colombiano, de cara a una comprensión propia más nítida y a un diálogo con el Gran Caribe en general? Precisamente en un giro en “la manera de leer, enseñar, comprender y hacer [la crítica literaria]”, que pasa ante todo por una revisión de los procedimientos, una apertura a temas ignorados y un distinto posicionamiento del crítico en su medio.

Quisiera mostrar la necesidad de este giro, a partir de una enumeración de los vacíos y distorsiones que percibo en los estudios sobre lo literario y lo cultural del Caribe colombiano. Esos vacíos y distorsiones son los siguientes:

1. La inclinación a interpretar de manera muy cerrada y esquemática el contexto que los estudios literarios tienen como rutina. Conciben el contexto en términos de un par de fechas (la de aparición de la obra, la de la franja de vida del autor y en algunos casos el tiempo del relato), como si las meras fechas bastaran para explotar la complejidad de las demandas internacionales/nacionales y locales a que reaccionan los escritores y escritoras, los editores, los lectores incluso. Pero sabemos que el contexto es mucho más que eso y que, para poner un solo ejemplo, al estudiar las posturas feministas de Marvel Moreno³ y de sus personajes no tendríamos justificación para dejar de lado su

vida en Francia, precisamente durante los años de intensa discusión teórica feminista.

2. La delimitación apriorística de lo llamado regional que hace que se encuadre a las obras y los autores a la fuerza en una cuadrícula que a lo mejor descuadran. Aquí también entra el asunto de la periodización, de suyo siempre complejo. ¿Dónde situaríamos a Fanny Buitrago, verbigracia? ¿Con los nadaístas, grupo al cual perteneció por un tiempo?, ¿con el circuito literario caleño, al que estuvo unida?, ¿con la literatura sanandresana, puesto que vivió durante muchos años en la isla, y principalmente puesto que una de sus novelas y varios de sus libros de cuentos se concentran en la isla, y por lo demás la dilucidan y esclarecen de un modo hasta hoy no repetido ni superado?, ¿en la literatura barranquillera, por su tremendo retrato de la época de bananeras, en *El hostigante verano de los dioses*?
3. El descuido sistemático (o en su defecto, la inadecuación de las herramientas analíticas) en lo que toca a saberes y expresiones populares (las cuales han sido leídas principalmente desde el frente etnoliterario, lo que en sí provoca subalternización por el hecho de situarlo en esa categoría culturalista de una escritura distinta por presuntamente étnica). Expresiones como el bullerengue, el chandé, el vallenato y otras más quedan o bien disciplinadas a las expectativas de lo culto (en la teoría) o excluidas de los estudios porque no cuadran como objeto de análisis literario. O cuando se estudian, se las arranca totalmente de su modo performativo y se analizan como si fueran sencillamente textos, aislando las letras como poemas de su despliegue fiestero comunitario.
4. La falta de compromiso de los críticos con la función y repercusión de su trabajo sobre su medio, algo en lo que la crítica académica se sigue reservando actitudes solapadas y (a veces) palmariamente elitistas. La tarea de renovación de la crítica, con estos surcos falsbordianos, no se puede pensar, claro está, en la dimensión del trabajo individual y enclaustrado, sino que

3 Una referencia al carácter de la obra de Moreno puede leerse en la tesis de grado *La violencia de género en la narrativa de Marvel Moreno* presentada por Martha Yaneth Guarín (2011).

presume además de una comunidad de pensamiento, una comunidad que se nutra de nuestro trabajo. Y este también es un desafío tremendo a la naturaleza misma de los estudios literarios, donde los críticos piensan a solas, y solos.

Ante este panorama, el trabajo de Fals-Borda alumbra entonces senderos para una renovación radical de la crítica literaria en, de y para el Caribe colombiano, así:

Ante la descontextualización, Fals-Borda enseña a contraponer un modo de cartografiar con extremo detalle, complejidad y delicadeza un momento, un proceder muy cercano al del contextualismo de los estudios culturales (Grossberg, 2009).

Ante la demarcación automática de los linderos geográficos donde situamos las obras y los autores, Fals-Borda alumbra cómo tejer bien espacio, encontrando las razones para tal o cual alineación regional o subregional. Todo su trabajo sobre los territorios viene al caso aquí como ilustración de este hecho (2013).

A la dificultad que tienen los estudios literarios tradicionales para abordar la oralidad, y las formas performáticas, Fals-Borda proporciona ejemplos espléndidos de análisis y además da pautas, pistas, atisbos e intuiciones en la *Historia doble de la Costa*; su incorporación de María Barrilla, su lectura del papel de las cumbiambas en relación con tensiones socioeconómicas, e incluso de la significación y razón de ser del Hombre-caimán son tremendamente sugestivos. Abordajes novedosos y más abiertos, permitirían pensar en formas no letradas, visuales y corporales. Por este camino también podríamos hallar algunas soluciones para explorar hibrideces en los géneros textuales, debidas a trayectorias históricas, lingüísticas y culturales únicas, como las que presencia en la producción literaria de San Andrés-Isleña (Del Valle, 2011).

Finalmente, como antídoto contra el conocimiento de escritorio y candil, los resultados sociales del trabajo de Fals-Borda y la gente que participó en la creación de la IAP, es un aliciente

tremendo para producir conocimiento que sea relevante para la gente sobre la que (y ojalá con la que) se escribe, y no solo lucimientos retóricos que contribuyen al prestigio del crítico.

A todo esto habría que sumar dos lecciones que son patentes en la *Historia doble de la Costa*. Por una parte, el desafío de escribir, no respondiendo a moldes prefabricados —aunque Colciencias nos lo dificulte mucho—, sino en función de los aportes que el trabajo debería hacer: en el caso de la *Historia doble de la Costa* fueron un canal A y un canal B, pero esto no tiene que ser una falsilla para lo que hagamos. Debería ser un punto de partida para permitirnos la pregunta y buscar una respuesta. En este nivel, hallo igualmente retardoras para el análisis literario y cultural la apertura a fuentes y procedimientos no necesariamente avalados, insospechados a veces (el archivo de baúl, los viejos de buena memoria, la misma imputación) que en un trabajo sobre otra geografía, que considero emblemático en esta forma de crítica que rescato —cfr. Cristina García-Navas, 2013—, han mostrado ser una entrada muy rica para repensar las fronteras entre lo escrito y lo oral, por ejemplo.

Así mismo, una mirada falsbordiana nos ayudaría mucho a franquear los muros disciplinares que no nos dejan ver algunos problemas potenciales y pendientes: el lugar del cuerpo (iconográfico y simbólico) en las artes, las religiones y la literatura en cualquiera de sus formas es uno de los más urgentes, en la medida en que es allí donde gran parte de lo que percibo como específicamente grancaribeño se expresa; es allí donde hablan muchas de las experiencias de lo negro, lo indígena, lo popular que no se dejan entender aisladamente, monodisciplinariamente, ni solo textualmente porque su naturaleza es performativa.

Creo que aceptar los retos que la *Historia doble de la Costa* y las apuestas metodológicas que contiene y moviliza significaría un paso inmenso en los estudios literarios y sobre la cultura de, en, y sobre el Caribe, camino a una relación menos sumisa y menos ventrílocua con ese frente de

trabajo en el Gran Caribe. En otras palabras, un trabajo así no solo nos llevaría a conocer de veras las condiciones concretas de lo costeño y de lo caribeño en lo literario en Colombia, sino que, de paso, nos entregaría una riqueza tremenda con la que presentarnos al concierto de lo grancaribeño y poder entonces dejar de repetir los conceptos nacidos en otra isla y otro litoral, y aplicables allí; nos llevaría a subsanar el desequilibrio que actualmente existe en el ámbito teórico grancaribeño donde los países anglófonos dominan el mapa de la producción conceptual, seguidos por las islas francófonas (en especial por Martinica) y por Cuba, y en menor medida Puerto Rico. Un mapa del que estamos completamente ausentes. De trabajar sobre este terreno, podríamos para empezar por dejar de pesquisar problemas que quizá no tenemos, con lentes de otras realidades. Podríamos así dedicarnos más bien a proponer frentes de lectura y entendimiento, temas y acercamientos para nuestro medio realmente necesarios, actuales y transformadores.

Estoy pidiendo una forma de la Investigación Acción Participación para los estudios literarios y sobre la cultura en torno al Caribe. Algo bien difícil teniendo en cuenta el estatus elitista de la crítica en el país, los supuestos y condiciones institucionales de la investigación en literatura, para la que las instancias directivas y de gestión presumen que no se precisa trabajo de campo, y la inclinación de los críticos nuevos y antiguos a ceñirse a lo canónico, dictaminado por lineamientos eurocéntricos, abiertamente colonialistas. Sin embargo, me apego a “ese mínimo de utopía sin el que la crítica se queda en mera queja”, como bien lo dijo Jesús Martín-Barbero (2001, p. 11), y a lo que, imagino, es un deseo de cambio compartido por muchos y muchas de nosotras. Urge subsanar esta falencia, en primera instancia, con miras a una comprensión más ajustada del calidoscopio humano y cultural de estos territorios que habitamos y pensamos, y luego, a partir de ahí, con miras a un diálogo equitativo y fructífero con los territorios del Gran Caribe para los años que se avecinan.

BIBLIOGRAFÍA

- Avello, A. (2015). *La isla encallada. El Caribe colombiano en el archipiélago del Caribe*. Bogotá: Siglo del Hombre/Parque cultural del Caribe/Museo del Caribe.
- Benítez-Rojo, A. (1989). *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hannover: Ediciones del Norte
- Benítez-Rojo, A. (2003). Antonio Benítez-Rojo by Robert Antoni. Entrevista a Antonio Benítez-Rojo por Robert Antoni. *Bomb* (82) invierno 2003. En línea: <http://bombmagazine.org/article/2536/antonio-ben-tez-rojo>
- Del Valle, M. M. (2011). Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoj!!! ¡Vela a la vista!, y The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada. *Estudios de Literatura Colombiana* (28): 17-38
- Duchesne, J. (2012). Caribe interior excéntrico: un asomo a un espacio Wayúu. *Revista Aguaita* (24): pp. 100-109
- Duchesne, J. (2015a). Del Caribe a Caribana: la cosmografía literaria de Cubagua. En *Cubagua ante la crítica*. Alejandro Bruzual (ed.) Caracas: MonteÁvila.
- Duchesne, J. (2015b). *Hermosos invisibles que nos protegen. Antología Wayúu*. (introd. y comp.) Pittsburgh: Instituto internacional de literatura iberoamericana.
- Fals-Borda, O. (1998-1999). Comentarios a la mesa redonda sobre Historia doble de la Costa. En *Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 16-17 (231-240). <http://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/36093>
- Fals-Borda, O. (1979-2002). *Historia doble de la Costa* (4 tomos). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, El Áncora. 2 ed.
- Fals-Borda, O. y Mora-Osejo, L. E. (2004). La superación del Eurocentrismo. En *Polis*, 7, 2004, Publicado el 05 abril 2004 [En línea], consultado el 02 marzo 2015. URL: <http://polis.revues.org/6210>

- Fals-Borda, Orlando. (2013). *Socialismo raizal y el ordenamiento territorial*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- García-Navas, Cristina. (2013). Alma Llanera: la construcción de una identidad regional en los corridos revolucionarios guadalupanos. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica* (19): 121-143
- Glissant, É. (2005). *El discurso antillano*. Aura Marina Boadas y Amelia Hernández (trad.). Caracas: MonteÁvila.
- Grossberg, L. (2009). El corazón de los estudios culturales: contextualidad, construccionismo y complejidad. *Tabula Rasa* (10): 13-48
- Guarín, M. Y. (2011). *La violencia de género en la narrativa de Marvel Moreno*. (Tesis presentada como requisito de grado para optar al título de Magister en Estudios Literarios). Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- Henry, P. (2000). *Caliban's Reason. Introducing Afro-Caribbean Philosophy*. Routledge: London, New York.
- Martín-Barbero, J. (2001). *La educación desde la comunicación*. Bogotá: grupo editorial Norma.
- Mato, D. (2003). Prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder. Sobre la entrada en escena de la idea de “estudios culturales latinoamericanos” en un campo de prácticas más amplio, transdisciplinario, crítico y contextualmente referido”. *Revista Iberoamericana*, (203): 389-400
- Pachón-Soto, D. (2013). A propósito de nuestra identidad. Orlando Fals Borda y la crítica de nuestro colonialismo intelectual. *Le Monde Diplomatique edición Colombia—Artículos publicados* (128). Disponible en internet en <http://www.eldiplo.info/portal/index.php/component/k2/item/481-a-prop%C3%B3sito-de-nuestra-identidad-orlando-fals-borda-y-la-cr%C3%ADtica-de-nuestro-colonialismo-intelectual>. Consultado en mayo de 2015.
- Torres-Saillant, S. (2011). Conocimiento, legitimidad y el sueño de unidad caribeña. *Cuadernos de Literatura* (30): 21-39
- Velasco, L.. (2012). La historia de las ideas en la revista Casa de las Américas. Tesis de pregrado para optar el título de Profesional en Estudios literarios, PUJ-Bogotá. Directora Mónica María del Valle Idárraga
- Wynter, S. (2012). *We must learn to sit down together and talk a little culture: Decolonizing essays 1967-1984*. London: Peepal Tree



Procesos sociales juveniles en el contexto rural y subregional Córdoba, Sucre y Montes de María¹

Youth Social Processes in Córdoba, Sucre and Montes de María's Rural and Subregional Context

Ángela María Rodríguez²

Recibido el 10 de abril de 2015.

Aprobado el 19 de junio de 2015

RESUMEN

Se contextualiza la juventud de la subregión integrada por Córdoba, Sucre y los Montes de María al completarse 205 años de guerras y conflictos armados que han caracterizado la historia de Colombia desde las luchas por la independencia hasta nuestros días. Se muestra la manera en que ese contexto ha afectado tanto la posibilidad de construir estado social de derecho en los territorios señalados como la de consolidar el reconocimiento de las ciudadanías de las y los jóvenes, quienes han sido puestos en condición de invisibilidad y a quienes se les han negado en gran medida las oportunidades para satisfacer sus derechos humanos. Las y los jóvenes de Colombia en este momento histórico no cuentan con legados democráticos y participativos y sus referentes vitales están determinados en gran medida por el conflicto armado, el narcotráfico, la corrupción y las violencias basadas en el género. Esto ha hecho que los procesos sociales juveniles que están emergiendo hayan requerido de aperturas democráticas y de apoyos de los entes territoriales y de la sociedad civil pero, sobre todo, de un efectivo reconocimiento de las propias juventudes y de un aporte de innovación pedagógica que asegure coherencia y

pertinencia a través de un enfoque diferencial de juventud que permita disputarle al consumismo, a las violencias armadas y a las actividades delictivas este preciado sector social.

Palabras claves: Factores de Riesgo, vulnerabilidad, capacidades, nivel territorial del Estado Social de Derecho; enfoque de derechos, participación y asociatividad juvenil; ciudadanía juvenil, procesos sociales de jóvenes y procesos sociales con jóvenes; fomento de derechos; tejido social juvenil.

ABSTRACT

Youth of the region composed by Córdoba, Sucre and Montes de María is set in the context of the completion of 205 years of war and armed conflicts that have characterized Colombian history since the independence struggles up to present. The way in which this context has affected both the possibility of building a Rights Social State in the fore mentioned territories as well as the recognition of the citizenships of young men and women who have been rendered invisible and to whom the opportunities of satisfying their human rights have been denied is shown. Young

1 Este artículo es una reelaboración de la ponencia presentada en la I Conferencia Internacional de la Asociación Colombiana de Estudios del Caribe – Acolec, en Montería, marzo de 2015.

2 Licenciada en Educación, Filología e idiomas, Magister en Desarrollo Rural, Investigadora y activista social – Taller Prodesal, Montería. Correo electrónico: anrol54@msn.com

men and women at present do not share democratic and participative legacies but stand living models determined in a great extent by the armed conflict, drug traffic, corruption and gender based violence. This has led to a situation in which emerging social youth processes need to be supported by democratic openings, territorial entities and civil society but, above all, by the self-recognition of youth sectors and the contribution of pedagogical innovation assuring coherence and pertinence by means of a differential

youth focus leading to snatch this valuable social sector from the consumerism, the armed violence or the illegal businesses.

Key words: Risk factors, vulnerability, capabilities, Rights Social State territorial level, rights focusing, youth participation and associativity, youth citizenship, youth social processes, social processes with youth, rights promotion, youth social networks

EL CONTEXTO Y EL LEGADO DE LOS ACTUALES PROCESOS DE JUVENTUDES DE CÓRDOBA, SUCRE Y MONTES DE MARÍA.

Córdoba y Sucre son departamentos continentales de la región Caribe de Colombia, de la cual hace parte también la subregión de los Montes de María, integrada a su vez por municipios de los departamentos de Bolívar y Sucre. Se trata, en su conjunto, de un territorio predominantemente rural, agropecuario y minero, con articulaciones sociales y económicas determinadas tanto por la geografía de esta margen del Caribe colombiano como por las dinámicas de los mercados urbano-industriales de tres ciudades-región como son Medellín, Cartagena y Barranquilla³. Estas han sido afectadas en las últimas décadas por la crisis mundial del industrialismo y la incapacidad del proyecto urbano-industrial de la Colombia del siglo XX de crear empleo, absorber la mano de obra rural que se desplazó a las ciudades y transformar el campo desde la promesa y perspectiva capitalista moderna a nivel de relaciones y tecnologías de producción. Esta situación ha tenido como consecuencia la extinción del campesinado y la expansión de un sector de obreros y trabajadores agrícolas asalariados (Rodríguez, 2012).

En tiempos recientes, en el marco de una visión prospectiva y de una considerable inversión, este territorio ha pasado a integrarse en un proyecto de articulación referido al mercado mundial que ordena los corredores portuarios y la prestación de servicios de la región Caribe, y que incluye los departamentos de Santander y Norte de Santander⁴. Esto ha transformado la infraestructura y determinado la modernización y expansión de las ciudades de Montería y Sincelejo.

Desde los tiempos en que se adelantó la lucha armada por la liberación de la colonización española hasta el presente, este territorio ha sido afectado por 205 años de guerras sistemáticas que se han vivido en Colombia desde las (guerras) de independencia entre 1810 y 1819, pasando por las civiles del siglo XIX de carácter político (entre centralistas y federalistas) que finalmente dieron fin a los estados regionales, y por la cronología de las violencias políticas en el siglo XX, marcadas por la confrontación entre el Estado nacional y las guerrillas izquierdistas. El conflicto estado-guerrillas posteriormente se hace muy complejo, se deshumaniza y se proyecta hasta nuestros días con el desarrollo del paramilitarismo, la expansión del narcotráfico, la

³ Capitales de los departamentos de Antioquía, Bolívar y Atlántico respectivamente.

⁴ Ver: Definición de Corredores de Transporte a los Fines del PEIT. Plan Estratégico de Infraestructura Intermodal. Formulación, Epypsa y Ministerio de Transporte. file:///C:/Users/Tic%20B/Downloads/3.%20Definicion%20de%20Corredores%20de%20Transporte.pdf. Consultado en marzo de 2015.

implementación del neoliberalismo y la apertura económica al mercado mundial. De esta manera al país y la región han sido conducidos al dominio y la subordinación de la economía sobre la política, al fin de los partidos, al quiebre de la democracia, al crecimiento y desmedido dominio de la corrupción, al despojo de tierras, al deterioro de los recursos naturales, a la instauración de la violencia armada y del miedo generalizado como formas de control de los territorios, a una alta concentración de la riqueza y por tanto a la exclusión, la marginalidad y el empobrecimiento económico de la mayoría de la población (Rodríguez, 2011 y Buendía-Silva, 2013).

De tal manera que Colombia cuenta con algo más de dos siglos de guerras y conflictos armados asociados al hegemonismo y a la colonialidad del centro andino del país sobre el resto de las regiones subnacionales con una afectación sistemática de sus territorios, de las comunidades rurales, de los patrimonios culturales, materiales e inmateriales, de las ciudadanías, de las expresiones sociales y políticas de los distintos sectores de la población y que, de conjunto, han configurado un legado político perverso para las distintas generaciones de jóvenes de este territorio de Córdoba y de la subregión Montes de María.

Esta violencia armada, que de manera generalizada y aguda dominó el territorio cordobés y montemariano desde mediados de los años 80 del siglo pasado, fracturó los procesos sociales que estuvieron en el escenario político entre los inicios de la década de los años 70 hasta más o menos finales de los años 80, cuando el paramilitarismo de Córdoba y Urabá fue legitimado de facto por sectores del poder económico y del poder político como el experimento de un modelo contra-insurgente y de limpieza de toda expresión de organización orientada a la exigibilidad de derechos o a la oposición.

Las expresiones que adoptaron los sectores que quedaban del movimiento estudiantil de los años 70, manifestadas en los consejos estudiantiles y en las instituciones educativas que constituían

espacios de participación y confrontación de distintas fuerzas políticas de izquierda y derecha y también ámbitos de rebeldía, junto con las esquinas de ciertas calles en los barrios que surgieron como espacios de una especie de “socialbacanería”⁵ de los jóvenes, al igual que las canchas deportivas y los idearios de libertad y mundos mejores para las nuevas generaciones como banderas juveniles, fueron diezmadas por la violencia y el miedo. En este contexto, fueron centenares los adolescentes y jóvenes reclutados por los grupos armados ilegales para cumplir en sus filas y áreas de influencia distintitos roles u oficios. El conflicto armado se ofrecía a la vez como mercado de trabajo y medio de influencia y reconocimiento (Rodríguez y Gracia, 2014).

Así se sepultaron y se pusieron en olvido las estigmatizadas rebeldías y luchas juveniles de décadas anteriores al punto en que a mediados de los años 90 ya era generalizado poner en sospecha toda expresión de participación y asociatividad juvenil, al tiempo en que se fueron cerrando los espacios democráticos en todo este territorio; en Córdoba la universidad y la ciudad capital fueron brutalmente tomadas y controladas por paramilitares y parapolíticos (Negrete, 2009; Campo, 2013).

El Siglo XXI, marcado por la globalización económica y el consumismo, encontró a las nuevas generaciones de jóvenes de la región afectadas por este contexto y este legado, sin mayor conocimiento y comprensión de los contenidos e impactos de los mismos sobre sus vidas y sus posibilidades.

5 Según Méndez (2009) en Colombia el adjetivo *bacano* significa bueno y, como sustantivo, aplicase a una persona descomplicada o *chévere*. La partícula “social” en el término “socialbacanería” es un apócope de socialdemocracia, que a su vez es una especie de izquierda moderada, supuestamente afincada en los valores fundacionales de esta, como son: la libertad de pensamiento y de expresión y, en fin, de hacer todo lo que a uno le parezca, menos lo que prohíbe la ley. Este concepto de libertad incluye la de cuestionar la verdad oficial y la de aceptar múltiples opiniones o enfoques sobre un tema, es decir no ser dogmático.

JÓVENES RURALES, CONDICIONES ACTUALES Y RECONOCIMIENTO

Es importante anotar que en Colombia, según la ley 1622 de 2013, jóvenes son las personas entre los 14 y los 28 años en proceso de consolidación de su autonomía intelectual, física, moral, económica, social y cultural, que hacen parte de una comunidad política y en ese sentido ejercen su ciudadanía; se consideran rurales a aquellos jóvenes tanto residentes en el campo como a los que residen en núcleos urbanizados de zonas predominantemente agrícolas. Se trata de jóvenes que habitan zonas o localidades rurales, se dedican o no a actividades agropecuarias, cuya vida se desarrolla en torno a un mundo rural cuyas fronteras con lo urbano son cada vez más difusas (Kessler, 2005).

En el contexto de violencia descrito y en consideración a la citada significación de joven, los territorios rurales y en ellos las y los jóvenes han sido sistemática y drásticamente afectados por el desplazamiento forzado, el despojo de tierras, las múltiples formas de vinculación a los conflictos armados, la restricción de la movilidad y de la ciudadanía, la imposición de códigos de conducta, la trata, la violencia y el abuso sexual, la prostitución, el microtráfico y la servidumbre forzada, entre otros hechos que representan vulneraciones y riesgos que al estar asociados a problemáticas como el desempleo juvenil, que es estructural, el reducido acceso a la educación superior que en general se focaliza en las ciudades capitales y principales centros urbanos, configuran una considerable precarización de las condiciones y dotaciones sociales, económicas y políticas de las y los jóvenes y por tanto una crítica afectación de sus derechos y de sus capacidades (Rodríguez y Gracia, 2014 y Martínez-Pérez, 2014).

Otra situación que causa gran preocupación se relaciona con el acceso de las y los jóvenes de Córdoba y Montes de María a la educación complementaria y no formal, como la que debe garantizar el Estado a través del SENA y otros programas, el cual es bajo y con ofertas de poca

pertinencia. No se está preparando a la juventud de este territorio para el mercado de trabajo con articulación global que se está abriendo mediante la prestación de servicios, la exportación agro-minera y la operación del corredor portuario.

En relación con otro campo de derechos cuyas realizaciones son de vital importancia para la juventud, en distintas municipalidades rurales se encontró que los espacios y programas para la recreación, la integración y el esparcimiento son ocasionales y escasos, tanto en las cabeceras como en los corregimientos. Destacan las y los jóvenes que las instituciones educativas que cuentan con instalaciones deportivas solo las ponen en servicio durante el horario de clases y permanecen cerradas justo en las tardes y los fines de semana cuando ellos las requieren, y en las cabeceras municipales y aún en las ciudades capitales no se cuenta con una infraestructura para la realización y puestas en escena de las múltiples expresiones artísticas y culturales de las juventudes (Rodríguez y Gracia, 2014; Martínez-Pérez, 2014)

Si bien las y los jóvenes rurales responden positivamente a las nuevas tecnologías de información y comunicación, la brecha de acceso es tan grande que limita el uso y la potenciación de capacidades en esta materia por lo cual sigue siendo un obstáculo para la canalización de oportunidades y por tanto para sus desempeños y competitividad.

En cuanto a la participación y la convivencia, con gran peso en los derechos políticos en estas caracterizaciones se ha encontrado que, en general, los jóvenes por su propia iniciativa se agrupan en actividades deportivas, artísticas y recreativas y en su gran mayoría no conforman organizaciones en otros campos porque no encuentran referentes comunitaristas y asociativos en sus localidades o iniciativas juveniles que las y los motiven. Mantienen desinterés en la política electoral y desconfianza en las instituciones.

Al implementar en el 2014 las Plataformas Municipales de Juventud que establece la ley 1622/2013, se encontró en el territorio de referencia que son pocos los municipios que cuentan con organizaciones

juveniles tanto jurídicamente conformadas como constituidas de hecho y que las existentes son en general escasas, recientes y aún frágiles.⁶

No obstante, las y los jóvenes, que poco conocen sobre sus derechos y sobre la exigibilidad de los mismos, después de superar la incredulidad inicial se motivan a participar de las recientes iniciativas juveniles que algunas ONGs, distintas iglesias y entidades como el ICBF les posibilitan y/o facilitan porque las identifican como oportunidades para desarrollar habilidades, realizar alguna parte de sus sueños, compartir con otros, afirmarse y sentirse reconocidos⁷.

Es conveniente anotar que, además de los impactos de las violencias y conflictos armados, de la corrupción y otros factores ya referidos, una de las afectaciones juveniles más importantes es la sistemática falta de reconocimiento de su condición de sujetos de derecho y de su ciudadanía, lo cual en el contexto de referencia ha determinado su invisibilización y en consecuencia la falta de garantías en términos de escasa y limitada implementación de políticas a su favor. La Ley de Juventud 375 de 1997 en sus 16 años de vigencia solo tuvo dos artículos reglamentados y fue formulada y transcurrió en los momentos más críticos del conflicto armado y del desplazamiento forzado sin dar cuenta de la condición de víctimas y la gran vulnerabilidad de las y los jóvenes respecto a las violencias armadas.

El Estatuto de Ciudadanía de la Juventud (ley 1622 de abril de 2013) fundamentado en el enfoque de derechos y en el diferencial, al no requerir reglamentación se ofreció como la gran oportunidad para una actuación nacional y territorial a favor de la juventud, pero la expectativa

duró apenas un año pues se dio una falla en la estimación de la fecha para la implementación de elecciones unificadas de Consejos Municipales de Juventud (CMJ) que en el texto de la ley apareció vencida con relación a la fecha de la promulgación que fue posterior y con ello se afecta en un 60% la implementación de su articulado. Esto ocurre de manera desafortunada para la juventud, justo en un momento de negociación del conflicto con las guerrillas y de trazar lineamientos y acuerdos para el postconflicto.

Por su parte, la Procuraduría General de la Nación posibilitó un amplio marco de participación con la batería de indicadores trazados para la juventud⁸, sobre los cuales alcaldías y gobernaciones deberán rendir cuentas a partir de la vigencia 2015, lo cual compensa en algo el vacío que se produce en la implementación de la ley 1622/2013.

En materia de implementación del capítulo V, título VII sobre Protección Integral a los Niños, Niñas y Adolescentes de la Ley de víctimas (1448 de 2011) no hay avances. En contraste en los últimos años el promedio de edad de las y los desplazados-as internos del país es 22 años (Colombia Joven y ACNUR, 2011).

PROCESOS SOCIALES JUVENILES Y A FAVOR DE JÓVENES

En relación con la transformación de estas complejas y duras realidades de las y los jóvenes de Córdoba y Montes de María hay que distinguir dos grandes tipos de procesos sociales: los que gestan y jalonan distintas formas de alianza de la sociedad civil y los propiamente juveniles, es decir, liderados e integrados por juventudes.

Los dos tipos de procesos sociales mencionados emergen en la segunda mitad de la primera década

6 Esto en las capitales de Córdoba y Sucre y municipios más urbanos como Lorica y Cereté o de tradición asociativa como Los Palmitos en Sucre.

7 Iniciativas como la Escuela de Liderazgo y el Festival de la Democracia en San Onofre; la Rumbaterapia, los Reporteritos y el Golombiao en Ovejas; Danza y Son; el Desafío Joven: La Ciudadanía y el Fondo Jóvenes con Valores Productivos en seis municipios del departamento de Córdoba.

8 Procuraduría General de la Nación. Lineamientos para Rendición Pública de Cuentas sobre Infancia, Adolescencia y Juventud en el período comprendido entre 2012-2015; Cumbre de Hechos y Derechos.

del presente siglo y en su origen generalmente intervienen, directa o indirectamente, organismos de cooperación nacional e internacional.

En Montes de María, de manera casi simultánea pero en dinámicas distintas, surgen y se desarrollan en algunos municipios los Comités Locales de Apoyo a la Infancia y la Juventud CLAIJ y la Red de Jóvenes de esta subregión.

Los CLAIJ son una forma de alianza horizontal y autónoma que funciona como una plataforma de organizaciones sociales y de instituciones educativas en El Carmen de Bolívar, en Zambrano, en Ovejas y en San Onofre, en torno al fomento de los derechos de la niñez y de la juventud a través de pequeños proyectos y de iniciativas conjuntas, articulando trabajo voluntario, compromiso social y labor de incidencia. Se conformaron en el 2008 en el marco del proyecto Fomento de Derechos de la Niñez y la Juventud de Montes de María auspiciado por cooperación nacional e internacional (Fundación Antonio Restrepo Barco FRB y el PNUD primero y después la FRB y la Fundación Bolívar Davivienda)⁹.

En este proceso de los CLAIJ se gestaron y han venido conformándose en los últimos tres años grupos y organizaciones juveniles en torno a iniciativas diversas de nivel municipal y local: productivas, consejos municipales de juventud; plataformas juveniles, diálogos de política pública, nuevas masculinidades, fortalecimiento de la participación y la asociatividad juvenil, grupos y festivales musicales y de danza, entre otras, de tal manera que en la actualidad hacen parte activa de los CLAIJ.

La Red de Jóvenes de los Montes de María está conformada por redes municipales de jóvenes que se conformaron con apoyo de la Fundación Red Desarrollo y Paz de Montes de María en el marco del Tercer Laboratorio de Paz y ha funcionado como una forma horizontal de organización

articulada a la Fundación, por cuyo intermedio han tenido apoyo de la cooperación internacional.

En esta subregión (Montes de María) la respuesta y articulación de los entes territoriales no ha sido significativa, más bien de tipo puntual, lo cual obedece en gran medida a que tanto la acción de gran parte de la cooperación internacional como de los operadores del Plan de Consolidación del Estado han funcionado de manera para-estatal (Rodríguez, 2011).

En San Antonio de Palmito y en Colosó con apoyo de la Fundación Surtigás y de la agencia Swissaid y el respaldo de las organizaciones campesinas y de mujeres rurales, se desarrollaron procesos de formación y capacitación de jóvenes y de manera reciente se conformaron grupos juveniles que formularon y lograron la aprobación de sus respectivas políticas municipales de juventud, convertidas cada una en un acuerdo municipal.

En Córdoba, a principios del presente siglo, las iglesias y algunas ONGs hicieron una labor de asistencia mediante planes padrino o de pastoral social o de formación y capacitación que posibilitó la participación y el encuentro de niños y niñas que fueron creciendo y ya como adolescentes y jóvenes alrededor de estos programas, de influencia cristiana en su mayoría, fueron abriendo espacios y conformando grupos de los que emergió un liderazgo juvenil que comenzó a cobrar expresión en lo artístico, lo cultural y en lo social comunitario, de lo cual surgieron algunas organizaciones juveniles tipo ONG en la ciudad capital y en algunos pocos municipios de mayor dinámica urbana.

Desde los primeros años de la década del 2000 algunas de las ONGs que sobrevivieron al periodo más duro de la violencia en Córdoba empezaron a trabajar con jóvenes y en el 2006 la gobernación creó la secretaria departamental de juventud, impulsada por jóvenes de grupos políticos tradicionales que vieron en la Ley de Juventud de entonces (375 de 1997) y en la política nacional de juventud una oportunidad para el protagonismo y la representatividad en

⁹ La autora fue secretaria técnica de este proyecto entre 2008 y 2014.

el departamento, todo lo cual fue importante porque institucionalizaba el tema y contribuía a desestigmatizar la participación y organización juvenil en un contexto aún afectado por la violencia y por el reclutamiento. Surgieron entonces algunas organizaciones de jóvenes de base, principalmente en Montería.

Gracias a la confluencia de múltiples factores que llegaron a constituir un hito, en diciembre de 2009 se conformó la alianza departamental por la juventud de Córdoba integrada por la secretaría departamental de juventud, organizaciones juveniles, ONGs que trabajan con jóvenes, fundaciones empresariales y algunas alcaldías, con el apoyo del Programa Presidencial Colombia Joven.

Entre 2011 y 2012 la Alianza logró la formación de facilitadores de nivel departamental y territorial en política pública de juventud, enfoque diferencial de juventud, elección y fortalecimiento de CMJ e incidencia en política pública; y con el apoyo de estos facilitadores se impulsó y realizó la elección de 11 CMJ en el 2011 y de 19 en el 2012, cubriendo el 100% de los municipios del departamento. Entre 2011 y 2013 jalonó conjuntamente con los CMJ y en un proceso de amplia participación, desde los municipios, la formulación de la Política Departamental de Juventud que en septiembre de 2013 se convirtió en ordenanza. Después se logró que tres municipios contaran con política pública de juventud y que dos más iniciaran ese proceso.

Entre 2010 y 2013 se logró un importante avance en la visibilización y el reconocimiento de la juventud en el departamento, concretando aportes por parte de al menos el 50% de las alcaldías, con lo cual se crearon condiciones que posibilitaron que las y los jóvenes desarrollaran iniciativas y gestaran diversas expresiones de asociatividad y organización, pero en el 60% de los municipios la participación y la libre asociación de los jóvenes aún no despegan; vencer los miedos, potenciar las motivaciones y construir tejido social juvenil es aún un reto y un proceso de mediano plazo.

Los impactos negativos y el daño que causó el conflicto armado en la sociedad cordobesa no se superan fácilmente, sobre todo en medio del conflicto armado y del control que en gran parte del territorio hacen aún grupos armados derivados de los paramilitares.

Entre mediados del 2013 y diciembre del 2014 el modelo de alianzas a favor de la juventud fue adoptado en unos ocho municipios y se concretaron nuevos e importantes apoyos del nivel nacional en materia del emprendimiento juvenil. La Alianza por la Juventud de Córdoba se promovió por parte de Colombia Joven a nivel de otros departamentos como un modelo eficaz de plataforma de la sociedad civil en función del acceso y la realización de los derechos de las y los jóvenes.

ALGUNAS CONCLUSIONES.

1. En territorios severamente afectados por el conflicto armado y con precaria construcción del nivel territorial del estado social de derecho, como es el caso de Córdoba y Montes de María, la apertura del espacio democrático y el reconocimiento efectivo de la ciudadanía de las y los jóvenes son condiciones necesarias para formar y fortalecer la creación de tejidos sociales juveniles.
2. La gestación de procesos de participación y de asociatividad juvenil exige que de manera intencionada se empiecen a revertir el legado perverso de más de 200 años de violencia política, los impactos del conflicto armado y la afectación de la dignidad de las y los jóvenes, mediante la implementación de políticas públicas y de acciones afirmativas producto de la mancomunada actuación de la sociedad civil y del Estado a nivel territorial.
3. En Córdoba y Montes de María, en materia de juventud, en lo que va de este siglo, se han dado dos tipos de procesos sociales que han sido condición uno del otro:

- Los procesos con jóvenes y para jóvenes conjugados por plataformas de la sociedad civil, y
 - Los procesos juveniles de los propios jóvenes que emergen de los anteriores, que configuran ambientes y factores protectores de la participación y de la asociatividad juvenil.
4. Los procesos sociales con y para jóvenes que se han desarrollado en este territorio se han enfocado de manera intencionada en los derechos humanos de las juventudes desde una perspectiva de prevención frente a los múltiples riesgos que las acechan e impactan, considerando las afectaciones y las acciones diferenciadas que las distintas condiciones de ellos y ellas requieren según el género, la etnia, la procedencia y cultura urbana o rural, las posibles y diversas discapacidades y la orientación sexual, entre otros aspectos.
 5. Los procesos sociales juveniles que han emergido en los últimos años son esencialmente locales y de base territorial, se dan en torno a múltiples intereses y expresiones de las juventudes y cuando se les brindan oportunidades tienen la capacidad de comunicarse, de aprender entre sí y de interactuar, sin que ello haya configurado aún su reconocimiento y actuación como movimiento social de juventudes.
 6. En su conjunto estos procesos sociales son de tipo constructivista, han creado metodologías apropiadas para jóvenes e innovado la aplicación del enfoque de derechos y han ganado reconocimientos como buenas prácticas a favor de la juventud en contextos de conflicto armado.
 7. El proceso de la Alianza Departamental por la Juventud de Córdoba se ha constituido en una fuente de aprendizaje para otros procesos y experiencias que de distintas partes del país vienen a hacer intercambios y pasantías, afectando el mito “andinocentrado¹⁰” de que la

producción de conocimiento y de acción innovadora no es propia de los costños.

BIBLIOGRAFIA

- Buendía-Silva, D. (2013). Mujeres jóvenes rurales en Colombia. *Desarrollo rural exploraciones*, 18. La Paz: Instituto para el Desarrollo Rural de Sudamérica.
- Campo, M. F. (2013). “La Universidad de Córdoba es un espacio de reconciliación y construcción de paz”. Discurso de la Ministra de Educación en Montería, 10 de abril de 2013. Ministerio de Educación <http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/w3-article-320518.html>
- Colombia Joven y ACNUR. (2011). *Directriz nacional para la atención integral y diferencial de la población joven en situación de desplazamiento*. Programa de la Presidencia de la República de Colombia. Bogotá.
- Kessler, G., Bruniard, R., Jabif, L., Bresson, A., & Palamidessi, M. (2005). La educación de los jóvenes de provincias del NEA y NOA en la Argentina. *Educación, desarrollo rural y juventud*. Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación/ IIPÉ-UNESCO; Sede Regional Buenos Aires.
- Martínez-Pérez, J. L. (2014). *Caracterización grupo poblacional jóvenes rurales. Municipio de Ovejas Corregimiento Flor del Monte*. Montería: Corporación Taller Prodesal.
- Méndez, C. G. (2009). La “socialbacanería”. Diario El Universal. Cartagena: <http://www.eluniversal.com.co/la-E2809CsocialbacaneríaE2809D>.
- Negrete, V. (2009). La desmovilización de las AUC o el principio de otro proceso de violencia. *Caja de Herramientas, Semanario Virtual*. semanario-virtual@viva.org.co.
- Rodríguez, Á. M. (2011). El caribe rural colombiano en la regionalización del siglo XXI. *X Conferencia Internacional de Estudios del Caribe*. Panel: El Caribe colombiano: articulación con el Gran Caribe y nuevos actores en los proyectos de

¹⁰ El centro geográfico de Colombia, localizado en los Andes, actúa también como centro de poder, productor y poseedor de conocimiento.

- regionalización del siglo XXI. Instituto Internacional de Estudios del Caribe. Cartagena
- Rodríguez, Á. M. (2012). Construcción de ruralidades en el Caribe colombiano, teoría y prácticas. *Seminario Pensamientos alternativos, feminismos y movimientos sociales en el Caribe*. Memorias. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia. Sede Caribe.
- Rodríguez, Á. M. (2013). El Caribe rural colombiano en la regionalización del siglo XXI. *Revista Cuadernos del Caribe* 16. Pp.119-127.
- Rodríguez, Á. M. (2014). Empelicularte, el arte y cultura en función de los derechos de las y los jóvenes como una estrategia pertinente y eficaz de prevención. *Festival de Empelicularte—Memorias*. Montería: Corporación Taller Prodesal.
- Rodríguez, Á. M. & Gracia, H. (2014). *Las y los jóvenes cordobeses de Canalete, Los córdobas y Puerto Escondido, aproximaciones a su caracterización*. Montería: Corporación Taller Prodesal.



De cierta manera. Lecturas de Frantz Fanon en Sara Gómez

De cierta manera. Frantz Fanon's Readings in Sara Gómez

Camila Valdés León¹

Recibido el 30 de abril de 2015.

Aprobado el 26 de junio de 2015

RESUMEN

El texto analiza la relevancia del largometraje *De cierta manera* de Sara Gómez, atendiendo al contexto cubano de los años 60 y 70 del siglo XX, permeado por las discusiones sobre cultura nacional, intelectual orgánico, revolución social y hombre nuevo. En este espacio de debate fructificaron las lecturas de la obra de Frantz Fanon y otros intelectuales caribeños de importancia para el pensamiento emancipador y descolonial de la región. Es la obra fílmica de la realizadora cubana un excelente ejemplo de esas lecturas cruzadas que configuran el mapa cultural complejo de aquellas décadas.

Palabras clave: Pensamiento descolonial, intelectual orgánico, cultura nacional, hombre nuevo, Sara Gómez, Frantz Fanon, *De cierta manera*

ABSTRACT

The relevance of the full-length film *De cierta manera* by Sara Gómez is analyzed in this text while paying attention to the Cuban context of the 60's and 70's decades of twentieth century, permeated by debates around topics such as national culture, organic intellectual, social revolution, new man. Amid such a frame, a blooming around the readings concerning Frantz Fanon's and other Caribbean intellectual's works relevant to the emancipatory and decolonial thought in the region emerged. The film work of this producer is an excellent sample of these crossed readings featuring the complex cultural map of those decades.

Key words: Decolonial thought, organic intellectual, national culture, new man, Sara Gómez, Frantz Fanon, *De cierta manera*

¹ Licenciada en Letras por la Universidad de La Habana (2011), es profesora instructora de Literatura Latinoamericana y Literatura Caribeña en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana (Cuba), miembro del Programa Interdisciplinario de Estudios Caribeños de Posgrado (Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas-Universidad de La Habana) y del Grupo de Estudios Intermediales y de Construcción de Imaginarios de la Cultura Cubana (Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana). Correo electrónico: camilavaldesleon@gmail.com

Tristemente Sara Gómez es conocida hoy para solo un puñado de entendidos, de cinéfilos, de amigos. No es su nombre sonoro como el de Tomás Gutiérrez Alea, no es tampoco su producción cinematográfica tan extensa, sino más bien escasa, y no por propia voluntad. Muerta súbitamente, con solo treinta y un años, dejó sin terminar el proceso de edición de su primer largometraje. Algunos fieles amigos, y entendidos en lo que pudieran haber sido sus intenciones creativas, culminaron la película que, tras algunos otros contratiempos técnicos, se presentó finalmente tres años después del fallecimiento de la realizadora. En 1977 se pudo ver, pudieron ver los espectadores cubanos, *De cierta manera*.

Sin embargo, la labor como realizadora de Sara Gómez era ya amplia pues, antes de embarcarse en la escritura y filmación de su largometraje, contaba con más de diez años de experiencia como documentalista. De hecho, *De cierta manera* fue concebida como conjunción de narrativa ficcional y de documental didáctico. La historia de amor de Mario y Yolanda, los dos jóvenes protagonistas de procedencias sociales diferentes (uno del sector marginal, la otra de cierto sector un poco más acomodado que podría denominarse como clase media; uno obrero de fábrica, la otra maestra de escuela) se ubica en el contexto del barrio Miraflores, nueva urbanización hecha por la revolución en lo que era, antes de 1959, la insalubre barriada de Las Yaguas. De ese espacio y de sus gentes es precisamente aquello de lo que la película pretende hablar. Junto a Mario y Yolanda se moverán otros personajes: algunos, provenientes de la vida real de esa barriada; otros, actores. Las relaciones y conflictos que se establecerán entre ellos estarán acompañados por las secciones documentales en donde una voz *en off* expondrá, desde una perspectiva muy antropológica, los problemas de la marginalidad, de los valores culturales asentados en este sector específicamente en Cuba, de la tradición popular que se ha preservado en estos espacios, del choque difícil de los individuos del sector marginal y los cambios

espaciales, institucionales, humanos que les impone la revolución.

La película ha sido analizada en muchas ocasiones a partir de una focalización en su crítica a la cuestión racial o en su posición feminista. Para mí, sin embargo, es necesario entender este filme desde una perspectiva más amplia que no niegue, pero que sí englobe, las posturas anteriormente nombradas. *De cierta manera* se ubica allí donde se cruzan múltiples lecturas, no solo aquellas hechas por Sara Gómez y que podemos corroborar con datos históricos fidedignos, sino también esas otras que se descubren en toda una generación. Si partimos de esta concepción, entonces, podríamos entender la película como la desembocadura de un río en donde se sedimentan aluviones de textos, eventos, preocupaciones, paradigmas, posturas y dudas de todo un período, época esta que se hallaba igualada en sus preocupaciones comunes, aun cuando se generaran respuestas, contradictorias a veces entre sí, pero siempre aliciente y abrigo para el debate, para el análisis dialéctico de las circunstancias.

En el año 1963 se publicaron en la revista *Cine Cubano* las conclusiones a las que un grupo de cineastas del ICAIC habían arribado tras tres días de discusiones.² Entre los treinta y cinco nombres de los participantes y firmantes estaba el de Sara Gómez. Las declaraciones contenidas en este documento, provocarían una larga y riquísima polémica en la que participarían varias de las figuras más importantes de la cinematografía cubana de los sesenta. El tema principal puesto a debate era la relación de la cultura nacional con la revolución social que estaba experimentando Cuba desde el primero de enero de 1959.

La preocupación mayor de ese grupo de cineastas residía precisamente en dilucidar cómo y a través de qué medios podía –debía– insertarse el intelectual cubano de manera orgánica dentro del proceso revolucionario en curso. Las respuestas posibles a tales interrogantes –pensadas también desde una, podríamos decir, indagación socrática

2 Contendida en la compilación de Graziella Pogolotti (2006).

(dialéctica, en su sentido más prístino)— partían de un cuestionamiento y, por supuesto, de un posicionamiento del artista con respecto a la cultura nacional; de donde se derivaba, entonces, un interés por definir los formantes de esa cultura también en revolución, en transformación.

¿Cómo interactuar con el pasado cultural de Cuba? ¿Era este realmente un pasado? ¿La necesidad de preguntarse por él radicaba solo en superarlo, como quien sube, para no volver a descender, los peldaños de una escalera? A estas, se sumaba otra pregunta esencial: ¿era viable el diálogo con aquellas culturas que provenían de posicionamientos ideológicos divergentes a los asumidos por la intelectualidad cubana comprometida con la joven revolución? La propuesta final a la que arribaron los cineastas afirmaba que la cultura debía estar sobre una línea de consciente continuidad crítica: la solución no podía ser el simple rechazo temeroso de todo lo previo a la revolución o que no compartiera los presupuestos ideológicos de la misma. La única posibilidad factible, productiva para el intelectual revolucionario y para el proceso mismo, era el diálogo y la apertura hacia todas las manifestaciones de la cultura desde un conocimiento y una seguridad en los basamentos y la razón de ser de la cultura propia.

Por encima de todo, el interés de los firmantes de este documento radicaba en hacer visible una serie de cuestiones polémicas sobre las que mucho se escribiría, con mejor o peor fortuna, a lo largo de toda la década de los sesenta. Lo fundamental, sin embargo, era la formulación de las preguntas, específicamente la necesidad vital que, para el proceso social revolucionario, significaba el hecho de hacérselas.

Será en este contexto permeado por tantos debates, de los que solo se ha mencionado aquí uno de tantos ejemplos, en donde recalará, en 1965, el libro *Los condenados de la tierra*. La presencia de este texto significará una verdadera conmoción, puesto que muchas de las ideas principales desarrolladas allí se leyeron en Cuba desde la consonancia que establecían directamente con

aquellas discusiones que caldeaban el panorama intelectual.

¿Qué podía decir Frantz Fanon, desde el continente africano, desde el panorama específico de la lucha de liberación argelina, que tuviera tanto impacto en esta isla revolucionada?: sus ideas sobre la relación intrínseca entre la cultura nacional y el progreso de la conciencia nacional; su análisis psicosocial de los tres estadios de la actitud del intelectual colonizado comprometido con las luchas de liberación nacional (que en Cuba se interconectará con la tesis del intelectual orgánico de Gramsci); su propuesta, apenas esbozada en los finales de *Los condenados de la tierra*, sobre el “hombre nuevo” que ha de construir la sociedad revolucionaria, liberada —idea que será retomada y desarrollada por el Che en *El socialismo y el hombre nuevo en Cuba*, texto también de profundo impacto en todos estos debates.

Si bien este libro se publicó en Cuba en 1965, al que le siguió *Piel negra, máscaras blancas* en 1968, las ideas de Frantz Fanon habían hecho entrada, en otras porciones de la intelectualidad cubana, desde los mismos principios de la Revolución. Entre noviembre de 1960 y mayo de 1961, en el Teatro Nacional recién fundado, un total de treinta y cinco alumnos asistieron al Seminario de Etnología y Folklore. Bajo la dirección del etnólogo cubano Argeliers León, este curso estaba orientado, como él mismo lo declarara, a la “formación de técnicos especializados en la investigación de la cultura de nuestro pueblo” (León, 1961, p. 16).

Aun cuando no contemos con el plan de estudios implementado allí, es posible afirmar, sin mucho margen a dudas, que las lecturas —y las perspectivas desde las cuales estas se asumieron— provocaron el descubrimiento entre los asistentes de un mundo de ideas que cuestionaba las manifestaciones del racismo, el falaz humanismo europeo, las trabas del colonialismo y del tercermundismo, las escisiones fijadas entre el arte y el folklore, entre la cultura popular despreciada y la alta cultura, legitimada como tal. Interés este ya iniciado en Cuba desde los estudios de

Fernando Ortiz, Lydia Cabrera o Rómulo Lachatañeré, entre tantos otros que, en los años treinta y cuarenta, se introdujeron de lleno en aquellas zonas que si bien eran silenciadas, desvalorizadas, marginadas por los círculos de poder académicos, constituían, sin embargo, savia, memoria imprescindible y fundación de nuestra nacionalidad y, por ende, de nuestra cultura.

Este seminario, además, se compaginaba con una publicación mensual, la revista *Actas del Folklore*, que durante todo el año 1961 presentó una tras otra acuciosas investigaciones, de años o recientes, que desde la investigación antropológica e histórica, revalorizaban las raíces africanas e indígenas de la cultura latinoamericana y caribeña; con el objetivo todo ello de propiciar una ruptura con aquella mirada que hacía –y hace– de las realidades nuestras objeto exótico *museable* y tasable.

Sentada entre los otros alumnos –Nancy Morejón, Rogelio Martínez Furé, Miguel Barnet, Alberto Pedro Díaz– estaba Sara Gómez, la misma que luego, en 1968, en un simposio preliminar al Congreso Cultural de la Habana, suscribiría junto a otro grupo de intelectuales, un texto titulado *Aportes culturales del negro en la América* que comenzaba con un poema de Pedro Pérez-Sarduy (2008) expresamente dedicado al Fanon de *Piel negra, máscaras blancas*.³

¿Acaso son todos estos detalles históricos, pura coincidencia? ¿La presencia de Sara Gómez en todos ellos puede pasarse por alto bajo la justificante de que es puramente circunstancial?

A la altura de julio de 1970, Sara Gómez daba respuesta a una encuesta sobre el cine documental cubano en la revista *Pensamiento Crítico* (no. 42). Al lado de Bernabé Hernández, Héctor Veitía, Rogelio París, Manuel Herrera y Octavio Cortázar, Sara Gómez respondía escueta y cáusticamente; sin embargo, en sus palabras se aprecian una honestidad y una coherencia tales, con su producción documental hasta ese momento y

también con su obra posterior –la que le quedaba por hacer en sus últimos cuatro años de vida–, que nos demuestra sencillamente el grado de madurez artística y de sentido de compromiso intelectual que ya había alcanzado. Luego de encontrar hasta este momento tan solo su nombre como confirmación de su presencia, será cuando podremos leer su voz, su pensamiento, que no podía, por supuesto, ser, si no, *de cierta manera*:

El cineasta cubano se expresa siempre en términos de revolución; el cine, para nosotros, será inevitablemente parcial, estará determinado por una toma de conciencia, será el resultado de una definida actitud frente a los problemas que se nos plantean, frente a la necesidad de descolonizarnos política e ideológicamente y de romper con los valores tradicionales ya sean económicos, éticos o estéticos (...) Esta contribución consciente y militante al dominio de nuevas técnicas y métodos eficaces de producción va a constituir un auténtico acto de descolonización, va a tener un significado trascendente dentro de la propia obra revolucionaria, que en nuestro caso quiere decir artística. Y es que en una sociedad que se fija como meta la necesidad de llegar a transformarlo todo, hasta a sí misma, el artista se expresa, siempre y cuando refleje esa desesperada necesidad. Expresar esa angustia será lo culturalmente válido (Gómez, 1970, p. 94).

Palabras como las anteriores nos muestran que el sustento de tales ideas es aquel que, cuajado desde su propia perspectiva, aúna todo ese mundo de debates y preocupaciones del cual solo hemos mostrado una pequeña parte. Ahora bien, no debemos entender que esta “toma de conciencia” que aduce Sara Gómez conlleve en ella una visión unilateral a la hora de enfrentar los contenidos en el material filmado. Si algo caracteriza a la obra de Sara Gómez, y que en buena medida puede conectarse con el cine de Tomás Gutiérrez Alea –de quien fue asistente de dirección en 1964 en la película *Cumbite*, adaptación de la novela *Gobernadores del rocío* de Jacques Roumain–, es el

3 Como lo refiere Pedro Pérez-Sarduy en *Convergencia y elegía para Tomás y Walterio*, en el sitio AfroCubaWeb.

hecho de brindar una mirada, a la vez que bien situada y segura en su posicionamiento intelectual, también permisiva de otras perspectivas.

Es por ello que, en este sentido, el cine de Sara Gómez debiera pensarse como una toma de conciencia y un compromiso político asumido, en primer lugar, consigo misma en el diálogo con aquello que le supera: el proceso revolucionario de transformación social en el que decide, voluntariamente, implicarse. Por lo tanto, de esta directora no debe construirse una imagen que solo focalice en ella una intención crítica y demolidora para con su sociedad y que no perciba, más en lo hondo, el inmenso compromiso que esta mujer intelectual asumió con su propia verdad: la angustiosa e imperiosa necesidad de librarse de las cadenas, impuestas en su conciencia individual y en la colectiva de su pueblo, por los años de colonización y subdesarrollo –estos dos, temas profundamente debatidos a todo lo largo de los años de 1960 y 1970.

Es por ello que, indudablemente, el documental se le presentaba como la vía más certera para intervenir la vida, para adentrarse a la realidad de los seres en su cotidianidad. Ya desde su audiovisual *Guanabacoa, crónica de mi familia* (1966), es posible apreciar este interés suyo por la revalorización de las historias individuales, de la microhistoria, en aras de comprender mejor, al nivel de la subjetividad del individuo común, los modos de funcionamiento de complejos procesos históricos como la construcción del socialismo que se proponía la Cuba revolucionaria de aquel entonces.

La película *De cierta manera* está en estrecha relación con toda la producción documental anterior de Sara Gómez (cerca de 14 documentales), puesto que va sobre los mismos temas que la obsesionan no solamente a ella sino a toda una generación: la construcción de una cultura nacional en relación con la construcción de un hombre nuevo, de una nueva sociedad que fuera ejemplo de cómo podía darse ese cambio humano, esa transformación consciente de valores éticos.

Los héroes y heroínas de sus documentales y de la película no son figuras esculpidas en bronce

y alzadas como ejemplo en las plazas públicas; sino que son seres conflictuados, enfrentados, como dice el *Ambia* al final de la película, con algo mayor que ellos mismos: la Revolución, que los obliga a repensarse a sí mismos en la medida en que los coloca ante una nueva sociedad que se construye sobre la base de relaciones humanas diferentes que precisan, a su vez, de actitudes otras ante la realidad del país.

Pero, para Sara Gómez, este proceso de metamorfosis no fue, no podía ser –para ser realmente auténtico– un simple cambio de forma, de espacios, de posibilidades; sino que todo lo anterior debía ir acompañado de una transformación *esencial*, que, de manera progresiva y no exenta de contradicciones, tensiones y retrocesos, propendiera a la concientización individual de la necesidad del cambio. Las subjetividades y las relaciones interhumanas en las comunidades sociales no pueden ser de súbito alteradas, por más que ya la revolución, como proceso político libertario, hubiese tenido lugar. La verdadera y más ardua batalla comenzaba justo después, como ya desde el siglo XIX pensara Martí, como ya entendiera Fanon a mediados del XX. La toma de conciencia nacional, de compromiso ideológico con una sociedad en revolución es un proceso en el cual intervienen tanto las estructuras mismas de la sociedad que han de derrumbarse para construir otras –pensemos en esa bola de demolición que tira abajo las paredes de las viejas ciudades en *De cierta manera*–, como las subjetividades de los individuos inmersos en la lucha por transformarse a sí mismos, por derruir los muros y trabas del colonialismo que yacen en sí mismos.

Según Rigoberto López⁴, su amigo y uno de los responsables del trabajo de edición final de la película, Sara Gómez era no solo una profunda conocedora del pensamiento filosófico europeo, sino que fue a través suyo que él, joven muchacho recién iniciado en el ICAIC, leyó e incorporó a

⁴ En entrevista concedida a la autora del artículo, en la sede la Muestra Itinerante de Cine del Caribe (cita en 12 entre 23 y 25, Ciudad de La Habana, Cuba), el 26 de octubre de 2012.

Saint-John Perse, René Depestre –que por aquel entonces residía en Cuba y era amigo personal de Sara Gómez–, Aimé Césaire, Leopold Sedar Senghor –la lectura de este autor senegalés fue gracias, dice López, a una copia escrita a máquina– y, por supuesto, Frantz Fanon. Nombrar aquí tales referencias no responde a una intención de realizar catálogos. La confirmación de tales datos nos clarifica las relaciones profundas entre el quehacer artístico de Sara Gómez y su intención comprometida de ubicarse con respecto a una tradición y a un pensamiento cultural que le permitiera, entonces, establecer el vínculo necesario con una conciencia de identidad nacional, caribeña y universal. No por gusto a todas las lecturas previas se sumaba su tremendo interés por el pensamiento cubano del siglo XIX, momento este en que comenzó a desarrollarse una reflexión imperiosa, y angustiosa (para utilizar un término caro a Sara) sobre las raíces de la identidad nacional, sobre aquello que nos conforma como pueblo y que signaría a las relaciones humanas y al futuro de la sociedad cubana. ¿Cómo metaboliza y contextualiza todo esto en el costado humano de su Cuba revolucionaria? –que es lo que realmente le importa mostrar– ¿Cómo se fuerza a sí misma al cambio?

En la película se hace evidente la función neurálgica de la educación en el cambio subjetivo de esos individuos inmersos en nuevas relaciones humanas de socialización. En este sentido es la educación un modo de inserción social y de interrelación que coacciona positivamente a todos los involucrados: tanto los que educan como los educados se hallan en un proceso de recíproca influencia y transformación. Es en ese espacio donde se aprecia el enfrentamiento entre los nuevos valores éticos en construcción y aquellos otros heredados que han de ser, si no superados, sí analizados de forma consciente.

Es en este sentido que la película lidia con nuevas preguntas: ¿cómo asumir dentro de este proceso la llamada cultura marginal?; ¿es esta solamente un rezago de las cadenas coloniales?; ¿es acaso algo más profundo que se conecta con

nuestra identidad nacional? Una de las ideas fundamentales que parece desprenderse de la película es que la cultura marginal no tiene por qué desaparecer en el enfrentamiento que se produce entre el proceso de cambio social y los antiguos valores creados por un sistema económico derrocado. Ya que será precisamente la asunción crítica de una herencia cultural aquella que nutrirá en vez de encadenar, que formará parte del cambio social en vez de ser medio para la alienación del individuo.

La música en la película se vuelve en muchos casos la mejor expresión de esa tradición popular resguardada, preservada en las capas marginales, e insertada de manera funcional en las nuevas relaciones. En un momento en particular lo dicho hasta aquí se pone en evidencia. La mayor parte de los personajes reales y ficticios que han aparecido en *De cierta manera* se ven en el fragmento en cuestión participando en un trabajo voluntario. La música será quien establecerá ese puente del que hablábamos: en el tránsito de la voz borracha del rumbero viejo –quien canta “qué vamo’ a trabajar, oiga usted coja este pico, usted coja aquella pala”–, a la voz fresca y joven, pero en el mismo tono, de Sara González, que planea por sobre los rostros de todas las edades y colores que trabajan juntos en la reparación de la escuela del barrio.

Música, educación, construcción, generaciones se empalman una con otra y permiten al espectador reflexionar sobre el sentido simbólico y ensayístico que encierra ese breve minuto de imágenes y sonido: no es solo la educación el espacio humano que contribuye a crear nuevas relaciones, sino que el trabajo incitará también a los individuos a desarrollar consciente y críticamente relaciones otras más humanas, responsables para con la obra de la cual se sienten parte vital.

En otro momento, cercano a los finales del filme, asistimos a la discusión entre los trabajadores después de la asamblea en donde se ha analizado la conducta de uno de ellos. Dice el personaje del *Ambia*, rodeado por los otros trabajadores, en un tiempo de receso mientras toman un café en jarras de metal:

Espérate, espérate, han formado una maraburunda, todo el mundo a la misma vez, y casi tienen la misma opinión. Mira, bárbaro, yo soy revolucionario, tú no eres revolucionario, suponiendo que tú eres amigo mío: tú eres un jodedor, faltas al trabajo, pero muy independientemente de eso, tú me tienes que respetar a mí, como amigo, como hombre, como revolucionario. Yo jamás puedo permitirte a ti, como revolucionario que tú me vengas a decir a mí “oye bárbaro, ¿qué hora son, las tres? Mira a ver si tú me marcas la tarjeta pa’ yo irme”... ¡Tú me tienes que respetar a mí! ... Yo soy tu ambia pero con respeto. Porque mira bárbaro, esta revolución es más grande que nosotros mismos, y por lo tanto nosotros nos vamos a morir, a lo cortico, por ella.

Tal fragmento nos conmina a las preguntas centrales que laten rítmicamente a todo lo largo de la película y quedan abiertas a la discusión o, al menos, a su cuestionamiento: ¿cómo puede el individuo en proceso de cambio asumirse dentro de su tradición cultural –negativizada como marginal y atrasada– y ser a la vez crítico con ella?; ¿son acaso dos entidades apartadas las del ser revolucionario y las del ser hombre de barrio, el “socio”?

Es dentro de todo este campo de reflexiones que, a mi entender, debieran insertarse las consideraciones sobre raza, racismo, machismo, hembrismo y demás temáticas que en el cine de Sara Gómez forman un todo, que es a la vez parte de un interrogante mayor: la del ser y el modo de la cultura nacional y del intelectual enraizado, a conciencia, en ella. Por supuesto, el análisis de estos aspectos daría (y ha dado ya) para otras muchas reflexiones.

La secuencia final de *De cierta manera* nos muestra a Mario y Yolanda, quienes discuten acaloradamente pero se mantienen caminando juntos, buscando encontrarse en un punto común mientras, alejándose de foco, se adentran en los nuevos barrios recién construidos. Por sobre estas imágenes podríamos superponer las palabras de la propia Sara Gómez que, buscando responder a una encuesta, prefiere interrogarse a sí misma:

Por ellos [el público] y para ellos habrá que hacer un cine sin concesiones que toque y que tenga como objetivo ayudar a hacer de todos nosotros hombres capaces de plantearse la vida como un eterno conflicto con el medio en el que solo el hombre deba vencer. ¿Será demasiado ambicioso? ¿Podremos lograrlo? Este debe ser el propósito. (Gómez, 1970, p. 94)

BIBLIOGRAFÍA

- Chanan, M. (1986). *The Cuban Image. Cinema and Cultural Politics in Cuba*. London: BFI Publishing
- Fanon, F. (1965). *Los condenados de la tierra*. La Habana: Ediciones Venceremos.
- Fanon, F. (1968). *Piel negra, máscaras blancas*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Gómez, S. (1970). Respuestas a una encuesta sobre el cine documental didáctico. *Pensamiento Crítico*, 42.
- León, Argeliers (1961). La expresión del pueblo en el TNC. *Actas del Folklore* (1).
- Pérez-Sarduy, P. (2008). “Convergencia y elegía para Tomás y Walterio”, *AfroCubaWeb* <<http://afrocubaweb.com>>.
- Pogolotti, G. (comp.) (2006). *Polémicas culturales de los sesenta*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.



Marcus Garvey: diáspora y nacionalismo negro

Marcus Garvey: Diaspora and Black Nationalism

Bessie Griffith Masó¹

*La piel negra no es una insignia de vergüenza,
sino más bien un símbolo glorioso de la grandeza nacional.*
Marcus Garvey

Recibido el 17 de abril de 2015.

Aprobado el 23 de junio de 2015

RESUMEN

En la primera mitad del siglo XX, surgieron en el Caribe y en los Estados Unidos movimientos asociados a las poblaciones de origen africano que trataban de afirmar sus raíces culturales. Por razón de ciertas condiciones históricas a las cuales las personas negras estaban vinculadas, estas primeras expresiones de práctica política intervinieron con fuerza en la formación de una identidad nacional ligada a lo afro. Entre todas las manifestaciones que tuvieron lugar, fue el movimiento liderado por Marcus Garvey el que alcanzó una preeminencia extraordinaria entre la población negra de América. En este artículo se explica las condiciones de por qué esto fue así.

Palabras claves: Nacionalismo negro, Universal Improvement Association (UNIA), garveyismo, “Back to Africa”.

ABSTRACT

Many social movements linked to communities with African origins willing to reinforce their cultural roots emerged in the Caribbean and in the United States during the first half of twentieth century. In view of certain historic conditions to which black people were associated, these first expressions of political practice intervened strongly in the constitution of a national identity connected to African subjects. In the middle of the many expressions taking place in that period, the Marcus Garvey leaded movement was the one achieving the most extraordinary prominence among American black people. The conditions that made it possible are explained in this paper.

Keywords: Black Nationalism, Universal Improvement Association (UNIA), Garveyism, “Back to Africa”.

¹ Licenciada en Sociología y Máster en Estudios sobre el Caribe—Universidad de La Habana— Centro para la promoción del comercio exterior y la inversión extranjera en Cuba (CEPEC) Dependencia Ministerio del Comercio Exterior de Cuba, La Habana, Cuba. Correo electrónico: cielo26@gmail.com

MOVIMIENTO DE BASE POPULAR

El de Marcus Garvey fue un movimiento de amplia base popular que estuvo integrado en sus primeras etapas por gente procedente de pequeñas islas caribeñas que había migrando hacia Centroamérica y Cuba, siguiendo la ruta inversionista de las compañías estadounidenses. Garvey mismo, protagonista y testimoniante de estos procesos de reterritorialización de la mano de obra antillana, vivió en esos espacios las manifestaciones de un racismo atroz basado en la estructura de una economía política de razas.

En años subsiguientes, cuando las modulaciones del proceso de expansión capitalista introdujeron cambios en su estructura, los destinos de esta migración en el Caribe, mayoritariamente negra, cambiaron su rumbo hacia los Estados Unidos. De tal modo, la migración caribeña hacia el norte constituyó un catalizador de los procesos de reafirmación étnica y racial que ya venían conformándose desde la experiencia afroantilla en las operaciones laborales del istmo costarricense. Ya en suelo norteamericano, los isleños experimentaron por primera vez la lucha entre el proletariado y la burguesía como modelo del mundo industrial moderno. Así, quedaron expuestos al racismo norteamericano y a las ideas republicanas, que no eran aún populares en el contexto de las Antillas. Todo ello incentivó una inicial toma de conciencia nacionalista que tuvo bastante que ver con cambios en el campo del pensamiento que llevaron a la constitución del movimiento de Marcus Garvey.

A partir de estos precedentes, una de las formas que adoptó la intensificación del tema negro al calor del garveyismo fue la combatividad de los conflictos que históricamente incitaron a la reflexión sobre el aspecto de la raza. La fuerza principal del movimiento radicó entonces en la restauración del auto-respeto racial y en la creación de una conciencia nacional basada en ese principio. Esta experiencia constituyó un acto político fundamental para las personas oprimidas racialmente y la base para la posterior lucha contra la dominación colonial.

Debe subrayarse que la condición racial y la clase social durante el período de la esclavitud se constituían en reflejos mutuos. Esa condición se resquebrajó cuando el capital norteamericano comenzó a dominar la economía caribeña y se produjo la subsecuente expansión mercantil. Dado que la amplitud imperialista se estableció sobre la base de las antiguas estructuras de la dominación colonial, se mantuvieron latentes profundos vestigios de opresión en términos raciales. En consecuencia, el racismo segregacionista, institucional e ideológico, obligó a que los negros y descendientes de africanos enfrentaran el problema de la identidad.

Las ideas de Garvey, y en especial su intenso nacionalismo, inspiraron el asunto en términos de acciones políticas, sociales y culturales. Ello aceleró el establecimiento de la confraternidad universal dentro de la raza para promover el espíritu de orgullo entre los negros. Se produjo una ruptura con la muy difundida concepción de las personas negras como personas inferiores, y de ese modo se puso en marcha el propósito de coadyuvar el desarrollo de las comunidades y las naciones negras independientes. En esas circunstancias, comenzó a emerger en el nuevo mundo una conciencia de raza y una identidad asociadas a las raíces africanas, durante la primera mitad del siglo XX.

Por lo general, para los nacionalistas como Marcus Garvey la situación social del negro no se debía a que era un sujeto inferior —como planteaban los racistas—, sino la consecuencia de siglos de despojo y marginación con la trata, la esclavitud, el racismo y las prácticas discriminatorias. Esa memoria indica que la subalternidad social de estos grupos, si bien estaba regida por factores económicos, al mismo tiempo se define por el carácter etnocéntrico de las sociedades, en las cuales las clases subalternas han sido el motor de todo cambio social y evolución histórica. Ese resultado, que ha marcado desde siempre los vínculos caribeños, expresa una marginalidad multifactorial que constituye, en cierta medida, uno de los más decisivos factores unificadores de estas luchas.

En Estados Unidos, donde la confrontación abierta de los grupos afrodescendientes con la cultura anglosajona reforzó la identidad étnica, las luchas por mantener el sentido de lo propio le añadieron al problema de la marginalidad un elemento cultural, pero también político. La definición de la identidad étnica confrontó los mismos prejuicios racistas que imperaban en otros contextos, pero con una expresión mucha más cruda que se agravaron con la marginación multicausal que ya Garvey había establecido durante sus viajes por Centroamérica.

En ese sentido, el programa político de Marcus Garvey postuló un plan de acciones en suelo norteamericano para que el pueblo negro y oprimido reafirmara sus potencialidades como destino. El mejoramiento de esta comunidad pasó por la redención de África como un nuevo centro de referencia. Bajo la proclama *África, para los africanos, un dios, un propósito, un destino*, estableció Marcus Garvey las bases para el desarrollo de un fuerte nacionalismo negro que, en su apogeo, fue un movimiento masivo y popular de los años veinte.

Esta expresión de nacionalismo llegó a ser un elemento político de la lucha que libraron los oprimidos contra el avasallamiento colonial y las prácticas discriminatorias promovidas por el racismo. Según lo que contemplaban las bases del movimiento, no se trataba de que el problema de la raza fuera la contradicción principal, pero las expresiones en esos términos constituyeron uno de los rasgos de más fácil identificación en las sociedades de entonces. Los movimientos que como el garveyismo basaron su acción en la lucha contra la opresión en sentido de los asuntos de la raza, enfrentaron, por ello, aspectos de las contradicciones de clase que eran también un rasgo distintivo de las sociedades americanas y caribeñas.

Marcus Garvey definió posiciones claves de la identidad cultural en términos de uno, y entre personas portadoras de una historia común. Un continente, África, subyace en esa unidad como el terreno propicio para las personas negras que

querían ser libres y su aparición como concepto en esa época, desempeñó un papel de suma importancia para la reinención de su protagonismo como signifiante universal junto a la dispersión de las islas del Caribe. De tal modo, África creó una base de sorprendente matriz popular, que atravesó todos los procesos sociales del siglo XX.

Fue la presencia/ausencia de África lo que le confirió una elevada importancia como el signifiante privilegiado de las nuevas concepciones de nacionalismo e identidades que reverdecían a nivel supranacional. Todas las gentes de las sociedades involucradas, con cualquier trasfondo étnico, debieron confrontar tarde o temprano su profunda expresión. Negros, blancos, mulatos, africanos, hindúes, chinos *-todos mezclados* según, la filosofía de Nicolás Guillén (1984)- debieron enfrentar su presencia y pronunciar su nombre: África. Sí, África, cargada de un sentido enriquecedor, adquirió un valor que se pudo nombrar y se pudo sentir.

En la medida en que ocurrieron la transfiguración y la aplicación de lo afro sobre el territorio, se volvió extensiva la subversión etnoracial en el imaginario social de los contextos involucrados. De tal modo, transmitió un carácter de una africanidad trascendente resituada en un espacio marginal dentro de la marginalidad misma, que impulsó un punto de giro a nivel del pensamiento.

Es importante señalar que los elementos más sólidos planteados por Garvey en su filosofía y opiniones no fueron asuntos nuevos. Algunos habían sido formulados por intelectuales o escritores negros que Marcus Garvey jamás escuchó mencionar. Sin embargo, fueron sus habilidades de extraordinario comunicador las que despertaron una conciencia racial entre estas personas oprimidas como nadie lo había conseguido hasta entonces. Antes de él, nadie había sido capaz de organizar un movimiento de carácter supranacional que excitara tanto la imaginación de este sujeto colectivo.

La expansión del garveyismo se mantuvo invariable a lo largo de toda la década de los años veinte del siglo pasado e incluso después.

El movimiento tuvo una fuerte influencia en la dinámica sociopolítica de entonces, cuando se comenzó a redescubrir África y la dimensión de sus valores. A tales efectos surgieron corrientes como la *negritud*, con la idea central de rehabilitar la cultura de los pueblos africanos, respondiendo -y en esto coincido plenamente con Armando Entralgo (1989) -a una particular posición y rol social ocupada por los negros entre las dos guerras mundiales del siglo XX. De igual modo, hubo una continuidad del movimiento de Garvey hacia los años sesenta, cuando los negros americanos y caribeños comenzaron a hablar en términos del *Black Power*.

La expresiones nacionales promovidas por Garvey y su movimiento instalaron una utopía permanente donde la tierra reencontrada formó parte de un proyecto emancipatorio. Fraguado por un profundo carácter social, ese mecanismo identificó a aquellos hombres y mujeres separados de su tronco común, pero conservadores de sus raíces. En la medida en que ocurrió la transfiguración y la aplicación de lo africano, se volvió extensiva toda la subversión etnorracial en el imaginario social y cultural de los contextos participantes. Al suceder de esa manera, se incrementó un potencial culturológico en el Caribe, que no dejó de integrar entre otras, a la figura de Marcus Garvey.

La de Garvey es una extraña militancia sobre la cual se entabla una circunstancialidad paradójica. Y es que algunas constantes de su desempeño como líder de masas, se basaron en un rico sistema de creencias religiosas que articularon con aspectos políticos, económicos y sociales. Estas prácticas se arraigaron en sus seguidores y tienen en la actualidad el carácter de una profunda y extendida religiosidad popular, entremezclada también, con importantes procesos de pensamientos humanistas y revolucionarios. A saber, el rastafarismo como uno los movimientos etnopolíticos más relevantes del Caribe contemporáneo.

Entre los precursores de esta expresión Marcus Garvey es considerado como el más inmediato. Sus discursos acerca de la llegada del rey

negro redentor a África, de alguna manera lograron el empuje que desencadenaría las bases mesiánicas de este culto, filosofía o religión. Es también en el pensamiento y en la acción de Garvey donde se encuentra la más fuerte representación del llamado “movimiento de retorno”, del cual ha bebido el rastafarismo logrando una identificación con la fuente nutricia de las esencias culturales caribeñas.

AUTODEFENSA Y RECONOCIMIENTO DEL NEGRO.

Como se ha visto, todo ese largo proceso de cuestionamientos sobre el tema de la reivindicación y el orgullo del negro constituyó un catalizador importante para las nociones de identidad. A partir de allí derivó toda la influencia ideológica de Marcus Garvey, orientada en el manejo de los términos de racialidad, etnicidad, ciudadanía y nacionalismo negro.

En esas expresiones cruzadas, el ideario de la raza se confirmó en la emancipación espiritual y política desde una dimensión globalizada. Junto a la amplitud etnoracial se consolidó una perspectiva pancaribeña bajo el signo de la autorreflexión y la autodeterminación. La idea de África como principio de unidad e integración, que había nacido en el Caribe con el movimiento de Marcus Garvey, quedó evidenciada en una voluntad de desalienación que involucró la participación del continente americano y al propio espacio africano.

Como se conoce, la atención de los afroantillanos por la política internacional y el seguimiento de la actualidad en diferentes regiones del mundo, tuvieron que ver con la relación sostenida entre muchas de ellas y la British Commonwealth. Sin embargo, más allá de ese aspecto, el significado de la condición transnacional de los caribeños gravitó de manera especial en torno a la relación política con los afrodescendiente de los Estados Unidos. De hecho, fue en suelo norteamericano donde el movimiento de Marcus Garvey progresó en una transición de autorreconocimiento y de liberación. Esa evolución cristalizó hacia 1916 con

la fundación que él hizo de la Universal Improvement Association (UNIA).

El desarrollo de este programa político supuso un proyecto hecho realidad para debatir acerca de los retos que las personas negras debían afrontar en su camino hacia el encuentro con el respeto por su historia y su dignidad cultural: “Nadie pudo imaginar el alcance que tendría su carácter integrador y revolucionario en el territorio norteamericano, ni el que iría alcanzar después” (Lewis, 1998).

Desde los Estados Unidos la UNIA devino un antecedente fundamental de la época descolonizadora que tuvo lugar en África hacia los años cincuenta, y en la región del Caribe una década después. Incluso en el propio país del norte, la organización llegó a convertirse en el eje principal del radicalismo negro dada su influencia en el florecimiento de las artes, la intelectualidad y las letras afronorteamericanas durante el periodo cultural conocido como Renacimiento de Harlem.

Así, la organización promovida por Garvey alcanzó una especie de apogeo de África en América, que tuvo fuertes influencias sobre la intelectualidad caribeña francófona y anglófona de la diáspora. Este éxito no sólo redefinió la participación de los negros en el continente y en el mundo, sino que también resaltó los progresos simbólicos y reales de la libre determinación de esta militancia. La experiencia revalorizadora que propuso Marcus Garvey a través de la UNIA, influyó hacia los años treinta en la conformación de las primeras vanguardias caribeñas que contribuyeron, con el cuestionamiento de la hegemonía cultural occidental, a la desestructuración de las sociedades coloniales.

Encuentros míticos surgieron de la participación entre diversas voces y figuras que siguieron el camino de la UNIA, y la línea de reconocimiento e integración que Garvey propuso. La poesía, o en general la literatura, se centró en la reconciliación del negro con su propia historia. El momento devino en un grado de ruptura que, más allá de enfatizar en los vestigios de una identidad original, manifestó el rugido y la rebeldía de las

sociedades coloniales. Fue por esa razón que la efervescencia de los discursos literarios a lo largo de la época estuvo encausada, en buena parte, a la persecución desenfrenada por adquirir casi en su totalidad una propia definición de identidad.

En ese contexto la cuestión de la historicidad de África completó un largo debate que entrañó la perspectiva del retorno al continente, a través del Plan Liberia. Ese proceso de repatriación política y cultural –Back to Africa– rompió el marcapaso del colonialismo dando impulso a una tierra que apenas latía. En esa justa medida, se anuló la imagen paleolítica de un reino cuya civilización ostentaba, desde muy temprano en la historia de la humanidad, una cultura altamente refinada y una escritura propia. Al respecto Garvey decía:

Los propósitos de *Back to Africa* gestaron un llamado de atención sobre la necesidad de la lucha por la independencia. Esa intención estuvo basada en la urgencia de enaltecer herramientas culturales que afianzaran la identidad nacional africana, y la de todos sus descendientes.

Así fue como el programa de Marcus Garvey promovió, en su discurso político, los pretextos de la dependencia, la raza y el desarrollo. Por ese camino, sus principios ideológicos emprendieron el fin de un trauma identitario para la conformación continental de un espacio lacerado.

El proyecto de retorno devino en una variante estratégica de resistencia. Más allá de un plan de intención, esta propuesta se volvió más profunda y original en la medida en que sus aspiraciones menguaron la expresión marginada de la cultura africana. Esto significó la promoción de un cambio en la opinión y actitud mundial de todos los pueblos y razas ante la consolidación de una nueva filosofía de redención continental.

Sin embargo, la vivencia de la repatriación marcó profundamente la experiencia de muchos individuos que vivieron con tristeza la ilusión de un pasado ya perdido para siempre. A los pocos hombres y mujeres que lograron volver a África, un nuevo episodio de penas les tocó vivir;

una nueva crisis de identidad. Aquella, la tierra añorada, tampoco era ya el África ansiada. Los refugiados no hablaban en la misma lengua y no tenían las mismas costumbres de aquellos que nunca sacaron un pie de allí. La matriz originaria que algún día los vio nacer, los rechazaba entonces, porque todos fueron simplemente extraños que también llegaron de otro lugar.

Aún así, ese interés real o simbólico de regresar a la madre África con el propósito de crear un destino común a todos los africanos y sus descendientes tuvo una fuerte acogida entre numerosos negros del mundo. La perspectiva del retorno constituyó el ideal de muchos otros movimientos políticos o sociales a nivel mundial de los cuales algunos nacieron dentro del Caribe –Rastafarismo– o fueron impulsados por otros caribeños –Bob Marley–. Por consiguiente, *Back to Africa* fortaleció una filosofía de pan-africanismo que inspiró una ideología de masas internacional centrada en ese continente.

Entonces se vivía en el Caribe un contexto de fuerte agitación socio-política. La inquietud por edificar la nacionalidad en cada contexto isleño se convirtió en un tema de gran amplitud. Nuevamente, y a propósito de los procesos de revisión sobre el tema de la raza, las bases del garveyismo alentaron durante los años sucesivos el surgimiento de algunas tendencias paralelas al panafricanismo como el negrismo, el jibarismo, o el indigenismo. Al mismo tiempo, la inmediatez de las artes a través de la pintura dejó una huella importante que cobró valor con la visualidad. Fueron muchos los pintores² que circularon con su obra la formulación de la identidad nacional en sus respectivos países. Esa postura contestaría por supuesto a una africanidad descalificada dentro de las bases constitutivas de las diferentes culturas nacionales.

2 En el caso de Cuba tenemos a Wifredo Lam con una obra bien representativa que defiende la construcción de la nacionalidad cubana. En el Caribe anglófono figuran artistas como John Dunkley.

Como mejor resultado posible, las problemáticas de la racialidad y la nacionalidad rebasaron los límites de la región anglófona e hispanófona para alcanzar, un poco después, el contexto insular que conforma al Caribe colonial de habla francesa. Allí, hacia finales de los años cuarenta, prosperó bajo el grito anticolonial de Aimé Césaire (1969), otra de las tendencias más polémicas del siglo XX: la corriente negritud³.

Hasta este punto la cultura caribeña dio muestras de responder a un cambio social que irradió durante la centuria pasada a todo el territorio. Ese proceso involucró desde sus primeras etapas de contingencia política aquellos movimientos que como el garveyismo mostraron oposición y descontento frente a la problemática racial. No sorprende por tanto que el pensamiento social-general sobre el negro se consolidara en todo el territorio caribeño y su diáspora bajo la misma tradición de revalorización que tuvieron las primeras alianzas interraciales en las Antillas.

En ese grado de alta significación obtuvo amplia difusión a nivel internacional el carácter exclusivista otorgado a las diversas manifestaciones del pensamiento intelectual del Caribe. Su posición de rechazo frente a los niveles de representatividad propuestos convenientemente por los pueblos colonizadores de Europa, logró redefinir valores fundamentales para la región y el mundo desde el propio respeto, el conocimiento, la tolerancia y la capacidad de compartir con otros interlocutores.

En esa intertextualidad se reclamó la continuidad de los derechos por la libertad y la justicia. La experiencia de un pensamiento revalorizado elevó

3 Término acuñado por el escritor martiniqueño a partir de su propia experiencia sobre la desvalorización de la cultura negra en las Antillas, plasmada en un ensayo publicado en la revista *L'Étudiant Noir*, París, 1935. Con la introducción de este concepto se presentó ante la sociedad occidental la idea de la resistencia cultural y política de los pueblos que hasta aquel momento habían sido subyugados por el estatus blanco. Aimé Césaire es uno de los fundadores de la negritud, movimiento político y literario creado junto con el político y escritor africano Leopold Sédar Senghor y el poeta y activista guyanés Leon Gontran Damas.

durante las últimas décadas del siglo pasado su sentido de transformación, al igual que fue posible en los años en los que el garveyismo abanderó los procesos socio-políticos de una comunidad cultural a nivel supranacional.

El garveyismo logró refractar su madurez entrelazada a la identidad caribeña bajo el fervor del espíritu del Nacionalismo Negro. Ese nivel de influencia designó el imaginario del que proviene toda la poética de la resistencia del negro, del colonialismo, y de la independencia, en los marcos de un espacio que todavía está en aras del fortalecimiento y de camino a la integración. En ese marco la multiplicidad de narrativas cruzadas permite entonces al final de lo todo lo escrito,

elaborar reflexiones que irradian desde un solo punto de vista, hacia la valoración de la historia caribeña como objeto de estudio.

BIBLIOGRAFÍA

- Césaire, A. (1969). *Poesías* La Habana: Casa de las Américas.
- Entralgo, A. (1989). *Panafricanismo y unidad africana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Guillén, N. (1984). *Las grandes elegías y otros poemas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Lewis, R. (1988). *Marcus Garvey, Paladín Anticolonialista*. La Habana: Casa de las Américas.



Una fuente olvidada para la historia de la alimentación en el Caribe durante el siglo XIX: *El médico botánico criollo*, de Renato de Grosourdy.¹

A Forgotten Source for the History of Feeding in the Caribbean Through 19th Century: *El Médico Botánico Criollo*, by Renato de Grosourdy.

José Rafael Lovera²

Recibido el 13 de julio de 2015.

Aprobado el 3 de agosto de 2015

RESUMEN

Se propone reivindicar, como fuente de la historia alimentaria de la región del Caribe durante el siglo XIX, la obra *El médico botánico criollo*, del médico Renato de Grosourdy, editada en París en 1864 en cuatro tomos. El autor de este libro, quien vivió diez años en la zona, describe detalladamente el régimen alimentario de las Islas y Tierra Firme con importantes comentarios, recetas y referencias abundantes a los vegetales usados como alimento. Se trata de una publicación rara, de difícil consulta y por ende poco conocida de los investigadores. Se incluyen extractos extensos de la obra y se ubica críticamente en el lugar que merece un testimonio tan valioso.

Palabras claves: Historia de la alimentación, régimen alimentario, recetas del Caribe, botánica criolla, siglo XIX.

ABSTRACT

The work *El médico botánico criollo* by Doctor Renato de Grosourdy, published in Paris by 1864 in 4 volumes, is to be reclaimed through this paper as a source useful to rebuild the history of feeding in the Caribbean region throughout XIXth century. The book's author, who lived for ten years in the area, describes in detail the diet in the islands as well as in *Tierra Firme* including remarkable comments, recipes and abundant references to vegetables used as feeding. It is a weird publication, hard to be consulted and for this reason not widely known by researchers. Large texts extracted from the work are included in this paper and the site deserved by its condition as a valuable work is duly set.

Palabras claves: Feeding History, diet, Caribbean recipes, creole botany, 19th century.

1 Este artículo es una reelaboración de la ponencia presentada en el Foro de Historia Cultural del Caribe, en el marco del VIII Congreso de Investigación y Creación Intelectual, el 24 de mayo de 2012, en la Universidad Metropolitana, Caracas.

2 Licenciado en Historia - Universidad Central de Venezuela, Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia (Caracas-Venezuela).

La historia de la alimentación en el Caribe aún se encuentra dando sus primeros pasos (Lovera, 1991) (Morales, 2010). De allí la importancia de indagar acerca de las fuentes que nutren esa disciplina. En este trabajo procuro presentar y comentar una de esas fuentes que no obstante ser muy valiosa no se ha tomado en cuenta para la reconstrucción de la dieta caribeña de tiempos decimonónicos. Se trata de la obra *El médico botánico criollo*, del francés Renato de Grosourdy (1807-1867). París, Librería de Francisco Brachet, 1864, 4 volúmenes. Profesional de la medicina, residió por años en la región del Caribe y por ende puede catalogarse como testigo presencial de las características y los usos que los habitantes daban a los numerosos integrantes de la muy rica flora tropical. Él convivió con los nativos y se interesó, además de lo relativo a la materia médica, por lo concerniente a la alimentación de aquellas poblaciones.

El mérito de las observaciones y descripciones de este viajero, médico y botánico a la vez, consiste, por una parte en sus conocimientos profesionales, y, por otra, en el hecho de que, como casi todos los viajeros, registró en sus obras las circunstancias de la cotidianidad de las sociedades en las que vivió dando muchos detalles que es muy difícil, si no imposible, encontrar en los documentos de los archivos locales por tratarse de cosas que para los habitantes eran sabidas.

En la obra mencionada no sólo se encuentra a lo largo de la descripción de la flora, los usos alimentarios de muchos especímenes de ella sino que también hay interesantes párrafos en lo que se explaya el autor en presentar las dietas caribeñas. En algunos casos suministrando el modo de hacer ciertas preparaciones típicas con detalles muy precisos que rara vez se encuentra en otro tipo de documentos. Por otro lado, en su nosografía alimentaria, cuando opina sobre la etiología de las dolencias más comunes derivadas de las comidas, al mismo tiempo indica la posible terapéutica vegetal de las mismas.

Renato de Grosourdy no tuvo la misma suerte que otros autores, que cultivaron su mismo

campo, como por ejemplo su colega Miguel Esteban Descourtilz, autor de una extensa *Flore pittoresque des Antilles*, impresa con magníficos grabados a color, muy citada y de la cual se han hecho ediciones facsímiles. Quizá el éxito de esta última obra se debió sobre todo a las hermosas y muy detalladas ilustraciones. Los cuatro tomos de De Grosourdy, pese a su importancia y a sus más de 1800 páginas, no alcanzaron el mismo despliegue. En nuestro país son muy pocas las alusiones a ella: la citan como simple referencia Adolfo Ernst en varias de sus obras; Lisandro Alvarado tanto en su *Glosarios del bajo español en Venezuela* como en su *Glosario de voces indígenas de Venezuela*; Arístides Rojas y Manuel Vicente Díaz en sus *Apuntes para el repertorio de plantas útiles de Venezuela*; y Henri Pittier en su manual de las *Plantas Usuales de Venezuela*.

Puede decirse que lo poco que se ha escrito sobre el médico botánico se debe a Albert-André Genel (1983) (1985). Sin embargo en mi libro *Gastronomía caribeña* (Lovera, 1991) lo usé para describir las dietas de esa región en el siglo XIX, por lo cual he resuelto compartir con los estudiosos de las culturas del Caribe los datos de que dispongo sobre este médico, incluyendo en el texto no solamente su biografía sucinta sino el repaso de su obra desde el punto de vista de la historia de la alimentación, adicionando varios párrafos fundamentales al efecto.

Nació este galeno en el municipio de Lison, departamento de Calvados y Distrito de Bayeux, el 13 de octubre de 1807. Eran tiempos en que la buena estrella acompañaba a Napoleón Bonaparte en sus guerras de expansión hacia Prusia. Era De Grosourdy vástago de una noble familia normanda cuyos anales alcanzan más allá del reinado de Luis XII. Se educó en su pueblo natal y gozó de la protección de un primo, Nicolás René de Grosourdy, sacerdote que había llegado a ocupar un escaño en la Asamblea General de 1789. De ese pariente heredó una tierra en Colombières. En 1828 obtuvo en Caen el grado de bachiller en letras y procedió

a inscribirse en la facultad de Medicina de París, lo cual no formalizó hasta obtener en la misma ciudad en 1829, el bachillerato en ciencias. No fue sino hasta marzo de 1836 que presentó su tesis de grado *Dissertation chimique et médicale sur les iodures de fer, de plomb et de mercure*, que fue aprobada por el correspondiente jurado recibiendo en consecuencia el grado de Doctor en Medicina.

En 1838 se casó con Sophie Gertrude Devenish, natural de Tours. Este matrimonio marcaría poco después su traslado a América, donde en la Isla de Trinidad su suegro tenía una plantación. Después de su casamiento De Grosourdy publicó un *Traité de Chimie considérée dans ses applications a la médecine*, obra de gran extensión pues alcanzó 950 páginas en dos volúmenes. Para entonces ejercía su profesión en París. Parece ser que en 1840 hizo un viaje a Trinidad, probablemente por razones familiares. Más tarde a fines de 1841 se instaló en Isigny, muy cerca de su pueblo natal y allí permaneció 10 años como médico.

En enero de 1852 se encontraba revalidando su título de Doctor en Medicina en Puerto Rico. Ejerció varios años en Guayamo. Recorrió toda la Isla recolectando muestras botánicas y estudiando la materia médica puertorriqueña y dedicándose a atender a los campesinos de esa isla difundiendo el uso terapéutico de las plantas medicinales de ella (Genel, 1985).

Estuvo también en Cuba cuando ya proyectaba una obra sobre la flora medicinal a la que pensaba poner el título de Medicina popular y doméstica de las Antillas o Compendio de terapéutica vegetal. Luego entre 1861 y 1862 viajó a Venezuela donde fue comisionado por el gobierno para coleccionar objetos de historia natural en la Guayana, habiendo entonces recogido interesantes materiales durante su excursión a esa región, que posteriormente en 1867 fueron estudiados por parte de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, a la cual le fueron entregados varios objetos resultado de aquella expedición (Celli, 1968). En

Caracas dio su última revisión a la obra que tantos años de trabajo le había costado, con el título definitivo de *El médico botánico criollo*. Esta vasta obra recibió la aprobación de sus colegas venezolanos y la protección del general Juan Crisóstomo Falcón y fue publicada, como dije, en 1864 en París adonde había regresado con su manuscrito. Poco tiempo después, ya de regreso a Trinidad, falleció el 3 de junio de 1867 (Genel, 1983).

En el tomo III de la obra que nos ocupa, titulado por su autor Compendio de terapéutica vegetal de las Antillas y de la parte correspondiente del continente americano, hay una introducción que contiene una “Ojeada sobre la topografía médica de las Antillas y de la República de Venezuela” (De Grosourdy, 1864, p. IX) en la cual, después de dar un panorama geográfico de la región, pasa a suministrar datos precisos sobre la fauna útil para el alimento, comenzando por los animales oriundos de Europa: el buey, el carnero, la cabra y el puerco, que en esos países se habían multiplicado extraordinariamente tanto que en algunos lugares se volvieron cimarrones. Se refiere luego a la cacería que afirma es muy abundante especialmente en la Tierra Firme.

La enumeración comienza por la hutía, muy abundante en la Isla de Cuba; el venado, cuantioso en la Isla de Trinidad y todavía más en Venezuela; el agutí: la lapa considerada “comida deliciosa y muy saludable”; el cachicamo; los báquiros “muy buenos para comer”; el araguato o mono colorado “cuya carne es tan buena como la del conejo”; el chigüire; la danta; la ardilla; el manatí “cuya carne tiene mucha analogía con la del cerdo pero es muchísimo más sabrosa y más agradable” y el conejo de las misiones del Orinoco “que no es sino una liebre mucho más pequeña que la de Europa, pero tan buena y tan exquisita para comer”. A continuación se refiere a las aves domésticas “que se suele servir a la mesa”: el pollo, el capón, la gallina, la guinea, el pavo común, el pato, el pichón, la codorniz y la perdiz. Por otra parte menciona

la caza de pluma: gallina de sabana, campanero, paují, pava de monte, gallina de monte, el pato real, los güirirís “patos pequeños muy buenos para comer” y una inclusión, que no deja de extrañarnos, la de cotorras y loros “magníficos para comer cuando aún son pichones”.

Sección aparte tienen los pescados de los que cita como más notables para la mesa al pargo, el róbalo, la cherna, la picuda, la lisa, el pámpano, el lenguado, el congrio, el dorado, el mero, y el lebranche, todos de mar. Como equivalentes en la pesca fluvial consigna al valentón, el morocoto, el caribe, la doncella, entre otros que “suministran una comida muy rica y muy sabrosa”. No deja de añadir a su lista moluscos como las almejas y los ostiones; crustáceos como los cangrejos, los camarones, la langosta y los camarones de río entre otros. Aparecen luego en la lista, la tortuga de mar, el morrocoy y la iguana afirmando que los huevos de las tortugas y de las iguanas “son muy buenos (...) sean crudos, sean pasados por agua, sean en tortillas, y constituyen un alimento muy fuerte y muy sano”.

En la misma sección, De Grosourdy incorpora a su texto una descripción del modo de yantar en la región que vale la pena citar en extenso y conservando la ortografía de usanza en la época. Comienza con la descripción de las dietas caribeñas, empezando por la urbana:

En las Antillas y Costa Firme se usa ordinariamente hacer dos comidas fuertes por día y un desayuno de café solo ó de café con leche al levantarse de la cama, y con frecuencia una taza de chocolate por la noche, entre los españoles especialmente. Las carnes de puerco, de ternera, de vaca, los pollos, las gallinas, etc.; los huevos, el arroz blanco, el plátano verde asado ó cocido, los buniatos ó batatas cocidas, los ñames ó el maíz, puede ser que no haya familia algo acomodada que no los tenga diariamente en su casa, no por eso dejan muchos de hacer uso de manjares mas suculentos fuertemente condimentados, lo que

tiene lugar especialmente, en las familias europeas que viven en las Antillas ó en el continente americano y en particular los de origen inglés, alemán y hasta francés, los cuales usan también vino, cerveza y licores espirituosos apartándose lo menos posible de los usos de sus países respectivos, lo que no es, de ninguna manera, a propósito ni apropiado tampoco á la región en que viven y que lleva con tanta frecuencia en pos de sí consecuencias fatales. Los criollos, al contrario, usan alimentos menos suculentos y en mayor parte su alimentación es vegetal y, por consiguiente, mucho mas en armonía con las necesidades de los países cálidos; usan los víveres de Europa con mayor moderación y acostumbra beber pocos licores, pero ordinariamente toman mucho café prieto y los de origen español, especialmente las señoras, no beben sino agua. Según que las Antillas han sido pobladas por una ú otra nación europea, los usos y costumbres han participado naturalmente de los de la madre patria, pero se han ido modificando poco á poco con el roce continuo de unas con otras de lo cual han nacido usos y costumbres que tienen su sello particular, que llamaremos criollo ó mixto.

En las islas inglesas, francesas y danesas se usan comidas mucho más ricas y mucho mas estimulantes y condimentadas que en la españolas ó de origen español, y se bebe mucho mas vino, cerveza y licores que en estas últimas, en donde la mayor parte de la población se contenta con agua, no solamente en la clase pobre, pero también en las clases acomodadas y hasta ricas, pero al contrario el uso del café está en ellas mucho mas generalizado que en las otras y especialmente entre la gente pobre ó poco acomodada, que lo toma con frecuencia en el día y cuyo uso remedia hasta cierto punto lo poco nutritivo de su alimentación, que consiste casi exclusivamente en bacalao mas ó menos malo, en batatas, ñames, maíz y plátanos. En los países de cría beben mucha leche sea pura, sea con café, comen queso, y en Venezuela comen carne de res, mas que ningún país del mundo. También es

costumbre muy general tomar frutas á las doce ó á la una de la tarde, eso se llama tomar refresco, lo que corresponde al lunch de los Ingleses, con esa diferencia que estos comen alimentos bastante nutritivos y beben licores y vinos o cerveza (De Grosourdy, 1864, pp. XVIII-XX).

De seguidas se refiere al comer rural:

El habitante del campo o campesino en Cuba se llama guajiro y llivarot en Puerto Rico. Es bastante franco, pero muy astuto, aficionado al juego de gallos y al café, cuya infusión toman con frecuencia en el día. A su vestido que consiste en pantalón y camisa acompaña el sombrero yarey ó del país y el machete á la cintura. Su alimento se compone de carne de puerco, arroz, maíz, viandas y plátano. En Puerto Rico de mucho bacalao, poca carne, arroz y principalmente, según las estaciones, de maíz, viandas y plátano; beben bastante leche. Casi continuamente está á caballo y sus ocupaciones diarias son las siembras en sitios de labor ó en estancias; trabajan en los ingenios para la cultura de la caña y la elaboración del azúcar, en los cafetales, patreros, estancias, hatos, etc. (De Grosourdy, 1864, pp. XXI).

Si pasando de la citada introducción, revisamos el resto del tomo mencionado y del siguiente, encontraremos el muy extenso repertorio de materia médica vegetal que no solamente contiene informaciones propiamente terapéuticas sino que además va más allá suministrando otras de carácter alimentario. Haremos un repaso de algunos de los textos que interesan sobre los vegetales de mayor importancia para la alimentación de la región:

EL MAÍZ

El maíz, gramínea fundamental de la dieta de la región intertropical, merece una larga sección en la obra de que tratamos, considerando relevante una extensa cita del uso que se le daba en el Caribe:

Las mazorcas jojotas de maíz, después de tostadas ó de sancochadas con agua y sal, constituyen una comida muy apreciada de los criollos, pero es poco saludable cuando se toma durante algún tiempo consecutivo, como sucede á la gente pobre que vive en el campo. Con la harina de maíz, ó mejor, con el maíz preparado á propósito, se hacen en Venezuela las arepas, tan apreciadas de los habitantes de ese país, constituyendo el único alimento de muchos pueblos de la República, donde tantas veces las hemos comido con bastante gusto para suplir el pan que faltaba enteramente; son una especie de tortitas de unas cinco ó seis pulgadas de diámetro y una de espesor; se tuestan en hornos ó tostaderos á propósito. Con el maíz maduro pero fresco ó recién cojido, tostado á manera de café, molido después y vuelto una harina pardusca muy fina, mezclada con azúcar y agua en proporción suficiente, se hace un dulce casi del color del chocolate, que viene á ser como una especie de atole muy espeso, que al enfriarse se pone casi sólido y puede cortarse ó partir con un cuchillo, lo que constituye un manjar bastante agradable de que se usa mucho, especialmente en Cumaná donde lo llaman tequique.

La maza preparada para arepas se mezcla de varios modos para hacer el pan mas agradable ya con huevos, ya con queso, ya con plátanos maduros; se emplea también para cubrir pasteles, especialmente el llamado hallaca, que, envuelto en hojas de plátano, se cuece como el pudding de los Ingleses ó con agua y sal. Para arepas el maíz se prepara como sigue: en un pilón de madera ó de hierro se pila el grano con un poco de agua hasta que suelte la concha; se ventea enseguida para que quede el grano limpio, después se lava en dos ó tres aguas y con la suficiente se pone á cocer un poco hasta que esté en condición de molerse entre dos piedras una ó dos veces, de manera que quede hecho una masa suave, con que se hacen tortas pequeñas un poco gruesas, que se ponen abajo al rescoldo á perfeccionar su cocimiento y las arepas están listas para comer.

El maíz tostado y molido se llama gofio y constituye un alimento agradable y nutritivo; ya sea mezclado en los potajes, ó en caldo, ó con queso y meladura, ó con meladura sola. Los granos del maíz seco, simplemente sancochados, dan un alimento tan nutritivo que los Indios del Canadá casi no toman otro por muchos días en medio de los más fuertes trabajos, y dicen ellos que es lo que les da más vigor. El maíz tostado puesto á cocer con agua hasta que se ablande, de manera que pueda molerse, y molido entonces con una raíz de jengibre, para hacerlo mas agradable, se cuele el líquido por un lienzo fuerte con cantidad suficiente de agua, y después de endulzado al gusto ya esta preparado el carato de maíz tostado, bebida muy agradable, muy sustanciosa y muy refrescante. Se hace otro carato que gusta mucho á los indígenas de Costa Firme que llaman de acupe ó de maíz nacido; se echa el maíz en remojo por tres ó cuatro días, hasta que retoñe ó germine, así se muele, y con un poco de dulce, de cualquiera especie y bastante agua, se deja fermentar. Esta bebida embriaga.

Con el maíz tierno se hace otro pan llamado cachapa. Como en este estado no se puede desgranar, se cortan las hileras de los granos de la mazorca con un cuchillo, y molidos como conviene se hace una masa que envuelta en las hojas de la misma mazorca sin mas preparación, se cuece sin sal; también se pone sobre el budare entre hojas de plátanos; así preparado constituye un alimento agradable. Con esta masa ó sea la preparada para el pan de arepa se hacen puches o gaches y papillas, cociéndola con agua o leche y un poco de dulce y sal: con la leche, huevos y un poco de canela ó agua de azúcar se hace una excelente crema. Por último, el maíz se combina felizmente y de diversos modos con todas las sustancias vegetales formando con ellas diferentes platos sustanciosos y agradables, de los que trata especialmente Duchesne en su monografía sobre el maíz. Los atoles con harina de maíz y con la masa de maíz preparada para arepas son muy buenas para los enfermos y de muy fácil diges-

tión, y se dice que su uso aumenta notablemente la secreción de la orina; son también, según Duchesne, un alimento muy propio para los niños y de gran utilidad para las mujeres que lactan, porque además de alimentarlas les aumenta la leche. En México, mucho tiempo ha, emplean el maíz los médicos, en lugar de la cebada, como bebida temperante en las enfermedades agudas. Los doctores Doublé, Lespez y otros han empleado con mucha ventaja la tizana de maíz en muchas enfermedades inflamatorias de las vías gastrointestinales. Se prepara haciendo hervir el grano un cuarto de hora con agua; arrojado al líquido, el grano se muele para cocerle con la cantidad de agua necesaria, y después de media hora de ebullición, la tizana está preparada; se toma a pastos después de endulzada como corresponde.

La harina de maíz tostado bien mezclada con papelón molido y comida así en polvo constituye un dulce muy sabroso, que nos ha parecido muy agradable; después de haberlo comido se toma por encima una copa de agua y se acabó la fiesta. Los granos de maíz jojotos y también de leche, es decir, los más tiernos, molidos como conviene, se emplean para hacer una papilla muy espesa que constituye un manjar bastante preciado, pero que no sería muy sano si se usara exclusivamente; lo hemos comido con bastante gusto y nos ha parecido agradable, tiene por supuesto su poco de papelón. Los granos tiernos de maíz se comen también preparados a manera de petits pois o guisantes, y es una comida muy sabrosa. Esa semilla sirve además para hacer el tiste, especie de chocolate que se toma frio y que, según se dice, tiene una propiedad refrescante mucho mayor que la de todas las demás bebidas y se usa durante los calores fuertes; se prepara con una libra de polvo muy fino o harina de maíz tostado y tamizado, dos onzas, poco mas o menos, de cacao también tostado y pulverizado, dos libras de papelón ó azúcar, dos onzas ó casi un manojo de canela y como dos cucharaditas de achiote; después de bien mezclados todos esos polvos se

tiene esa sustancia guardada en un frasco bien tapado, y cuando se quiera utilizar para preparar una copa de tiste, se echa dos cucharadas de ella en una chocolatera, y después de desleídas con suficiente agua, se bate la mezcla con viveza para que salga espumosa y se bebe así en el acto.

La bebida llamada chicha se prepara con papelón ó azúcar de caña en bruto, maíz en grano machacado y frutos de jobo secos; cuando la fermentación está principiando, se llama agua dulce y se parece un poco á la cidra, pero más tarde se vuelve muy alcohólica; entonces los indios la beben caliente y se emborrachan con ella. Además de lo dicho el maíz sirve en los países intertropicales, donde abunda y está muy barato, para engordar los cerdos, para la manutención de las aves domésticas así como así como para cebarlas; también sirve para dar á los caballos en lugar de avena. Las hojas que acompañan la espiga ó mazorca sirven, después de secas, para colchones y para forrage muy bueno, que se da á las vacas de leche; el tallo se utiliza para calentar el horno, y con la tuza limpia de los granos se asan las arepas ó sirve para la candela, se ha sacado azúcar de la caña de maíz, pero en pequeña cantidad.

En medicina con el maíz se reemplaza la cebada para preparar tisanas ó bebidas emolientes y á la par nutritivas; se hace hervir como media hora de ebullición se arroja al agua, se muelen entonces los granos y se les hacen hervir de nuevo con otra botella de agua como por espacio de una hora, así preparada el agua de maíz y endulzada como corresponde se emplea á pasto y constituye una bebida emoliente y refrescante muy buena, pero no bastante empleada. Con la harina de maíz se hacen también cataplasmas que á nuestro parecer son mejores que las preparadas con harina de linaza, porque no se vuelven agrias con tanta facilidad, y que además tienen mucha mas humedad. Aunque contiene mucha fécula la harina de maíz, no se puede sacar de ella, con los procedimientos empleados para la extracción de los almidones, sino muy pequeña cantidad; eso proviene de que en las semillas los granos de la

fécula están muy apretados unos contra otros, y que muchos se han roto durante la vegetación ó habrán sido aplastados durante la preparación. Eso puesto, el agua, que es indispensable para su extracción, disuelve la materia gomosa de los granitos rotos, su película permanece en suspensión en el líquido, de tal suerte que se obtiene muy poca fécula, pues solo se saca la que tienen los granos que se han quedado enteros. La composición de la harina de maíz según el señor Payen es como sigue: sustancia azoada ó zeina 5; almidón 28,4; materias grasas 33,6; destrina 2,0; celulosa 20; materia colante 0,2; varias sales 7,2.

El doctor Balardini, en un trabajo sobre la pelagra, justamente apreciado, ha establecido que la única causa de esa enfermedad es el uso habitual del maíz, especialmente cuando ese grano se halla alterado por la presencia de un hongo ó escrescencia parasita á la cual dio ese médico el nombre de *sporisorum maydis*. No repetiré aquí, dice el doctor Valleix, en su Guía del médico práctico, las pruebas numerosas y perfectamente deducidas en que el señor Balardini apoya su opinión; el señor Roussel las ha vuelto a repetir con mucha habilidad, añadiendo investigaciones muy interesantes sobre los progresos de la pelagra comparados con los del cultivo del maíz en las comarcas en que se usa casi exclusiva y únicamente para el alimento del hombre, en mayor ó menor grado de alteración. Con tal examen ha llegado el señor Roussel á la conclusión que la pelagra es consecuencia ordinaria de la introducción del cultivo del maíz en una comarca, y que los acometidos se nutren casi exclusivamente de ese grano. En las Antillas, donde hemos vivido como diez años, los esclavos de las haciendas de Puerto Rico y de Cuba se alimentan con frecuencia casi exclusivamente con maíz; en muchas provincias de la República de Venezuela, donde estamos escribiendo estos renglones; el alimento exclusivo es el maíz vuelto arepas, y sin embargo no se ha observado nunca jamás la pelagra en esos países, y mis comprofesores no la han encontrado nunca; solo nuestro buen amigo y

compañero el doctor don José Miguel Núñez, de la ciudad de Bolívar, me ha referido haber visto un caso cuando estudiaba la medicina en Caracas. Respetamos, por supuesto, las opiniones médicas emitidas por profesores de tanto mérito, pero no podemos conformarnos con ellas tocante á las Antillas y á la parte del continente americano que tenemos recorrida; y así hemos referido aquí esos trabajos, no ha sido mas que para llamar sobre el particular la atención de los profesores que practican la medicina en esa parte de América (De Grosourdy, 1864, pp.128-131).

EL ARROZ

El segundo cereal que incluye De Grosourdy es el arroz, cuya importancia ya era grande a mediados del siglo XIX en la región:

Esa rica gramínea se cultiva en casi todos los países cálidos, rivaliza con el maíz en el alimento del hombre y se cría también con muy poco trabajo en los suelos algo húmedos ó que pueden anegarse á voluntad, ó en la estación de las lluvias como se hace ordinariamente en Puerto Rico. ¿Quién no ha comido arroz, quién ignora que se sancocha con las carnes ó se come solamente cocido con agua, sal y mantequilla? Lo que se llama arroz blanco y que siempre está en la mesa de los criollos, á quienes en parte constituye una comida muy saludable, pero poco nutritiva, porque no contiene casi materia azoada y es fécula pura. Según los trabajos químicos del Sr. Braconot, se compone el arroz de agua 5, almidón 85,07; parénquima 4,80; materia vejeto-animal 3,60; azúcar que no cristaliza 0,29; sustancia gomosa que tiene bastante analogía con el almidón 0,71; aceite graso 0,13; fosfato de cal 0,40; muriato de potasa, fosfato de potasa, acetato de potasa, otra sal vegetal combinada con la cal y la potasa, y azufre, de todo eso una pequeña proporción.

El arroz ó su harina, que se llama en el comercio crema de arroz, cocinada con leche ó con caldo mas ó ménos rico, se usa con mucha

frecuencia para volver á principiar á alimentar un poco á los enfermos ya convalecientes ó que están para entrar en convalecencia. El arroz blanco ó con leche empleado durante algunos meses de seguida por único alimento es muy útil para los que padecen disentería y casi siempre la cura cuando el enfermo tiene la perseverancia necesaria y fuerza de voluntad ó pulso. En este caso patológico obra de dos modos á la par: en efecto, nos parece que tiene ya el papel de alimento anaplético muy poco reparador y que no deja sino escasos residuos en los intestinos; ya también el papel de remedio emoliente.

Durante todo el tiempo que se siga esa alimentación, es de absoluta necesidad prohibir severamente el uso de las sustancias de origen animal cualquiera que sea su naturaleza, so pena de no conseguir nada. Se principia la cura por arroz blanco, pero sin manteca, ni mantequilla, después de algún tiempo: al cabo de un mes, por ejemplo, se preparará con agua y leche, por mitad, y al fin con leche pura. Se puede añadir un aroma, á gusto del enfermo, canela ó vainilla, pero siempre en muy corta cantidad.

Créese por lo general que el arroz es un astringente: no es así, no hay en su composición química nada que tenga esa propiedad. Es un magnífico emoliente, nada mas, cuya propiedad le da grande eficacia contra muchas diarreas que casi siempre están sostenidas por un estado inflamatorio muy leve del canal gastro-intestinal; además, porque alimenta muy poco y deja escasa materia en los intestinos que entonces descansan. ¿Quién no sabe preparar el agua ó de cocción de arroz? ¿Quién no la ha bebido á pasto durante alguna enfermedad? A veces, en lugar del arroz natural se emplea después de tostado para hacer el cocimiento, y el vulgo piensa que así es mucho mas astringente; eso, en nuestro juicio, no pasa de una mera é inocente preocupación que de ningún modo es nociva al enfermo.

En las Indias orientales el arroz sirve para fabricar cerveza, pero el maíz que acabamos de estudiar podría muy bien suplirle, como se hace ya en los lugares en donde se cultiva con abun-

dancia y por consiguiente en donde es muy barato. En el Japón se hacen con la harina de arroz joyas, bustos, estatuetas, etc., que imitan perfectamente el nácar, creyéndolo así los compradores: su paja sirve en China para papel y sombreros. (De Grosourdy, 1864, pp.133 y siguientes).

LAS MUSÁCEAS

Después del arroz trata nuestro médico, con mayor extensión, de las musáceas:

Esos primorosos vegetales casi intermedios entre las yerbas y los árboles por su altura y aspecto, aunque naturales de las Indias orientales, se han aclimatado tan perfectamente en las Antillas y en el continente americano, que ahora se consideran casi como indígenas de esos países que enriquecen con su abundante cosecha de frutos. En las Antillas se conoce un sin número, no diré de especies porque son pocas, pero sí de variedades que se diferencian las unas de las otras por el color, el sabor ó el tamaño de los frutos, y que todos poseen iguales propiedades alimenticias ó nutritivas: se comen sea verdes y jojotos, es decir ya llegados á su tamaño, sea maduros, los primeros siempre cocidos con agua y sal ó asados, los maduros algunas veces crudos pero ordinariamente preparados de la misma manera ó fritos y en dulce. Los plátanos verdes son el pan de esos países y se comen para reemplazarle; son bastante agradables, pero no de muy fácil digestión; sin embargo, el estómago se acostumbra fácilmente á ese alimento muy sano y tónico á la vez: asados con buena mantequilla es comida muy sabrosa. Los plátanos pintones y bien molidos con manteca sirven para preparar el famoso monfongo tan apreciado de los habitantes de esos países: en una palabra, de cualquiera manera que se sazonen esos frutos, constituyen siempre un alimento tan agradable como nutritivo y saludable.

Según el señor Boussingault, los plátanos maduros son formados de azúcar, goma, ácido málico, agállico y péctico, una sustancia vejeto-

animal ó azoada que se cuaja cuando se la somete á la acción del calor, fibra leñosa: ese célebre profesor olvidó señalar la fécula que siempre se halla en ellos en mas ó menos proporción, una sustancia aromática particular y el agua que contienen en cantidad bastante grande. La savia de plátano contiene, según el mismo químico, tanino, ácido agállico y acético, sal de comer, sales de cal, de potasa, de alumina y mucha agua. Esa sávia reciente es cristalina, sin color, tiene reacción ácida y sabor muy astringente, se vuelve pronto turbia al aire y deja asentarse una materia amorfa color rosado súcio: una tela zambullida en ese líquido no tarda en volverse rosada después de seca al aire, mancha mucho la ropa. Léese en un periódico muy acreditado de Cuba acerca de la cura del asma ó ahogo en esa isla lo siguiente: se toma una tacita diaria, endulzada con una cucharadita de miel de abejas: ordinariamente bastan para efectuar la cura dos ó tres tazas así tomadas; sin embargo, si volviera á repetir la enfermedad dentro de algún tiempo, se debería también volver á repetir el remedio, que á nuestro juicio se puede emplear sin inconveniente para el enfermo, pero sin contar mucho con su buen éxito porque su virtud nos parece algo dudosa.

Dice además el mismo periódico que cortada la cepa del plátano de Guinea á una altura como de tres piés y abriendo en el centro una cavidad ó pocito capaz de contener como una botella de líquido, se le encontrará lleno al día siguiente; recojido ese líquido se le hará beber en tres tomas en el término del día á los que padecen ictericia; y que siguiendo así tres días este remedio es santo: se le puede muy bien probar también en esa enfermedad, pero sin dejarse llevar por el entusiasmo, pues que, en nuestro concepto, su poder es muy problemático; sin embargo, la experiencia fallará. Nosotros hemos aprovechado muchísimas veces la sávia del plátano, sacada del modo indicado, sea interior ó exteriormente en todos los casos que reclaman los astringentes no muy poderosos, pero sí regulares: siempre hemos quedado satisfechos de su aplicación. Los plátanos verdes son formados según nuestros propios

trabajos químicos de muchísima fécula, de ácido tánico en proporción bastante fuerte de una sustancia azoada en corta cantidad, de azúcar y goma en dosis apenas notable, de poco agua y de fibra vegetal no mucho.

Esos frutos verdes, después de quitada la cáscara, de raspados convenientemente, de prensada la masa encerrada en sacos de tela fuerte á propósito ó de crin para que suelte toda el agua que contiene, se seca sobre el budare como el manioco ó casabe y se convierte entonces en una especie de harina que se conserva muy bien y que se puede utilizar para suplir á los mismos plátanos en caso de escasez ó cuando no hay todavía que coger en el platanal. Constituye un alimento muy sano y nutritivo á la vez, con el cual podría establecerse un ramo de comercio productivo y se aprovecharía así mucha sustancia alimenticia que actualmente se pierde por falta de consumo ó por ser demasiado barata. Esa harina es de un color gris: se hace con ella atoles que se emplean con bastante ventaja como alimento de los que padecen disentería. Se ha sacado también de esa sustancia una fécula ó almidón bastante feo, porque nunca lo hemos visto bien blanco, que se ha propinado en iguales circunstancias patológicas.

Hemos leído en obras de bastante fama sin embargo, como la española titulada: Los tres reinos de la naturaleza, por ejemplo, que lo habrá sacado sin duda de la obra de terapéutica y materia médica de S. Dieu, que los tallos secos de plátano se convierten en harina con que se puede hacer pan, lo cual es un grande error: en efecto, esa especie de tronco, aunque bastante grueso, está formado por la reunión de la base envainadora de las grandísimas hojas de ese vegetal, las cuales van desecándose del exterior al interior y se vuelven lo que se llama cachipo en Venezuela, sustancia fibrosa bastante fuerte y propia para sujetar bojititos y hacer soguitas porque se ha vuelto así naturalmente casi hilo de plátano. En el centro se halla el palote ó pedúnculo por supuesto muy fuerte, del tamaño del brazo

y formado también casi exclusivamente de fibra; y seca con mayor dificultad, porque se pudre pronto; no contiene fécula.

Las guineas ó cambures y sus numerosas variedades se comen las mas veces maduras y crudas como postres y agradan mucho á los europeos recién llegados, porque recuerdan el gusto de la manzana; cómanse también asadas ó fritas, son muy sabrosas y de fácil digestión. Son untuosas, azucaradas y de consistencia como de mantequilla, de tal suerte que se las suele poner en las manos de los niños despechados que se las chupan con mucho gusto, y ese alimento les aprovecha bastante; por fin, después de asados se les permitirá sin inconveniente ninguno á los enfermos y á los convalecientes. En Nueva Caledonia, los naturales emplean los plátanos maduros después de cocidos como el alimento principal de los niños de pecho, según refiere el signor doctor Vieillard en su memoria sobre las plantas útiles de esa isla.

El cambur morado es el mas conveniente para pasar, así por su mayor volumen, que en la pasa se disminuye la mitad, como por quedar de mejor gusto, para pasarlos han de estar bien maduros; se les limpia enteramente de la concha y sobre un paño se ponen al sol, volteándolos cada dos horas sin aplastarlos como los plátanos; por la noche se recojen y al día siguiente se vuelve á ponerlos al sol, y así sucesivamente hasta que estén perfectamente pasados: si se logran días parejos de sol están buenos á los cinco ó seis días. Para madurar, tanto el plátano como los cambures, se corta el racimo cuando empiecen á pintarse de amarillo los primeros que nacieron en él, y se cuelgan; pero hay un procedimiento especial para la maduración del plátano y dominico, y es contarlos en sazón, desgranarlos del racimo y meterlos en un hoyo en tierra bien cubiertos: quedan más suaves y de mejor vista; á falta de hoyo se ponen con paja dentro de un barril igualmente cubierto (De Grosourdy, 1864, pp. 139-141).

LA YUCA

No podía faltar un considerable artículo sobre la yuca:

La yuca brava, vegetal tan útil por sus gruesas raíces feculentas y á la vez tan temible por sus propiedades tósigas, se cultiva en todas las Antillas, con mucha frecuencia en escala mayor, es para preparar harina ó casabe, que es el pan único en toda la Guyana y otras provincias de la República de Venezuela, donde es un ramo de comercio de muchísima consideración; también se come en las Antillas, pero no tan exclusivamente; en esos últimos países ayuda solamente a la alimentación, pero de un modo bastante importante en ciertas partes de ellas. Las raíces tuberculosas de esos arbustillos son siempre fatales para el hombre que las come, de cualquiera manera que sea, si no les ha quitado ántes el agua ó suco venenosos que contienen, serán tan peligrosas crudas como cocidas con agua, asadas en el horno ó debajo de las brasas; también los animales, esceptos los ratones, se envenenan comiéndolas; me han dicho que los cochinos no experimentan ningún inconveniente en comerlas y que en ciertos lugares los engordan con ellas.

Los profesores que han escrito sobre el particular dicen que su principio tósigo es el ácido prúsico ó cianhídrico, pero no podemos nosotros conformar nuestro parecer con opiniones tan respetables, porque el producto de la destilación del agua y el suco recién sacado ó acabado de extraer por medio de la prensa á fin que la operación se haga con mayor prontitud y no tenga lugar de fermentar, lo que sucede con mucha rapidez, como lo señalaremos algo más abajo, no tiene el olor característico de ese ácido que es el de las almendras amargas, tan conocido de todos, pero exhala un olor particular muy diferente, muy desagradable y característico de esa destilación. Nuestros trabajos químicos sobre esos tubérculos frescos y recién sacados de la tierra, no nos permiten admitir en ellos la presencia de ese ácido, pero sí la de unas sustancias cuya

reacción lo origina cuando se hallan puestas en circunstancias favorables á las metamorfosis que han de experimentar sus elementos; además, lo que dicen esos autores se refiere al agua de la yuca brava, en la cual no negamos la presencia de ese cuerpo, pero en ciertas circunstancias, mas no en la raíz misma; en efecto, si se da uno el trabajo de comparar con cuidado los síntomas con que se manifiestan los envenenamientos ocasionados por la raíz comida y los que son la consecuencia del agua bebida algún tiempo después de su extracción, se verá que son de un todo diferentes y que la muerte no llega sino á las doce, quince y aun veinte y cuatro horas para los que se han comido las raíces, mientras es casi repentina para los animales que han bebido el agua, cayendo muertos algunos de ellos, como si el rayo los hubiera herido.

Una misma sustancia tósiga, no envenena sino del mismo modo y el envenenamiento no puedo manifestarse sino con síntomas idénticos, y cuando los síntomas son diferentes, para mí el envenenamiento habrá sido producido por tósigos también diferentes. Esas raíces recién sacadas de la tierra y picadas no tienen olor particular ninguno, no se conservan sino pocos días en buen estado, porque se dañan ó se pudren; y entonces, á pesar de haber fermentado huelen solamente á moho y no á ácido prúsico. Al mascar un pedacito de yuca no se experimentan al principio, casi ningún sabor, pero no tarda en aparecer y manifestarse un gusto acre, especialmente en la cámara posterior de la boca hacia los pilares de la campanilla, el cual recuerda las preparaciones de mercurio. El envenenamiento con la raíz comida sea cruda, sea sancochada ó asada se manifiesta con los síntomas siguientes: como unas dos horas después de la introducción del veneno en el estómago, hay cardialgia fortísima, es decir que los enfermos se quejan de un dolor inaguantable en la boca del estómago, luego seguido de otros muy agudos y que ocupan todo el canal gastrointestinal ó el estómago y los intestinos, con vómitos repetidos y deposiciones muy frecuentes;

fuerte cefalalgia ó dolor de cabeza con perdida ó por lo menos disminución muy notable de la vista; las extremidades inferiores principian á enfriarse pasando el frío después á las superiores y luego toda la superficie del cuerpo se vuelve como hielo; ántes de enfriarse el enfermo, los latidos del pulso ya habrán disminuido mucho su fuerza y por fin desaparecen enteramente; el enfermo cae en el colapso precursor de la muerte, que no tarda en llegar para terminar el drama.

Nunca hemos hallado la barriga tempanizada, es decir, muy desarrollada y haciendo casi como un tambor al percutirla, lo que se llama tempanitis; los autores señalan ese síntoma, pero como siendo raro. Si por casualidad los que han de asistir al enfermo estuvieren á su lado deberán tener presente que es preciso vaciarle el estómago en el acto, ó cuanto ántes, como ya lo tenemos enseñado en el párrafo N° 4. Libertado así del tósigo el estómago del enfermo se le administrará un purgante, pero cuya acción no sea hipostenizante, porque en lugar de aliviarle empeoraría su estado; ya tan grave; se le dará el onoto como lo tenemos dicho en el párrafo N°164, ó la tintura de secua y si la hipostenia ó debilidad siguiese adelante á pesar de eso, se le administraría algunas copitas de ron, de aguardiente ó de un vino generoso bastante fuerte con canela, nuez moscada ú otro estimulante poderoso; además será menester hacer fricciones con una franela caliente por toda la periferia del cuerpo.

Cuando se ha podido hacer la autopsia del cadáver de los que han muerto víctimas de ese tósigo, no se ha encontrado mas que una lijera flogosis en el estómago y en los intestinos, lesión que no podría de ninguna manera ser la razón ó la causa de la muerte, que, á nuestro pobre entender, proviene de la acción sobre la economía animal de alguna sustancia drástica particular, análoga á la que se halla en el euforbio, en las jatrofas drásticas; entonces los alcohólicos ó espirituosos serán el contra veneno dinámico que será preciso emplear, como con razón lo aconsejan algunos. En ese envenenamiento la muerte no llega

sino á las doce horas, cuando más pronto, y á veces tarda hasta las veinte y cuatro ó más, después de haber recorrido la enfermedad sus varios periodos marcados por los síntomas señalados que se manifiestan con mayor ó menor prontitud. Aunque la raíz de yuca brava contiene un veneno terrible, que por desgracia, ha hecho ya tantas víctimas, es sin embargo uno de los productos vegetales mas apreciados, mas provechosos y mas útiles de los países tropicales é intertropicales, porque después de despojada del agua que lleva consigo el principio venenoso, constituye uno de los artículos mas importantes de la alimentación de los habitantes de esos países.

En los terrenos arenosos, ese vegetal produce en el término del año unas raíces blancas, moradas o amarillentas exteriormente, pero siempre blancas interiormente, de uno hasta dos pies de largo y de cuatro a seis pulgadas de diámetro, cuyo peso asciende hasta unas treinta libras. Arrancadas las raíces, lavadas y despojadas la mayor parte de la corteza, que no contiene fécula, pero sí mucha sustancia tóxica; se hace de ellas una pulpa blanda raspándola con la mano, ó con máquinas a propósito si se obrase en escala mayor o por lo menos regular; pues esa pulpa en sacos de crin o de tela fuerte y bastante clara, se somete a la acción de una buena prensa de tornillo que se va apretando poco a poco y gradualmente hasta que haya soltado todo el caldo o suco que contiene. Cuando se trabaja en escala pequeña se echa en una especie de tubos largos como de vara y media a dos varas, cuya parte inferior es cónica y está cerrada, mientras que la superior se queda abierta con un diámetro de cinco a seis pulgadas en la parte superior o boca, hechos con una especie de palma trenzada; se llaman sebucanes en Guyana y culebras en Puerto Rico; después de lleno se cuelgan y se les pone algunas pesas por encima de la masa para que suelten el agua, lo que no tarda en verificarse, sacudiéndolos un poco de cuando en cuando y ordinariamente a las doce o quince horas ya no queda agua ninguna, entonces se pone la masa

al sol y después de reducida casi en harina por las manos, se seca sobre el budare, plancha de hierro adaptada sobre un horno a propósito, al favor de la candela y se vuelve harina de manioco o casabe, según el gusto de quien la prepara.

El agua de yuca o yare que proviene de la preparación de la harina o del casabe, como acabamos de decirlo, es más o menos rojiza o amarillenta según la variedad de la yuca empleada; es muy turbia y no tarda en dejar asentarse en el fondo de los cubos que la contiene, una fécula que después de lavada algunas veces con agua, constituye el almidón de yuca cuando ya se ha secado al sol; es magnífico y sirve exclusivamente para almidonar la ropa a pesar de poseer todas las propiedades analépticas de las demás féculas, que podría muy bien reemplazar. En Venezuela los indios crían a sus niños con atoles hechos con esas sustancias y es para ellos un alimento provechoso. En el acto de salir del sebucán ese caldo, no tiene olor ninguno, pero su sabor es acre, muy fuerte y enrojece fuertemente el papel del tornasol; después de haberlo pasado por una franela, puede aún ser filtrado lentamente por un papel a propósito; a las dos o tres horas de haber sido sacado exhala ya un olor particular, desagradable, poco pronunciado, en el cual, con un poco de práctica, se reconoce fácilmente el olor particular de las almendras amargas y que manifiesta la presencia de un producto prúsico. Si se observa el caldo con atención, se ve que el olor prúsico aparece solamente después de una especie de fermentación muy fina y que se hace más palpable o sensible a medida que va aumentando ese movimiento molecular. Hay entonces en la superficie del líquido una espumita blanca muy fina; daremos a esa especie de fermentación cuyo producto es ácido prúsico el nombre de fermentación prúsica.

El ácido cyanhídrico provendrá pues, a nuestro sentir de la reacción recíproca de los elementos de algunas de las sustancias que se hayan disuelto en el agua de manioca, bajo la influencia de una especie de fermento particular en pre-

sencia del aire, que obra ordinariamente con su oxígeno; siguiendo su curso esa fermentación produce ácido láctico; por fin se vuelve pútrida y hay formación de productos amoniacales. Quisá se podría dar razón de la presencia del ácido prúsico admitiendo, o mejor suponiendo que es el resultado de una acción catalítica que tendría lugar entre dos sustancias por lo menos, contenidas en el líquido, obrando una sobre otra a manera de la emulsina o synaptase de las almendras amargas sobre la amigdalinas que transforma casi de repente en un producto prúsico el aceite esencial o volátil de almendras amargas, la cual, a su vez, se vuelve ácido prúsico. El hombre o el animal, cualquiera que sea, que bebe de ese líquido, está como herido del rayo; en efecto casi en el acto se cae sobre el costado, experimenta algunos movimientos convulsivos y ya se ha muerto; entonces todo el cuerpo especialmente la barriga, se haya invadido por una tempanitis enorme que pone el cadáver como un globo. Ese envenenamiento se observa con frecuencia en los animales domésticos, durante la fabricación del casabe; algunas gotas bastan para matar las aves de volatería, como las palomas verbigracia.

Esa tempanitis nos haría sospechar en ese envenenamiento el ácido prúsico no es la única sustancia venenosa y que está acompañado con otra nacida de las mismas reacciones o metamorfosis, también volátil y tósiga como él; en efecto, el ácido cyanhídrico no produce nunca la tempanitis abdominal y además no mata casi de repente sino cuando ya está bastante concentrado, mientras que cuando está flojo o disuelto en mucha agua, como en ese caso por ejemplo, tomado en cierta cantidad no solamente no mata, pero se elimina o echa fuera por la respiración, restableciéndose la salud pronto y con facilidad.

El caldo de yuca brava o yare evaporado hasta una consistencia de extracto es muy apreciado como excelente condimento para las carnes se puede hacer uso de él, como lo hemos visto hacer tantas veces, sin inconveniente ninguno, puesto que los principios venenosos se han volatilizado;

esa sustancia se llama cativia o salsa de yare en Guyana; las más veces se hace hervir con él algunos ajíes y también carne para darle sustancia y fuerza; fermenta con bastante facilidad.

La harina manioco y las tortas de casabe cuando frescas, es decir, recién preparadas, tienen un gusto dulce que las hace muy agradables para comer, pero lo pierden pronto y esas últimas se ponen durísimas; constituyen un alimento sano y bastante nutritivo, pero que suelta la barriga y hasta sirve de purgante a los que no están acostumbrados a su uso, como nos ha sucedido a nosotros. El casabe y la harina no se deben comer nunca calientes, es decir, al salir del budare, pero siempre fríos y después de por lo menos de un día de preparado o después de haber estado cuatro o cinco horas expuestos al sol, porque podrían dañar. Los panes de casabe se componen de mucho almidón, con fibra vegetal y algunas partes de sustancia azoada. Puestos en agua caliente se desbaratan agitando el líquido que los contiene y en que ya se han vuelto blandos, con mucha viveza, por medio de una máquina á propósito cuando se trabaja en escala mayor; ó con una espátula movida con la mano cuando se trabaja en pequeña escala; echada esa mezcla sobre una tela clara dispuesta á propósito se cuele un líquido como lechoso, el cual evaporado á una lumbre mansa, con cuidado de remover continuamente con una espátula de madera durante la evaporación, y cuando ya se ha vuelto sólida se lleva á la estufa donde acaba de secarse, lo que no será necesario cuando son pequeñas las cantidades que hay que preparar, de esas operaciones sale la tapioca del comercio.

Esa sustancia se compone de pedacitos pequeños irregulares y desiguales, muy duros y trabajosos para pulverizar; son blancos y á veces algo matizados de amarillento; forman con el agua una especie de gelatina diáfana casi sin consistencia ninguna; constituye un analéptico muy bueno y muy apreciado que en Europa se emplea diariamente para los enfermos y los convalecientes haciendo de ella atoles sea con

agua, con leche ó con caldo mas ó menos rico según las circunstancias, en el primer caso se le agrega un aroma al gusto del enfermo, un poco de vainilla, por ejemplo y un poco de azúcar. En Europa sirve para sopas ó potages muy buenos que son comida de lujo; también se hacen muy buenos, con harina de manioco ó con casabe hervidos con el caldo; la harina de manioco se come seca ó remojada con agua, ó mejor, con caldo de pescado salado ó fresco, y muchas veces á guisa de pan; el casabe reemplaza el pan como ya lo tenemos señalado.

En Venezuela se usa para curar los pujos y disenterías, atoles hechos con harina de casabe, echándoles una cascarita verde de limón antes de quitarlos del fuego; aplicada fresca y un poco húmeda á las partes acometidas por las niguas, á manera de cataplasma, haciendo con el una especie de estuche para los dedos y dejándola aplicada por espacio de unas quince á veinte horas, dichas niguas, se caen con él al quitarlo y las llaguitas que quedan tienen muy buen aspecto y se curan con facilidad. En ese mismo país se usa mucho también la raíz de yuca molida después de cocida, para cataplasmas que se aplican á las erisipelas y demás inflamaciones exteriores. Dicen algunos que las hojas de yuca, aplicadas en las sienes y en la frente desvanecen los dolores de cabeza, será quizás una preocupación, pero se puede hacer la prueba sin inconveniente; a raíz de yuca brava recién sacada de tierra vuelta pulpa raspándola y aplicada á manera de cataplasmas constituye un resolutivo muy bueno; mientras que despojada de su suco y mezclada entonces con leche se vuelve madurativo muy bueno y diariamente empleado con mucho ventaja.

Del casabe enmohecido, para la cual basta guardarlo y envolverlo con hojas de plátano ú otras, al sacarlo del budare, hacen los Indios su mas selecta chicha, la cual puede competir, según ellos, con el mejor vino; se prepara poniendo el casabe hecho pedazos en agua tibia con suficiente dulce, dejando todo en la tinaja en que se hace la operación hasta que fermente, entonces

la beben y se emborrachan con ella. Se hacen en Costa Firme algunas otras bebidas con la yuca, el viscou, que constituye una bebida ácida refrescante y nutritiva á la vez, se prepara mezclando casabe con batatas rayadas, en proporción de tres á uno; esto es, tres de casabe y unas batatas; se amaza todo junto con el agua suficiente para que quede bien mezclada y húmeda; en este estado se deja fermentar veinte horas, poco más ó menos. De esta masa fermentada se toma una parte proporcionada á la bebida que se quiere preparar y desleída en agua se cuele y endulza. El cachiri: de la yuca dulce rayada y batatas igualmente rayadas, se toman partes iguales, y con un poco de dulce y agua suficiente se pone á cocer, moviendo y removiendo la masa continuamente para que no se pegue en el fondo de la vasija; se deja hervir hasta que aparezca en la superficie una especie de costra ó tela lijera, lo que acontece en medio de la evaporación; entonces se retira del fuego y se vierte en otra vasija preparada al intento, y en la cual se deja fermentar por 48 horas; pasadas estas se cuele y guarda en botellas bien tapadas y amarradas ó alambradas. Esta bebida es algo parecida á la cidra que se fabrica con manzanas y peras; es aperitiva y, tomada con algún exceso embriaga. El paya: es un guarapo que se hace con el casabe enmohecido, para lo cual se amontonan las tartas sin asolearlas; después se ponen á fermentar en agua con igual cantidad de batatas ó con un poco de dulce; la fermentación se verifica a las 48 horas (De Grosourdy, 1864, pp. 145-151).

EL CACAO

Más adelante aparece el cacao:

Ese árbol se siembra un poco en las Antillas, pero en la República de Venezuela, provincias de Carácas, de Maturín, etc., se cultiva en escala mayor y constituye un ramo de exportación para Europa, de muchísima consideración y de mucho provecho para el país; escusado es decir,

por supuesto, que las semillas contenidas en su fruta ó mazorca, después de limpiadas de la sustancia pulposa que las envuelve y secadas al sol como corresponde y con el cuidado necesario, constituyen el cacao del comercio, que sirve para la preparación ó fabricación del chocolate. Según Boussingault, las pepitas de cacao no mondadas de su película ó epispermo, son formadas de: manteca 44; albumina 20; teobromina 2; materia cristalina muy amarga, huellas de ácido cristalizado y de goma 6; almidón y celulosa 13; sustancias minerales 4; agua 11. Según Payen las semillas de cacao mondadas y no tostadas son formadas de: manteca 52, albumina fibrina y demás sustancias azoadas 20; theobromina 2; almidón 10; materia aromática y colorante, huellas solamente; sustancias minerales 4; agua 10. El epispermo ó cutícula, algo crustacea de las pepitas de cacao, sirve para preparar una infusión o té que tiene fama como pectoral y estomacal á la vez y constituye una bebida bastante agradable que se toma como el té de China.

El chocolate, sustancia analéptica tan agradable y tan conocida de todo el mundo no es sino las semillas de cacao bien mondadas ó limpiadas del epispermo y del germen, perfectamente molidas, después de tostadas á propósito, con bastante azúcar y una sustancia aromática que generalmente es la vainilla. Cocido con la cantidad necesaria de agua, el chocolate da un líquido turbio no muy espeso y de poca ó ninguna consistencia al enfriarse, con algunas gotas oleaginosas en la superficie, de un gusto particular característico un poco amargo. Para que sea de primera calidad debe ser de color oscuro, liso por encima, sin granitos en su rotura que ha de ser uniforme, debe deshacerse con facilidad en la boca y producir una sensación como de fresco agradable y desarrollar el sabor particular y característico de esa sustancia así como su aroma ú olor particular; mientras que el chocolate adulterado con una sustancia feculenta cualquiera, como sucede con tanta frecuencia, especialmente en Europa, se vuelve una especie de atole al en-

friarse. Algunos hay que lo alteran con un poco de goma alquitira. El grado más ó ménos fuerte de torrefacción del grano modifica muchísimo las calidades del chocolate; en Italia, donde se tuesta bastante, el chocolate es mas amargo y á la vez mas aromático; en España al contrario donde casi no se tuesta, pero solo se seca el grano, el chocolate es ménos amargo y mucho mas untuoso, mientras que el chocolate fabricado en Francia ocupa un termino medio entre esas dos clases y por esa razón es muy apreciado.

El chocolate constituye uno de los mejores analépticos conocidos y se aplica diariamente para los ancianos, los debilitados y aun estenuados, pero por otra parte, se considera en general como perjudicial para los jóvenes y aquellos cuya constitución es biliosa, sin embargo, la experiencia diaria no nos parece de acuerdo con esa aserción, porque en España, como en las colonias Españolas ó de origen Español, donde se suele usar diariamente ese alimento, no lo hemos visto nunca seguido de ningún accidente ó si quiera de alguna indisposición que obligue á abandonarlo. Considerado como alimento curativo, conviene, al parecer de Planck, contra la atrofia, el marasmo senil ó de los ancianos y la consunción sin calentura. Barhens cita el caso del Cardenal de Richelieu quien, arrastrado por los accidentes sin número de la hipocondría, después de haber usado sin provecho ninguno todos los remedios que se solían emplear contra esa enfermedad, recobró su salud primitiva tomando chocolate por único alimento durante largo tiempo. Lincio refiere la historia de un joven erudito que después de haber padecido almorranas durante nueve años, no pensaba poder curarse jamás de tan molesta y dolorosa enfermedad, cuando se encontró libertado de ella con el uso exclusivo del chocolate, durante un año.

El mismo autor cita además, mujeres que padecían la misma enfermedad, determinada en ellas por un régimen de vida demasiado sedentario y á la par por el uso escesivo del café, las cuales consiguieron recobrar su salud tomando

chocolate durante largo tiempo. Se emplea frecuentemente con buen éxito para moderar las deposiciones excesivas o demasiadas repetidas por el uso inoportuno o en dosis demasiado fuertes de los purgantes drásticos. El chocolate ha sido además considerado como vehículo de ciertas sustancias medicinales; en efecto, se fabrica, un chocolate ferruginoso, empleado con feliz éxito en la clorosis; con él se ha preparado pastillas vermífugas que los niños, engañados por la apariencia, comen con mucho gusto y provecho. El racaout de los Árabes, cuya fórmula sigue, tiene el cacao por base; en efecto, se hace mezclando las sustancias siguientes: polvos de cacao tostados 16 gramos, media onza o como tres cucharadas; harina de arroz y fécula de papas de cada cual 45 gramos, o 8 cucharadas; azúcar de pilón 140 gramos, o 20 cucharadas; vainilla 2 dracmas, o dos cucharadas de su tintura, lo cual se conserva para el uso en un frasco bien tapado; se prepara como el chocolate, sea con agua o con leche y constituye un analéptico muy buenos para los convalecientes y extenuados; da generalmente muy buen resultado; no es tan rico como el chocolate puro y por la misma razón es más fácil de digerir (De Grosourdy, 1864, pp. 154-156).

Como se habrá notado al leer los extractos copiados, la obra de De Grosourdy interesa además a la historia de la farmacia y me atrevo a afirmar que, al menos en Venezuela los historiadores de esa disciplina la desconocen. Es de resaltar la dedicación del autor para hacer un seguimiento a los usos de los diferentes productos, su disciplina para escribir durante tantos años su obra y el reconocimiento implícito a los saberes de las comunidades y a la cultura popular en general, asunto no muy común en los europeos de la época. Espero que los pocos, aunque extensos párrafos escogidos para presentar la obra de Renato de Grosourdy hayan despertado en los estudiosos de la región caribeña suficiente interés como para recuperar esa fuente y utilizarla en investigaciones futuras.

BIBLIOGRAFÍA

- Genel, A. (1983). *Rene de Grosourdy et La Flore Medicinale des Antilles*. Tours: Academie D'Orléans—Université François Rabelais, Facultad de Farmacia de Tours.
- Genel, A. (1985). De Grosourdy, médico del campesinado puertorriqueño en el siglo XIX. En: *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, año 24, N° 88, abr-jun.
- Celli, B. (Comp.) (1968). *Actas de la Sociedad de Ciencias Física y Naturales de Caracas (1867-1878)*. Caracas, Banco Central de Venezuela (Colección histórico-económica venezolana), tomo I.
- De Grosourdy, R. (1864). *El médico botánico criollo*. Paris: Librería de Francisco Brachet,
- Lovera, J. (1991). *Gastronomía Caribeña (Historia, Recetas y Bibliografía)*. Caracas: CEGA.
- Morales, E. (2010). *Fogón Caribe. La Historia de la gastronomía del Caribe colombiano*. Barranquilla, La iguana ciega.



La relevancia y trascendencia del humanismo de Juan Bosch en la mirada de José Antonio Soto

Reseña del libro *Juan Bosch. Su pensamiento humanista, caribeño y universal*, de José Antonio Soto. 2013. Eds. Ángeles de Fierro, República Dominicana, 150 páginas

Israel Escalona Chadez¹

La personalidad de Juan Bosch ocupa un lugar relevante en la historia y la cultura caribeñas del siglo XX. Su prolífica trayectoria, y en especial su protagonismo en la vida política y su abundante obra creativa, han propiciado disímiles escudriñamientos de especialistas de las ciencias sociales y humanas.

El hecho de que el político e intelectual dominicano haya sostenido un sistemático vínculo con Cuba, y particularmente con Santiago de Cuba, ciudad en la que formó familia y cultivó amistades, incide en que los investigadores de la mayor de las Antillas se aproximen frecuentemente a su ejecutoria.

Las ediciones Ángeles de Fierro propician la socialización de un nuevo acercamiento a la vida y obra de Bosch al publicar el libro *Juan Bosch. Su pensamiento humanista, caribeño y universal* de la autoría de José Antonio Soto Rodríguez.

No le falta razón al prologuista Matías Bosch cuando escribe que la publicación "... en sí, no constituiría noticia, a menos que se diga que es el fruto del amor, o mejor aún, de la devoción del pueblo cubano hacia una figura que le es muy cercana por razones diversas, todas entrañables" y que: "... un libro escrito por un cubano, destinado a enaltecer la figura de Juan Bosch no debía ser noticia, pero lo es: nunca es suficiente obra de respeto y devoción que los cubanos escriban sobre Bosch, para reciprocár, al menos lo mucho que este

escribió sobre la isla que lo fascinó, y sobre José Martí, quien junto al puertorriqueño Eugenio María de Hostos, fueron sus mentores espirituales".

Pero más allá de los vínculos emotivos y la voluntad de exaltar la trayectoria y el legado de Bosch, el libro escrito por Soto marca la historiografía sobre el tema al puntualizar y justipreciar la trayectoria intelectual y política y el pensamiento humanista de Juan Bosch.

La constancia del autor por develar el decursar de la izquierda política latinoamericana y caribeña lo condujo a penetrar en el pensamiento político-social de algunos de sus más encumbrados representantes, entre los cuales Bosch descuella por la vastedad y profundidad de su ideario.

Desde la Introducción el autor asume los retos que se impone y esboza las líneas esenciales que pretende desarrollar, al declarar:

Constituye una tarea muy difícil abarcar la estatura de este buen hombre, este ensayo pretende humildemente acercarse al pensamiento de Juan Bosch, figura trascendente en el Caribe, Latinoamérica y a nivel mundial, no sólo por su producción literaria, por cuanto su cuentística es famosa y reconocida en todos los ámbitos, sino por la hondura y trascendencia de su ensayística y de todo lo que aportó a las nuevas rutas de la comprensión auténtica de la emancipación latinoamericana, como emancipación no sólo política y socioeconómica, sino también humana.

¹ Doctor en Ciencias Históricas. Universidad de Oriente, Cuba

Y justo es reconocer que sale airoso de su empeño. Así se lo facilitan su larga experiencia académica en la Universidad de Ciencias Pedagógicas de Santiago de Cuba y en la Universidad de Oriente, en las que ha impartido asignaturas relacionadas con la Historia de la Filosofía y del Pensamiento Cubano y Latinoamericano en las enseñanzas de pre grado y post grado; y sus precedentes investigativos, coronados con la tutoría de tesis de licenciatura, maestría y doctorado, la dirección de proyectos investigativos y la publicación de libros como *Desafíos de la izquierda latinoamericana en los umbrales del tercer milenio* (Ediciones Santiago, 2002), *La cultura del poder, derroteros filosóficos y desafíos actuales* (Ediciones Santiago, 2009) y *Poder y paradigmas emancipatorios en América Latina* (Editora Universitaria. Universidad Autónoma de Santo Domingo, 2010).

Soto Rodríguez logra sus propósitos a partir de la definición de que: “En la persona de Juan Bosch coexistieron tres dimensiones fundamentales: el literato, el historiador–sociólogo y el político. Todas estas dimensiones tienen un fundamento humanista...” y de la necesaria recurrencia a una periodización que delimita etapas esenciales de su vida y obra: la primera enmarcada entre 1929 y 1938 e inmerso fundamentalmente en la literatura; la segunda que transcurre entre 1938 y 1961, en la que crecen su formación política y la agudeza en el análisis de la estructura social dominicana; la tercera que corre entre 1961 y 1966 donde despuntan sus ensayos interpretativos sobre el golpe de estado dado a su gobierno y los discursos de elevado contenido político; y la cuarta que se extiende desde 1966 hasta su fallecimiento.

La definición de períodos y etapas para valorar la trayectoria de personalidades relevantes puede motivar debates y polémicas. No creo que el criterio periodizador ofrecido por Soto sobre la ejecutoria de Bosch esté exento de tal comportamiento, pero puedo garantizarles que no le faltan argumentos, amplitud de fuentes bibliográficas y documentales, y elucubraciones.

La palabra expresiva y apasionada del profesor se desborda en las ciento cincuenta páginas del libro, sin perder el juicio cauteloso y sereno del investigador social, capaz de sintetizar los aportes medulares del pensamiento del escritor y político, remarcando los valores de sus principales obras y su trascendencia; lo que le permite sellar con el criterio: “En toda la obra de Bosch es recurrente su aspiración por la emancipación del hombre dominicano, caribeño y latinoamericano de todas las injusticias y su clamor por la libertad. Esto es lo que lo convierte en un pensador universal, cuya vigencia se vuelve esencial”.

Este debe ser un libro útil en manos de docentes y estudiantes; y aún más de todos los amantes de la historia y la cultura caribeña contemporánea, a quienes llamamos a la lectura meditada y reflexiva. El ensayo fue escrito con un lenguaje asequible, mérito adicional que permitirá una lectura grata a todos los interesados, sobre todo a quienes anhelan nociones básicas o se aproximan inicialmente y pretenden encontrar nuevos cauces en sus aspiraciones investigativas.

Sea bienvenido este nuevo libro del Dr. Soto. Convencidos estamos de qué continúa su incansable obra, y convocados quedamos a la reseña de nuevas interpretaciones.

FI WI KANA

A partir de este número abrimos el espacio FI WI KANA en el que publicaremos documentos, noticias, artículos, reseñas y escritos, así como imágenes (fotos o pinturas) que se relacionen con el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Aspiramos a que esta esquina de la revista Cuadernos del Caribe se convierta en una tribuna en la que se puedan desarrollar debates sobre temas sociales, económicos, culturales,

históricos, sucesos de gran trascendencia o relevancia, entre otros. También habrá oportunidad de difundir a través de este espacio escritos cortos originales (cuentos breves, poesía, información histórica, narrativa) relativos al archipiélago que estén escritos en inglés, español o creole. Queda así abierta la esquina para la difusión y el debate. Este espacio es tuyo. Bienvenidos tus aportes.





Memorias del conversatorio perspectivas de integración del archipiélago con el Gran Caribe¹

Proceedings of the Discussion Group on Integration Perspectives of the Archipelago with the Great Caribbean

(18-19 de septiembre de 2014, Isla de San Andrés
Centro de Convenciones Hotel El Isleño)
Documento preparado por Harold Bush².

Organización del conversatorio a cargo de Fady Ortiz.
La moderación y la presentación de conclusiones de las exposiciones y los debates del evento
estuvieron a cargo de Kent Francis y Harold Bush.

Panelistas: Silvia Mantilla Ph.D., Sally Taylor, Fady Ortiz, Germán Celis-Gordon, Eddy Williams, Raquel Sanmiguel Ph.D., Harold Bush Ph.D., Samuel Robinson, Rev. Raymond Howard, Kent Francis y los honorables representantes a la Cámara de Representantes Jack Housni y Julio Gallardo.

INTRODUCCIÓN / SINOPSIS

Este fue un evento estrictamente académico llevado a cabo en el marco del *Green Moon Festival*, el cual se ha consolidado ya como un espacio cultural en el que, a través de la música y otras expresiones socio-culturales, se busca fortalecer la identidad caribeña del archipiélago y al mismo tiempo lograr un mayor acercamiento con su inmediata familia anglo-caribeña. A través de este conversatorio intentamos identificar diferentes formas de integración existentes (o la ausencia de estas) como resultado de desarrollos históricos comunes, el nivel e intensidad y desarrollo de las prevalentes, y las que se puedan dar en un futuro con el Caribe, tanto dentro del marco de lo que se pueda intentar o reforzar a nivel local como también a nivel nacional dentro de los

lineamientos de la política exterior de Colombia hacia la zona.

Partimos de la identificación de unos rasgos que se comparten mutuamente entre los pueblos del área, tales como un espacio geográfico de similares condiciones físico-ambientales, culturas, economías, historias y expresiones culturales y lingüísticas. Un hilo conductor es la importantísima posición geográfica de San Andrés y Providencia en el Caribe y los posibles usos gubernamentales y no gubernamentales de dicha situación para beneficio de la comunidad de las islas, no sólo en lo lingüístico-cultural, sino también en lo económico-comercial y dentro de las perspectivas de la protección del medio ambiente.

Las conclusiones generales del conversatorio apuntan a que no solo la interacción de San

1 De este documento, la parte correspondiente a las Conclusiones fue publicada por el quincenario El Isleño, No. 64, correspondiente a la quincena del 1 al 15 de noviembre de 2014, pp. 13-16.

2 Politólogo, Universidad de los Andes; M.A. Politics, University of Leeds; Ph.D. en International History, London School of Economics; trabaja en el sector privado y además se ha dedicado a la investigación histórica y política sobre el archipiélago.

Andrés y Providencia con el Caribe es casi nula (lo cual resulta en un serio detrimento de la comunidad anglo-caribeña), sino también que esta es desaprovechada por la política exterior de Colombia hacia la zona del Caribe que solo tiene en cuenta a las islas para satisfacer los lineamientos generales de soberanía nacional proyectados hacia las aguas e islas que posee el país en el Caribe.

Las conclusiones destacan también la posibilidad de adelantar unas actividades encaminadas a mejorar la integración de las islas hacia esta, su zona natural de interacción, desde la perspectiva del gobierno central dentro de los lineamientos de la política exterior de Colombia, al igual que desde las posibilidades locales a través de la gobernación departamental. Además se señalan algunas acciones que podría adelantar la sociedad civil en el contexto de la interacción cultural, lingüística y económico-comercial. Todas las acciones deberían ser facilitadas por el estado colombiano dentro del contexto de las normas nacionales existentes para la convivencia de comunidades binacionales, enmarcadas a su vez en las obligaciones internacionales adquiridas por Colombia para facilitar la integración interna y externa de comunidades tribales y nativas como un instrumento de apoyo de la supervivencia de las mismas. Todos los panelistas coinciden en señalar que una integración con el Caribe anglófono es sinónimo de búsqueda y recuperación de la identidad caribeña de las islas.

Participaron como panelistas varios académicos que han hecho serias y muy relevantes investigaciones sobre el archipiélago y el Caribe, los dos representantes a la Cámara, tres distinguidos líderes raizales/nativos del grupo AMEN-SD y otros dos que han sido partícipes de políticas gubernamentales: uno fue embajador de Colombia ante varios países del Caribe y otro es el actual cónsul de Jamaica en el archipiélago. De igual forma, hubo una participación muy importante del público que hizo una contribución fundamental a las discusiones finales.

Este documento es una síntesis de las más importantes ideas presentadas y discutidas.

Teniendo en cuenta limitaciones de espacio, no ha sido posible presentar cada una de las ideas de los panelistas y del público, pero se esbozan aquí las conclusiones generales y más relevantes del conversatorio.

GRADO DE INTEGRACIÓN CON EL CARIBE

A pesar de la privilegiada ubicación de las islas en el Caribe, Colombia históricamente las ha descuidado y en muchos aspectos y formas las sigue descuidando. Al mismo tiempo, han perdido el dinámico contacto histórico de tipo cultural y comercial que habían disfrutado con el Caribe anglosajón, un contacto que ha definido su carácter e identidad a lo largo de más de 380 años desde la llegada de los primeros puritanos ingleses a Providencia. Las islas pasan por una coyuntura muy compleja tanto en lo socio-económico como en lo socio-cultural y lingüístico, caracterizada por el continuo y vertiginoso deterioro en todos esos frentes y por la más reciente llegada de elementos ajenos a su entorno que agravan su situación, al punto de dar lugar al surgimiento de actividades como el sicariato y al uso de la zona como sitio de tránsito en la compleja pero tóxica cadena del tráfico de estupefacientes hacia el mercado norteamericano.

Sin embargo, Colombia ha ejercido y aún ejerce una política de soberanía centrada exclusivamente en la consolidación nacional y basada en lo que se ha denominado la “colombianización” de las islas, que se interesa en asegurar sus fronteras con el Caribe y en mantener una fuerte presencia militar como mecanismo de control interno y de protección de las fronteras. Más recientemente dicha política de soberanía se ha enfocado en el control del tráfico de drogas. Todo lo anterior ha hecho que se hayan descuidado elementos que son de extrema relevancia para las islas mismas, pero sobre todo para la comunidad nativa que, en palabras del pastor Raymond Howard, son los ‘primeros pobladores’ de las islas, y, como es bien sabido, está pasando por un período crítico

que puede conducir a su extinción si no se toman medidas adecuadas.

Dentro de la perspectiva histórica, ni siquiera los lineamientos de la política exterior de Colombia han tenido en cuenta a las islas, a pesar de su estratégica posición geográfica. Actualmente se tiene por primera vez una 'política de Estado' para el Caribe (respaldada con un documento CONPES), pero en ella San Andrés y Providencia son de poca relevancia (su inclusión no va mucho más allá del elemento de soberanía y la cooperación unilateral enfocada en el control al tráfico de drogas en el área).

De manera que el muy significativo grado de integración cultural, social, lingüística y comercial que históricamente las islas han tenido con el Caribe, y que ahora son casi nulas, no se incentiva ni se busca reactivarlo. ¿Por qué no se incentiva? ¿Puede el problema del tráfico de drogas ser un impedimento? Como es bien sabido, la misma dinámica de las políticas nacionales de soberanía rechazaba dicha integración. De otro lado, el Caribe es complicado, hay elementos de seguridad de por medio, y de por sí es una zona muy heterogénea (se hablan varios idiomas, unos países son ricos y otros son muy pobres), al punto que a las comunidades y naciones del área les resulta difícil ponerse de acuerdo e integrarse y, como recordó Sally Taylor, a veces aparece como una federación emocional, aunque existen varios elementos exitosos de integración que hacen superar esa fragmentación. Lo más relevante es que anteriores políticas de soberanía colombianas y la obsesión de Bogotá con el tema de consolidación de fronteras por los reclamos de Nicaragua (con una consecuente dinámica institucional hacia adentro y no de acercamiento hacia los vecinos, como es el caso de otras zonas fronterizas), rechazaron específicamente dicha integración al considerar que llevaría a un detrimento de los intereses del país en el archipiélago.

Sally Taylor señala también que, a pesar de que Colombia está intentando integrarse con el mundo entero, dentro del contexto de la globalización y el aprovechamiento de las oportunidades

comerciales y económicas que ello facilita, apuesta más hacia el Asia-Pacífico y se muestra amorfa y poco dinámica en su integración con el Caribe. Harold Bush puntualiza que la integración de Colombia con el Caribe se centra sobre todo en la cooperación unilateral del país hacia la zona, toda vez que nuestro país ofrece una enorme gama de mecanismos de cooperación pero recibe poco en contraprestación. La situación del tráfico de drogas explica en gran parte esto. También la superioridad económica de Colombia y el hecho de poseer una economía muy diversificada frente a unas naciones caribeñas de limitada oferta productiva de bienes (aunque no de servicios, un elemento que puede ser de utilidad para las islas, sobre todo para el sector turismo) y cuya supervivencia reside esencialmente en el turismo. Sin embargo, deja de aprovecharse una oportunidad para las islas de recibir cierto tipo de cooperación que las pueden beneficiar en lo socio-cultural y en lo lingüístico como también en lo atinente al medio ambiente y al manejo de recursos escasos como el agua y la producción energética, toda vez que muchas islas del Caribe tienen mucha experiencia en estos asuntos.

Silvia Mantilla llama la atención con relación a que la concepción del estado colombiano en lo fronterizo para el caso de las islas, se enfoca en los límites y está supeditada a la soberanía en el orden jurídico-administrativo lo cual lleva a que se descuide el aspecto fronterizo como mecanismo de integración. En el caso de las islas de San Andrés y Providencia es imperativo concebirlas como frontera de Colombia con el Caribe desde la perspectiva socio-cultural más que en lo jurídico-administrativo, para terminar con el imperante paradigma de descuidar y rechazar las acciones fronterizas de las islas con sus vecinos inmediatos. Acciones fronterizas desde el contexto socio-cultural existen en las otras zonas fronterizas de Colombia, pero nada con relación a las islas. Estas acciones son muchas y comprenden legislación, institucionalidad y varios mecanismos que las hacen dinámicas. Hay hasta pasaportes fronterizos binacionales.

Surgen, desde luego, preguntas relevantes a la posible existencia de una lógica institucional encaminada a que estas acciones se hagan efectivas. En primer lugar, Silvia Mantilla plantea la necesidad de identificar a los actores que legitimarían un eventual proceso de mayor integración: si debe ser pensado desde la comunidad, impulsado por las autoridades locales o promovido desde Bogotá. En segundo lugar, inquiriere acerca del tipo de integración que queremos privilegiar, la cual sólo sería válida en la medida en que vinculara a actores locales (en lo económico, lo comercial, lo social, lo cultural, lo lingüístico, lo político, entre otros). Finalmente, señala la dimensión territorial de dicha integración a través de preguntarse ¿con qué países, regiones o ciudades? Y responde reconociendo que debería ser con Kingston, las Islas Caimán, Bluefields, Corn Islands, Bocas del Toro, Colón, todas ellas integradas a las islas en el pasado y con las cuales la comunidad nativa de las islas aún tiene ciertos vínculos familiares.

Desde luego debe haber una dimensión institucional en esta integración que se propone, lo mismo que una articulación político-administrativa. Hay mecanismos existentes que se pueden aprovechar, los cuales facilitan la concreción de acuerdos y comisiones de vecindad para compartir experiencias, impulsar cooperativas y promover el manejo común de zonas ambientales (muy relevante para la zona de la biósfera *Seaflower* que es un espacio transnacional). Desafortunadamente todos los tratados de Colombia con la zona del Caribe tienen cláusulas de cooperación pero no incorporan con la preeminencia que se merecen los aspectos humano y social.

EL CONTEXTO LEGAL E INSTITUCIONAL DE LA INTEGRACIÓN

Existe la necesidad de analizar hasta qué punto, desde la perspectiva de las leyes colombianas y los tratados internacionales que comprometen a Colombia, es posible una integración de las islas con el Caribe y, sobre todo, de su comunidad nativa-raizal con sus vecinos. Mientras Colombia

impulsa la integración de sus otras zonas fronterizas con vecinos inmediatos de Brasil, Panamá, Perú, Ecuador y Venezuela, la ha ignorado y en algunas casos la ha impedido entre las islas y sus vecinos de Nicaragua, Panamá, Jamaica y Costa Rica, países que no solo tienen una mayor cercanía geográfica con las islas sino que poseen comunidades anglo-caribeñas con las cuales compartimos una historia, una lengua y expresiones socio-culturales y, en el caso de Nicaragua, lazos familiares muy fuertes que fueron cercenados y que hoy día resulta difícil recuperar.

Es de señalar que un elemento de extrema importancia que se discutió a lo largo del conversatorio, es el hecho de que la integración de las islas con sus vecinos inmediatos con las cuales hay una enorme afinidad cultural, lingüística e histórica es fundamental para la supervivencia de la manifestaciones culturales, sociales y lingüísticas de la comunidad anglo-caribeña de habla inglesa de San Andrés y Providencia. Es de conocimiento común de que esta comunidad ha perdido una enorme parte de su identidad y estructura toda vez que el proceso migratorio hacia las islas y la consiguiente llegada de una población mayoritaria de habla español ha hecho penetrar elementos foráneos que han desplazado y modificado la cotidianidad de la dinámica y el desarrollo socio-cultural y socio-económico local caribeño. Para todos los participantes, tanto para los panelistas como para el público presente, resulta de extrema urgencia recuperar e impulsar dicha integración. De hecho, junto con el asunto del “abandono” estatal y los complejos problemas que aquejan a las islas, fue el tema que más alusión tuvo durante los dos días.

Con relación a los mecanismos legales que permiten la cooperación, Fady Ortiz nos orienta hacia el carácter étnico que pueden tener las relaciones y tratados internacionales y nos llama la atención sobre los enfoques culturales y étnicos de la legislación colombiana e internacional. Se destaca una reciente y fundamental sentencia de la Corte Constitucional colombiana favorable a la protección de la identidad caribeña de los

raizales de las islas. De enorme significado aquí es el hecho de que el archipiélago conserva una lengua, una religión y un grupo de instituciones culturales que lo hacen distinguir como un pueblo étnico diferenciado. Su ubicación en el Caribe anglófono (consolidado incluso antes de la formación de los estados en la zona tras los diferentes períodos postcoloniales) refuerza esta distinción dentro del contexto de una Colombia mayoritariamente latina.

Desde la perspectiva anterior, se hace un llamado a proteger y promover la identidad cultural y lingüística anglo-caribeña de las islas, en especial con base en el Convenio 169 de la OIT o Declaración de las Naciones Unidas sobre Derechos de los Pueblos Indígenas y Tribales (incorporada a la legislación colombiana mediante la Ley 21 de 1991). Dicha norma especifica que el gobierno de Colombia se ha comprometido y está obligado a facilitar contactos entre pueblos indígenas y tribales que hayan sido separados por fronteras entre uno o más países y que debe establecer mecanismos que permitan que esos contactos perduren para el beneficio de la protección y conservación de dichas comunidades.

Dichas obligaciones no están solo plasmadas en la Ley 21 de 1991 sino también en un documento CONPES sobre desarrollo fronterizo. Este documento destaca la integración entre pueblos tribales comunes binacionales como un elemento clave de la supervivencia de estos pueblos y lo analiza dentro del contexto de los derechos humanos que las comunidades tribales fronterizas deben disfrutar.

En el caso de nuestras islas en tanto son zona de frontera, la falta de promoción o la negación de una integración con las zonas fronterizas inmediatas, a pesar de la obligación firmada por Colombia para el caso opuesto, obedece a una visión institucional cerrada y de control político-militar de las islas como zona de frontera “delicada” a raíz de los históricos reclamos de Managua sobre las islas y aguas que forman parte del archipiélago. Las relaciones de las islas con nuestros vecinos inmediatos son vistas meramente en el contexto

de soberanía e identidad nacional y por ende una aproximación étnico cultural con, por ejemplo los países con más ‘cercanía’ cultural, familiar y lingüístico, Nicaragua o Jamaica, no tendría cabida.

Fady Ortiz señala además que hay una contradicción en las políticas de negación de integración de las islas con el área cercana, toda vez que una mayor integración fortalecería la soberanía y por consiguiente la identidad nacional de las islas. Esta tesis la puntualizan igualmente casi todos los panelistas, quienes además destacan la escasa visión de Colombia con respecto a las islas y su soberanía sobre el área. Aquí lo que entra en juego es todo lo que tiene que ver con las debilidades y contradicciones del estado colombiano, junto con la tendencia centralista y el absoluto control burocrático que se ejerce desde Bogotá para casi todo lo atinente a los asuntos fronterizos relacionados con las islas, la opinión de las cuales para nada se tiene en cuenta en asuntos que les atañe. Para muchos, la “colombianización” y por ende la política de negación y supresión de la identidad anglo-caribeña de las islas ha llevado al resquebrajamiento de la lealtad de muchos raizales hacia el país.

De allí que se destaca que los procesos de integración requieren cierto nivel de autonomía, pero que ha sido difícil hasta ahora para el gobierno central otorgar una autonomía significativa, a pesar de que el concepto y la posibilidad están consagrados en el artículo 310 de la cuasi-centralista Constitución Política vigente. En el proceso también se niega una integración que históricamente ha existido entre las islas y el Caribe anglófono. Sin embargo, no hay obstáculos legales en todos lados y más bien a veces se presenta una falta de voluntad burocrática. Existe cierto nivel de autonomía local para facilitar una mayor integración con la zona pero esta no se aplica debido al desinterés de los tomadores de decisiones locales. El honorable representante Julio Gallardo señala, por ejemplo, que la ley 42 de 1993 y la ley 915 de 2014 permiten, en el primer caso, al gobernador de las islas celebrar convenios con entidades de otros países y, en el segundo caso, un intercambio de profesores.

INTEGRACIÓN E IDENTIDAD

¿Cómo era la integración de las islas con la zona adyacente? Antes de la primera mitad del siglo XX San Andrés y Providencia mantenían estrechos lazos comerciales con Jamaica, los Estados Unidos y Panamá y en menor medida con Nicaragua y poco con Colombia. A medida que avanzaban los procesos de integración con Colombia, sobre todo desde la década de los años 1920 hasta la de los 1950s, los lazos comerciales y de otros tipos con dichos países se fueron diluyendo y en el proceso la identidad de las islas se fue cambiando, llegando a ser más dependientes de Colombia. En ese proceso se fueron volviendo unas islas menos anglo-caribeñas y más colombianas. Hay que anotar que la disminución de la producción agrícola de las islas y la vulnerabilidad del coco y la naranja como principales productos de comercialización y de captación de ingresos tuvieron un papel importante también. En el caso de Nicaragua, el reconocimiento de Colombia de que las Corn Islands eran nicaragüenses a raíz del tratado Esguerra-Bárcenas de 1928 resultó en un significativo desagregó familiar, cultural y comercial con ese país. El Puerto Libre cambió, desde luego, toda la dinámica comercial y económica al sellar la dependencia comercial de las islas con Colombia y en el proceso las islas perdieron su autosuficiencia y la comunidad nativa perdió el control sobre los medios de producción.

Raquel Sanmiguel, Germán Celis-Gordon, Kent Francis, Samuel Robinson, Julio Gallardo y Harold Bush destacan cómo las islas estaban muy integradas en lo económico, en lo cultural y en lo lingüístico con una variedad de comunidades anglófonas del Caribe insular y de Centroamérica. Ese vínculo se ha perdido y, junto a la nueva dinámica comercial y social-migratoria asociada al Puerto Libre, han forjado cambios substanciales en el entorno económico, ambiental, cultural y lingüístico. Desde luego, San Andrés y Providencia aún hacen parte integrante de los pueblos del Caribe anglófono, donde cada integrante ha desarrollado procesos históricos, culturales y lingüísticos particulares y donde cada uno enfrenta

sus propios retos de supervivencia tras diferentes fases de desarrollo en los años posteriores a los procesos de secesión colonial.

Raquel Sanmiguel señala que en el caso de las comunidades anglófonas de Costa Rica, Panamá y Nicaragua, también han tenido que luchar para que sus estatus especiales fuesen reconocidos. De manera que lo que San Andrés y Providencia ahora lucha por conquistar como pueblo diferente, y en virtud de ello un pueblo protegido, es algo que otros pueblos cercanos de similares procesos histórico-culturales han conquistado. La diferencia aquí tal vez radica en que Colombia cuenta con los mecanismos legales y constitucionales para otorgarlas y aplicarlas pero esto no se hace. Desde luego en el resto en los países angloparlantes del Caribe insular el reto es menor, aunque también enfrentan dificultades debido a la penetración del turismo, la estandarización del inglés y los procesos de globalización.

Para Sanmiguel la integración implicaría compartir experiencias y acciones (como por ejemplo sobre educación de la lengua creole), todo lo cual ayudaría la revitalización de nuestra lengua nativa. Menciona el caso específico de Nicaragua que posee unos subsistemas educativos regionales que parten de y están basados en sus diferentes lenguas. En la práctica Colombia otorga esto a algunas de sus comunidades indígenas o minorías étnicas, aunque no ha llegado a otorgarlas a las islas. Valdría la pena traer a colación aquí el hecho de que en Europa, un modelo de integración (político-económico) regional exitoso hasta cierto grado, las lenguas regionales son las lenguas oficiales en zonas como Cataluña y Gales y se incentiva su uso, lo cual no ha resultado en un serio detrimento de la integración nacional y europea. En lo lingüístico, Sanmiguel señala que se pueden compartir con los vecinos esquemas de producción de materiales para tener unas bases comunes y así aprender los unos de los otros.

En el caso de San Andrés y Providencia tenemos no solo el poco interés del estado central y de las autoridades locales en promover un mayor uso del inglés creole y su institucionalidad

y enseñanza en los colegios. Existe también el estigma que muchas personas han impuesto en sus mentes la idea de que el inglés que hablamos es inferior y que por ende es mejor hablar español. ¿Muestra de la exitosa política de “colombianización”? ¿Un mecanismo de los inmigrantes para intentar superar su perjuicio en el mercado laboral al no ser bilingües y/o trilingües? Sanmiguel insiste en que algo esencial aquí es que tenemos una cultural posicionada ya dentro del contexto del Caribe y que debemos partir del hecho del respeto para todos, un elemento que recoge Ortiz cuando relaciona la supervivencia cultural y lingüística de las islas en el esquema de convivencia y paz que tanto anhela y persigue Colombia.

Las islas adquieren entonces una dinámica más colombiana y se da un proceso simbiótico cultural mediante el cual el elemento nativo anglo-caribeño lucha por sobrevivir en un contexto ajeno y a veces hostil (como ocurrió en el periodo comprendido entre los años 1920s a los 1960s con la imposición de la educación en español, la promoción de la religión católica y la necesidad de hablar español para poder obtener un empleo en el sector público, para entonces el mayor empleador; a partir de los 1960s con el Puerto Libre era imperativo hablar español y en la lógica comercial que siguió, lo anglo-caribeño resultó poco relevante para el gobierno central; está desde luego el elemento de la inmigración masiva de mano de obra de habla español; y en los 1980s se implementan las políticas de soberanía que negaban y buscaban eliminar del todo lo anglo-caribeño). Solo en los 1990s comienza seriamente el gobierno desde Bogotá a plantear la necesidad de rescatar la identidad anglo-caribeña de los habitantes nativos de las islas y de paso la identidad anglo-Caribe del archipiélago, un proceso que se había iniciado años atrás en la sociedad civil con protestas sociales y presiones de grupos separatistas y de reivindicación nativa (como el SOS) y que culmina con el artículo 310 de la Constitución de 1991. Sin embargo, la existencia hoy día de grupos como AMEN-SD sugiere que es un proceso que no ha dado

resultados del todo favorables. Lo irónico ahora parece ser que están dados adecuados esquemas constitucionales y legales pero estos aún permanecen en el papel y no se han traducido en esquemas administrativos-institucionales.

La presencia de grupos sociales de presión reivindicativa como AMEN-SD sugiere además que hay un elemento de identidad que ha sido seriamente afectado y que se busca rescatar. ¿Cómo hacerlo desde el contexto de la integración con el Caribe? Para muchos, las islas han perdido su identidad anglo-Caribe y la única forma de recuperarla es mirando hacia nuestros similares del área del Caribe. Sally Taylor sugiere que en la búsqueda de diálogos con el Caribe anglo está la clave de la supervivencia de lo anglo-Caribe de las islas. Silvia Mantilla igualmente señala que el estado colombiano debe legitimar estos procesos de integración pero la única forma de hacerlo es a través del vínculo de los actores locales nativos. Fady Ortiz señala que nosotros somos lo que somos por la integración que tuvimos y en forma tenue aún tenemos con el Caribe angloparlante.

Celis-Gordon va más allá al señalar que no solo buscamos identidad en la integración con el Caribe, sino también la oportunidad de posicionar mejor a la comunidad nativa en el proceso económico local. Menciona varias formas de lograr esto, aprovechando la privilegiada condición que tenemos los isleños nativos de hablar un idioma común con las zonas aledañas y también de tener vínculos culturales y en muchos casos familiares. Habla de la posibilidad de poder tener relaciones comerciales formales de las islas con Nicaragua, lo cual podría resultar en beneficio de las islas toda vez que se pueden importar productos de consumo a muchísimo menor costo que lo que se importan desde el territorio continental colombiano en virtud de la cercanía y el bajo costo de vida en Nicaragua comparado con Colombia. Samuel Robinson también destaca el hecho de que traer productos de sitios más cercanos a las islas, como Jamaica o Bocas del Toro, abarataría el costo de vida en las islas, uno de los más altos del país. Los dos representantes a la Cámara

abogan por una mayor acercamiento comercial entre las islas y Nicaragua.

Celis-Gordon también menciona la gama de intercambio tecnológico y de ideas que puede haber con otras áreas del Caribe. Aquí valdría la pena traer a colación lo que puntualiza Harold Bush en el sentido de que Colombia está otorgando una gran gama de programas de cooperación a los países del Caribe pero no recibe mucho de ellos. Sabemos que San Andrés se puede beneficiar del “know how” de varias islas del Caribe que tienen no solo ecosistemas similares sino que también poseen una poca oferta productiva de bienes y han tenido que recurrir, como nuestras islas, a la importación de productos de consumo. En este contexto, por ejemplo, podemos aprender de Barbados en cuanto a agricultura sostenible o de la Islas Caimán en criadero de tortugas marinas.

La premisa que respalda la tesis de Celis-Gordon es la de que al tener los isleños nativos un mayor control sobre la economía de las islas esto beneficiaría no solo su situación socio-económica sino su supervivencia como pueblo anglo-caribeño y por ende su identidad. Resalta que la posición desfavorable de los nativos en el sistema productivo de las islas ha sido el elemento que más ha conducido al deterioro cultural. Como lo plantea claramente el honorable representante Jack Housni, “los dueños de negocios”, la gran mayoría de ellos no oriundos de las islas, se llevan la mayor parte de las ganancias. Celis-Gordon resalta que, al no tener un control sobre la economía de las islas, los nativos pierden también la dirección política local y la dinámica cultural imperante. De allí que en el proceso simbiótico que se viene dando desde la apertura del Puerto Libre, lo isleño-caribeño se ha ido deteriorando gradualmente mientras elementos culturales “foráneos” se han ido imponiendo paralelamente con el mayor uso del idioma español.

En este contexto de la supervivencia y fortalecimiento de la identidad Eddy Williams (cuya presentación al igual que las de Celis-Gordon y del pastor Howard fue enteramente en inglés estándar) presenta un esquema similar aunque

desde otra perspectiva. Sugiere que solo a través de la educación (esencialmente dentro de los preceptos morales y religiosos que tradicionalmente prevalecían y en cierto grado aún perduran entre los isleños nativos) se puede hacer integración en aras de recuperar y preservar la identidad. Williams plantea el rediseño, la reconfiguración y la re-institucionalización del sistema educativo, esta vez basado en proveer recursos educativos necesarios para el desarrollo de la comunidad nativa anglo-caribeña. Comparte con Celis-Gordon (y más adelante veremos que también con el pastor Howard) la tesis de que, al hablar de integración, debemos hablar no solo de mejoramiento socio-cultural y lingüístico sino también socio-económico, a fin de que los isleños nativos recuperen el control sobre el manejo y la dirección de la economía local, a través de cuatro etapas que Williams señala como las de “integración”, “desarrollo”, “globalización” y por último “empoderamiento” (‘empowerment’) de la comunidad nativa, todas basadas en la premisa de que la comunidad nativa obtenga la autonomía necesaria para llevar a cabo este plan. La integración con el Caribe, por consiguiente, iría mano a mano con la recuperación no solo de la identidad sino del control económico y político en las islas.

Para la mayoría de los panelistas la mayor integración con el Caribe beneficiaría a la comunidad nativa y otorgaría un mayor grado de identidad. Los elementos de integración sugeridos han sido de varios tipos: en lo formal-institucional pero también en lo informal a través de la sociedad civil con énfasis en el intercambio cultural y lingüístico, como lo siguieron muy claramente Taylor, Mantilla, Sanmiguel, Francis y Robinson.

Celis-Gordon, Williams y el pastor Howard también abogan por alcanzar una mayor identidad a través de la integración pero la relacionan con un mayor control de la comunidad nativa sobre la economía de las islas. Howard destaca que como comunidad nativa o los primeros pobladores de las islas (“the first time people”) los nativos hemos perdido todo el poder sobre nuestra propia tierra y por lo tanto la capacidad

de elegir a nuestros propios gobernantes y representantes y nos hemos convertido en meros “consumidores” en el proceso comercial en que están inmersas las islas.

Agrega Howard que es necesario restaurar las relaciones con nuestros hermanos vecinos pero desde unas mejores perspectivas económicas para los nativos y no en busca de una identidad donde nos presentamos en una situación de inferior posicionamiento *vis-à-vis* el resto de habitantes de las islas y de la zona Caribe. Debemos comenzar a reconstruir unas relaciones con el área, basadas en que tenemos relaciones familiares con muchas de las zonas anglo-caribeñas, pero antes debemos lograr un mayor empoderamiento (“empowerment”) de la comunidad nativa de las islas, lo cual, para Howard, es un acto de justicia como respuesta al enorme detrimento que ha ocurrido y sigue ocurriendo en las islas sobre todo en lo ambiental y principalmente en lo cultural.

Howard puntualiza que debemos recuperar nuestra confianza como pueblo y que necesitamos redescubrirnos y, como metas óptimas, recobrar nuestra identidad, volver a saber quiénes somos porque realmente ya no lo sabemos. Tenemos que solucionar muchos asuntos y tenemos que hacerlo nosotros mismos. Necesitamos, por ejemplo, una mejor educación, pero una que nos permitiría acercarnos a nuestras raíces y aún más a la posibilidad de controlar de nuevo nuestra tierra. Solo así podemos hablar de integración cara a cara con pueblos hermanos del Caribe, solo partiendo de la premisa del mayor “empoderamiento” de la comunidad nativa y la recuperación de su tierra ancestral.

EL ARCHIPIÉLAGO Y LA POLÍTICA EXTERIOR DE COLOMBIA HACIA EL CARIBE

Un aspecto esencial del conversatorio fue explorar las perspectivas del archipiélago como “eje” de la integración de Colombia con el Caribe. En este segmento los panelistas incluyeron a los dos representantes a la Cámara por las islas; también a

Kent Francis, quien fuera embajador de Colombia ante varios países del área del Caribe, a Samuel Robinson, el actual cónsul de Jamaica en el archipiélago, y al académico Harold Bush. De manera que se incluyeron personas que tienen injerencia en el diseño de políticas públicas orientadas hacia las islas y hacia el Caribe en general, y otros que han sido y son partícipes en la ejecución de políticas públicas.

Robinson llama la atención de que a pesar de que hoy día es fácil transportarse de un país a otro, existe una debilidad importante en las perspectivas de integración de las islas hacia el Caribe, siendo esta la inexistencia de transporte, sea marítima o aérea entre las islas y Jamaica y las islas y Nicaragua. La única comunicación aérea y marítima regular con la zona hoy día es con Panamá. ¿Cómo puede ser el archipiélago un “eje” de la integración de Colombia con el Caribe si no hay modo directo de llegar de la isla a otras zonas de relevancia para la política exterior colombiana hacia la zona? Desde luego la falta de comunicación perjudica el intercambio cultural y lingüístico que tanto anhelan miembros de la comunidad nativa.

El honorable representante Gallardo puntualiza que San Andrés y Providencia pueden ser y deben ser la punta de lanza de Colombia hacia el Caribe. Señala las ventajas comparativas que tienen las islas sobre todo con respecto a compartir un idioma y una cultura con un Caribe angloparlante de alrededor de 15 millones de habitantes.

Por su parte el honorable representante Housni asegura que el fallo de La Haya del 2012 debe convertirse en una oportunidad para las islas, una basada en tratar no de trazar líneas de fronteras sino en aprovechar las relaciones reales, específicamente las económicas, culturales y educativas, que están a la espera de que las aprovechemos. Puntualiza de que no tiene sentido continuar con una guerra sorda con Nicaragua, teniendo en cuenta que es para beneficio nuestro tratar de calmar la situación, al igual que lo es para Nicaragua, toda vez que existe una importante injerencia económica de Colombia en dicho país

fronterizo (donde compañías colombianas, por ejemplo, son dueños del 25% de la producción energética y un altísimo porcentaje de la banca local). El honorable representante Gallardo también apunta a aprovechar las oportunidades económicas que ofrece Nicaragua, un país con un importante nivel de crecimiento y por ende repleto de oportunidades económicas y comerciales de las que Colombia y las islas pueden tomar provecho.

Con ese llamado de parte de nuestros dos legisladores al gobierno nacional a trazar una política más pragmática y menos conflictiva hacia Nicaragua, valdría la pena esbozar cuáles son, *grosso modo*, los lineamientos de la política exterior de Colombia y explorar si las islas son o pueden ser “eje” en dicha política en lo que concierne al Caribe.

Harold Bush señala que la pérdida de Panamá nos expresa mucho sobre el desinterés histórico de Colombia hacia el Caribe. Colombia (o para ser más específico, su burocracia centralizada en Bogotá) ha sido, desde su inepción, un país con una notable introversión andina, con poco interés en sus fronteras y sus zonas cálidas, y con una política exterior encauzada mayoritariamente por y hacia los Estados Unidos. La Guerra Fría refuerza la sujeción de la política exterior colombiana con la de dicho país en lo atinente a seguridad nacional, de allí que para Colombia el Caribe era sinónimo de seguridad y control. Recordemos el elemento cubano que posiciona el conflicto Este-Oeste en nuestros patios traseros, el uso de la zona para el transporte de armas para la guerrilla y posteriormente la importancia del Caribe para el tráfico de drogas desde Colombia.

Sólo en los años 1960s comienza Colombia a interesarse en el Caribe, aunque sin ninguna sorpresa a causa de las tensiones derivadas de la Guerra Fría, y este interés es centrado exclusivamente en lo militar y en la consolidación de su soberanía y la política nacional de fronteras. Se comienza a firmar tratados de reconocimiento de soberanía y de límites, después de un lapso de varios años luego del Esguerra-Bárcenas. López Michelsen

(1974-1978) fue clave en el desmantelamiento de la maquinaria institucional del Frente Nacional y dentro de esa perspectiva dinamiza la política exterior de Colombia cuando comienza a basarla en el principio del *respice similia*, llevando a que el país por fin preste más atención a sus vecinos, a sus similares, y en consecuencia a sus fronteras.

Seguidamente, y haciendo un muy abreviado resumen de la sucesión de procesos históricos relevantes, el reclamo contundente de Nicaragua (con su Libro Blanco y con un gobierno de izquierda auspiciado por Moscú y La Habana), acentuado por el creciente problema del narcotráfico, el fin de la política nacional de sustitución de importaciones y la consecuente apertura económica con la consiguiente necesidad de diversificar su economía, hace que Colombia gradualmente centre más su atención hacia la zona Caribe, aunque por primera vez como un ente de interés económico y comercial y no sólo por el interés en consolidar fronteras y en atender el creciente asunto del narcotráfico. Colombia aprendió que lo comercial y lo atinente a seguridad nacional y regional en varios frentes son asuntos que van entrelazados y esto explica en gran parte el contenido generoso de su existente política hacia la zona. Sin embargo, el Caribe (con un mercado “pequeño” de cerca de 50 millones de habitantes) sigue siendo un aspecto relativamente ligero dentro de la política exterior global de Colombia, aunque por primera vez se esboza una política de Estado hacia la zona, cuya propuesta fue terminada en el 2002. Su implementación no comenzaría en ciernes sino hasta ocho años después con el gobierno de Santos.

Los lineamientos generales apuntan a una mayor inserción de Colombia en la zona. El archipiélago no se contempla como “eje” de dicha inserción, ni siquiera con el Caribe angloparlante. Esta omisión, sin duda, refleja el alto grado de centralismo y el hecho de que Colombia carece de una diplomacia de opinión en la mayoría de las veces, aunque esto ha ido cambiando en los últimos años. Hay decisiones que son tomadas por burócratas en Bogotá quienes no necesariamente tienen una visión exacta de la realidad en

el terreno o de la balanza de los costos y beneficios que una política o una falta de acción traería para el país. De allí que al hacer sus presentaciones en La Haya con miras a la decisión de la Corte Internacional de Justicia (CIJ) de 2012, Colombia no haya tenido en cuenta para nada, desde la demanda inicial de Managua a finales del 2001, las opiniones de las comunidades que cohabitan en el archipiélago, mucho menos los derechos ancestrales de los nativos sobre las aguas que reclamó y obtuvo Nicaragua por decisión de dicha Corte, a pesar del hecho de que estas aguas fueran aprovechadas económicamente por nuestros antepasados incluso antes de que Nicaragua existiera como nación.

Un importante y, en nuestro caso, relevante aspecto paradójico de la política de Colombia hacia el Caribe es que posee elementos que beneficiarían a las islas, solo que estos elementos están orientados a favorecer a las otras islas del Caribe. Es una política unilateral de una sola vía, la cual no contempla que nuestras islas se beneficien, por ejemplo, de la cooperación que puedan ofrecer en retorno los países del Caribe en asuntos culturales, ambientales o educativos, algo que, como hemos visto, claman los habitantes de las islas. Existen algunos acuerdos de intercambio educativo pero estos sólo benefician a los otros caribeños y, según se ha logrado establecer, son tenues y manejan unos presupuestos bastante limitados. Tampoco hay mucha continuidad institucional, lo cual se explica por cambios frecuentes de empleados públicos y por relevos gubernamentales, que la mayoría de las veces conducen a cambios de énfasis en políticas públicas.

También resulta paradójico que la política de Colombia hacia el Caribe busca afianzar relaciones, lazos comerciales y políticas con la región, pero no desde el punto de vista de la región colombiana más caribeña, sino a nivel nacional como una operación pragmática, centralizada y operacional orientada a promover entre el país y el Caribe altos niveles bilaterales y multilaterales de “*good will*”, mas no orientada a recibir algún beneficio material en retorno. El nombramiento

del ex-presidente colombiano César Gaviria como secretario general de la OEA destaca el resultado de dicho anhelo y búsqueda de “*good will*”. Gaviria fue electo con el apoyo estratégico de una gran cantidad de los pequeños países del Caribe.

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Más integración:

La más importante conclusión del conversatorio es la falta de interacción que existe entre las islas y su entorno más cercano del área caribeña y centroamericana y en especial con aquellos con los cuales la comunidad nativa anglo-caribeña del archipiélago comparte una lengua y rasgos culturales históricos. Para todos, la integración con el Caribe y áreas de Centroamérica es sinónimo de búsqueda y recuperación de la identidad caribeña de las islas, siendo este el aspecto sobre el cual pusieron más énfasis tanto los panelistas como el público presente a lo largo de los dos días de presentaciones y discusiones.

La mayor integración es muy relevante no solo en relación a los aspectos cultural y lingüístico, asociados con el beneficio que traería para la recuperación etnolingüística de los nativos de las islas. También sería de gran importancia desde el punto de vista económico y comercial toda vez que podría beneficiar a las islas con la importación de productos de menor costo y con el intercambio de experiencias en varios frentes locales. Y, finalmente, sería de enorme relevancia en el contexto de la protección del medio ambiente circundante toda vez que la reserva de la biósfera de la cual hace parte el archipiélago es un entorno que requiere de una manejo transnacional, donde habría la necesidad de involucrar a países como Nicaragua, con el cual Colombia mantiene una relación bilateral algo tensa.

Lo irónico de la poca integración de las islas con el área del Caribe es que Colombia mantiene estrechas relaciones y sendos mecanismos institucionales de intercambio bilateral con los

países con las cuales posee fronteras terrestres. De otro lado, Colombia ha firmado tratados internacionales que la obligan a tener en cuenta e implementar políticas públicas que faciliten el intercambio cultural de etnias y minorías separadas por fronteras internacionales. Sin embargo, esto no se aplica para el caso de San Andrés y Providencia, a pesar del significado territorial del archipiélago, toda vez que en virtud de los mismos las aguas territoriales de Colombia, y por ende la configuración física del país, se han extendido considerablemente.

Son muchas las razones detrás de lo anterior, aunque las más relevantes pueden ser la falta de interés burocrático de Bogotá y el hecho de que las islas han sido desde tiempo atrás una zona delicada de seguridad nacional por el reclamo y hostigamiento de Managua y por el tráfico de drogas en virtud del cual se usan las islas como punto intermedio en el complejo y difícil transporte (a veces con nefastos resultados para jóvenes isleños) del producto ilícito hacia los Estados Unidos. En vista de lo anterior, no sorprende que las islas no hagan parte de las perspectivas de la política exterior de Colombia hacia el Caribe (más allá de lo estratégico-militar) y que, por lo tanto, el archipiélago tenga un largo camino por recorrer para llegar a ser un eje de la integración del país con el área del Caribe, lo cual sin lugar a dudas traería beneficios para las diferentes comunidades que habitan las islas.

No todo, sin embargo, es negativo. Se ha discutido con creces que Colombia tiene sendas normas constitucionales y legales que permiten no solo que las islas puedan integrarse más hacia la zona del Caribe impulsadas desde la perspectiva privada (ya sea a través de gremios o grupos sociales), sino que también el Estado está en obligación de promover esta integración toda vez que se ha comprometido a asegurar que las etnias y minorías en sus fronteras pueden, en aras de su supervivencia, mantener contactos con sus similares al otro lado de una frontera internacional. Como lo sugiere Kent Francis, debemos utilizar las herramientas existentes que nos permiten una

mayor integración para beneficio nuestro. Gallardo y Ortiz mencionan estas herramientas, las cuales aún están en el papel.

Tratar a las islas como a cualquiera otra zona de frontera:

En el proceso de la implementación de políticas de soberanía sobre las islas enfocadas esencialmente a mantener el control central y el enorme énfasis puesto sobre la importancia estratégico-militar de las islas, se les ha negado a las islas beneficios muy importantes de los cuales disfrutaban otras zonas de frontera. Debemos mover los parámetros más allá de los meramente estratégicos, de seguridad y soberanía, ya que este paradigma no solo ha estrangulado aspectos etnolingüísticos que identifican a las islas, sino que al mismo tiempo asisten en el deterioro socio-económico local, toda vez que llevan al empobrecimiento de los habitantes al tener que depender de la traída a enormes costos de productos del continente colombiano, cuando es posible adquirirlos en sitios más cercanos y a menores costos.

Lo que se quiere ahora es que se extiendan los beneficios de los que disfrutaban otras zonas fronterizas del país, en especial aquellos asociados a la mayor interacción con el vecino inmediato. Se quiere que la concepción de presencia de Estado prevalente en las islas vaya más allá de lo puramente ligado al control fronterizo y supeditado a la soberanía, e incluya también aspectos humanos, culturales, históricos y lingüísticos (como ha sido el caso en otras zonas fronterizas), un proceso que paradójicamente terminaría beneficiando la soberanía nacional sobre el área. En palabras de Sally Taylor, es tiempo de que se traslade a la basura burocrática la doctrina de “la frontera para adentro” para el caso del archipiélago.

Thrash out our things our way:

El archipiélago necesita cierto nivel de autonomía para poder aspirar a recuperar la identidad de las islas y de la comunidad anglo-caribeña original

(*“the first time people”*), así como para poder adelantar mecanismos de integración con los vecinos inmediatos. Mantilla, Gallardo, Ortiz, Howard, Francis y Bush puntualizan que hasta tanto no se resuelva el “problema” de autonomía de las islas es difícil resolver los problemas de integración, toda vez que desde el centro se ejercen controles político-militares fuertes para que las islas no interactúen con áreas circundantes inmediatas. Mantilla sugiere que pensar en integración fronteriza sin autonomía regional es un imposible. Los enlaces locales tienden a perdurar y a prevalecer a pesar de cambios de gobierno. De otro lado, aquellos impulsados por la sociedad civil tienen mayor garantía de continuidad a lo largo de los años, surcando procesos de todo tipo. Solo a nivel local se conoce realmente qué tipo de interacción e integración se requiere. No es algo que se puede dictar desde lo central, aunque el esquema para ello debe ser facilitado por Bogotá.

Históricamente el estado colombiano ha negado esta autonomía, pero actualmente se cuenta con instrumentos constitucionales y legales que permiten asumirla, sobre todo el artículo 310 de la Constitución y la ley 21 de 1991. Aun así, desde la perspectiva de Bogotá, el control sobre lo que pasa en las islas es, y siempre ha sido, esencial y es de esperar que resulte difícil otorgar cierto grado de flexibilidad para que, por ejemplo, la gobernación (aún si esta tiene la voluntad de hacerlo) establezca mecanismos institucionales de interacción con zonas y pueblos vecinos.

De hecho, una conclusión importantísima del evento es el llamado para que Bogotá no ejerza tantos controles sobre lo que las islas hacen en aras de un posible mayor intercambio con nuestros vecinos y, sobre todo, que se asiente desde la capital una mayor confianza hacia los estamentos isleños raizales-nativos. Se ha discutido que históricamente ha habido una desconfianza entre sectores que representan el poder político y las instituciones centrales y líderes locales que abogan por un mejoramiento de la identidad caribeña de las islas y de sus habitantes anglo-caribeños (tristemente ahora una minoría no solo desde la

perspectiva del tejido étnico nacional sino dentro de la lógica poblacional local). El honorable representante Gallardo sostiene que el Estado central y sus políticas públicas van enlazados a una desconfianza hacia el archipiélago y que desde Bogotá se considera que porque somos diferentes somos un peligro y por ende merecedores de desconfianza.

Recuperar nuestra identidad:

Un elemento mencionado por todos los panelistas, aunque más profusamente por Francis, Williams, Howard, el honorable representante Housni y el honorable representante Gallardo, es la pérdida de valores isleños y el debilitamiento de la identidad de los raizales-nativos. Todos coinciden en que la única forma de recuperar las dos cosas es a través de una mayor integración con nuestros hermanos del Caribe. Celis-Gordon, Williams y Howard sugieren que la única forma de lograrla además sería partiendo de la base de la recuperación del control económico y político local por parte de los primeros pobladores o los nativos.

Sea cual fuere el mecanismo, recuperar la identidad anglo-caribeña de las islas y de sus habitantes nativos es urgente, toda vez que ha habido y sigue habiendo un vertiginoso deterioro en ese aspecto. Desde luego los mecanismos no solo se deben ceñir a la integración con el Caribe, sino que también deben contemplar en forma vehemente un mayor control migratorio, la implementación de políticas públicas locales y nacionales que faciliten y promuevan el uso del idioma y recuperen tradiciones perdidas o en proceso de extinción. La inacción del Estado central y de los estamentos de poder locales constituye para muchos una tentativa pasiva de “etnocidio”. Esta tesis puede tener toda validez si es aplicada al pasado habida cuenta de que, en efecto, el estado colombiano promovió la eliminación étnica raizal. Lo que no se explica es por qué en la actual coyuntura, a raíz de un cambio substancial en la aproximación a lo étnico de las islas desde el gobierno central, y con sendas normas favorables, la inacción continua tanto a nivel central como local. El honorable

representante Gallardo muestra su frustración al mencionar las leyes que han sido promulgadas en aras de promover y recuperar lo étnico pero no se aplican sobre el terreno.

Debe haber una articulación político-administrativa que marche a la par con la articulación legal existente. En otras palabras, las políticas públicas para las islas deberían seguir lo que se ha dictado y seguramente se seguirá dictando a través de las leyes y otras normas, las cuales representan más el interés y la voluntad de las comunidades. Ya se habla de saturación de normas para las islas al tiempo que el gobierno nacional ha venido promoviendo y prometiendo el cada vez más elusivo pero perpetuo “proyecto de estatuto raizal”.

La globalización apunta a una mayor integración:

Colombia busca diversificar su economía y posicionarse mejor en un mundo cada vez más globalizado. Este esquema debe aplicarse también a nivel local. El país presta más atención al Asia-Pacífico, a Europa y a los Estados Unidos y en menor medida al África y a Latinoamérica. Sin embargo, debería prestar mayor atención a su vecino inmediato, el Caribe, y en el proceso permitir que las áreas que componen su frontera Caribe alcancen una mayor inmersión hacia la zona. Esto no solo traería beneficios locales sino también para el país entero. Una mayor inserción económica y comercial de Colombia en el Caribe se facilitaría muchísimo por el innegable y substancial deterioro de la influencia en la zona de Venezuela, país que ha mantenido históricamente una política activa (aunque también esencialmente de una vía orientada a la búsqueda de aliados y facilitada por los altos ingresos nacionales derivados de las exportaciones de petróleo).

De igual forma, es importante que se levanten las barreras que se han impuesto para una mayor integración de las islas con el Caribe y con Centroamérica y a la vez promover esta integración. Los dos representantes a la Cámara y todos los presentes, tanto el público como el resto de

panelistas, abogan por un mejoramiento de las relaciones con Nicaragua. Se ha mencionado el hecho de que los habitantes de las islas no tienen un problema con Nicaragua. El problema lo tiene Bogotá. Esto explica en parte el sorprendente hecho de que tras el fallo de La Haya de 2012 muchos isleños airearon su ira y antipatía más contra Colombia que contra Nicaragua, toda vez que culparon más bien a Bogotá por la pérdida de una parte considerable del mar que rodea al archipiélago, especialmente porque no se les tuvo en cuenta durante todo el proceso que duró once años ante la CIJ y en los argumentos de Colombia aparecería como si los isleños anglo-caribeños no existieran, un enorme agravio a un pueblo que se ha forjado históricamente teniendo a su mar como referente esencial en su identidad y cotidianidad.

También se quiere una mayor interacción con otras zonas hermanas a través del mejoramiento de los medios de transporte ya sean marítimos o aéreos. En este contexto se hizo un llamado para que Colombia aproveche el capital humano existente en las islas para facilitar esta mayor integración a través, por ejemplo, del nombramiento de embajadores u otros funcionarios diplomáticos colombianos en el Caribe y Centroamérica a profesionales oriundos de las islas, y/o a posicionar isleños en cargos nacionales que tengan que ver con el Caribe u otras zonas de interés nacional donde se requiere el uso del inglés. La ventaja de esto, paradójicamente, no solo sería un incentivo al esquema nacional-militar de “hacer soberanía”, sino que los isleños hablan el idioma común de la zona Caribe y conocen más que nadie cómo se puede integrar las áreas.

Al igual que las islas mismas, los isleños raizales son un “puente natural” entre Colombia y el Caribe y el mundo anglo parlante y esta realidad no se aprovecha. Una gran ventaja de lo anterior para las islas sería contribuir a parar el proceso de “cerebros fugados” que se da en las islas, donde un gran porcentaje de profesionales no regresan porque no consiguen ubicarse en el mercado laboral. E incluso muchos regresan pero se enfrentan

al desempleo al tiempo en que varios cargos de carácter nacional son llenados por personas enviados desde el continente. Es una ironía que no se haya podido nombrar por muchos meses a un médico de planta para el hospital de Providencia, cuando hay más de un centenar de médicos generales y especialistas altamente calificados oriundos de las islas viviendo fuera del país y otros tantos trabajando en el continente colombiano. A partir de principios de los años 1990s varios isleños ostentaron cargos como embajadores colombianos en el Caribe y otros puestos diplomáticos. Esta tradición se discontinuó desde el 2002 pero adquiere hoy día un nuevo empujón. El gobierno de Santos ha posicionado a varios isleños en cargos nacionales importantes (con un vice-ministerio en cabeza de Sandra Howard) y ha otorgado cargos diplomáticos en el exterior y en Bogotá a un puñado de nativos.

¿A qué Caribe queremos integrarnos?:

Como se ha dicho arriba, el Caribe es muy heterogéneo y nuestro archipiélago no tiene afinidad con toda la zona sino sobre todo con el componente angloparlante y específicamente con los que hemos tenido una relación histórica y etnolingüística.

La presentación de Sanmiguel nos enfoca sobre todo al Caribe que puede apoyar a las islas en la recuperación y el fortalecimiento de la identidad etnolingüística. Irónicamente, Nicaragua ha venido implementando un sistema educativo basado en las diferencias lenguas y etnias y en este proceso ha avanzado mucho en la implementación de la educación del creole y en creole, algo que puede ser de mucha utilidad para las islas. Jamaica es un país donde tanto el inglés estándar como el inglés creole son lenguas oficiales, de manera que podemos recibir mucho apoyo de ellos. Pero para todos los presentes es imperativo eliminar las barreras políticas que se han impuesto para una mayor integración con, por ejemplo, Nicaragua, una país con el cual, concluyen los panelistas, las islas y sobre todo su etnia anglo-caribeña, no

tienen problema. Parafraseando a Sally Taylor, hay que pensar en las fronteras hacia fuera para beneficio de las islas.

Se ha hablado profusamente también de una mayor integración con Jamaica. De un mayor intercambio tecnológico con otras zonas con características similares a las islas para aprender de ellos el óptimo manejo que requieren nuestros escasos recursos naturales no renovables. Se ha planteado la posibilidad de que San Andrés se declare “ciudad hermana” con alguna otra ciudad del área, como Kingston. El cónsul de Jamaica en San Andrés, Samuel Robinson, hizo una presentación emotiva sobre las posibilidades de recuperar algo de nuestras tradiciones (“*anancy stories*” y otras tradiciones orales, cocina, música y, desde luego, el idioma creole) a través de una mayor interacción con Jamaica, un país que mantiene su orgullo y su identidad Caribe a toda costa y desde donde casi todos nuestros bisabuelos y tatarabuelos llegaron. Samuel Robinson presentó también las oportunidades de intercambio estudiantil y de profesores entre las islas y Jamaica y argumenta que lo que hace falta es voluntad política, presupuesto y superar las barreras de transporte.

El economista Celis-Gordon presentó un esquema de potenciales oportunidades comerciales y económicas con Nicaragua y Panamá al igual que con el Caribe insular, en especial con Jamaica y Barbados. Dentro de este contexto habría cabida para una amplia gama de negocios que apunten hacia la música, productos agrícolas, pesca, y arte en general, entre otros.

Para Kent Francis, nuestro ex-embajador en Jamaica, el mayor reto que en la actualidad enfrentan nuestras islas es dejar de aislarse del vecindario. Al haberlo hecho todos estos años hemos pagado un precio muy alto en varios frentes, tanto internos como externos, desde lo socio-cultural hasta lo económico. De continuar aislándonos, pagaremos un precio aún más alto, con consecuencias mucho más adversas: el mar que nos protege (o de lo que queda del mar que nos protege, tras el fallo de La Haya), va a terminar completamente depredado y no va a quedar nada para nuestra

seguridad alimentaria y/o para la protección de nuestro entorno inmediato y otros recursos esenciales más cercanos. Hemos pagado un precio alto al descuidar nuestro mar y nuestros vecinos y si no nos acercamos más a nuestro vecindario y atendemos las necesidades de las islas, vamos a pagar un precio aún mayor, concluyó Francis.

De manera que el Caribe al cual queremos integrarnos es un Caribe de diálogo, de cooperación mutua, de respeto, de falta de odio, donde lo anglo-caribeño de las islas se respeta y se constituye en parte fundamental y en cierta medida en la *raison d'être* de dicha integración. Sólo mediante este esquema garantizaremos nuestro futuro como islas hermosas que muchas personas quieren visitar, y también islas con una identidad fuerte y orgullosa de su herencia anglo-caribeña. Lo que se quiere es que Colombia elimine las barreras a la integración, otorgue algún grado de libertad a los locales para hacerlo, promueva el intercambio cultural como lo hace en otras zonas fronterizas y no discrimine al archipiélago en ese contexto por los asuntos bilaterales con Managua, al mismo tiempo que revele más confianza en la comunidad nativa. La única forma en que las islas logren sobrevivir y recuperar su identidad anglo-caribeña será a través de la integración con sus vecinos similares. Se ha perdido muchísimo por la sobrepoblación y porque lo anglo-caribeño en las islas ha sido despreciado y desplazado por elementos culturales del continente colombiano. Desde el punto de vista de políticas de soberanía, ello representa un éxito rotundo, pero desde el punto de vista de la comunidad nativa es una especie de etnocidio cultural y lingüístico. Es tiempo de cambiar y rectificar. Es tiempo de actuar.

NOTAS BIOGRÁFICAS DE PARTICIPANTES EN EL CONVERSATORIO

Silvia Mantilla Valbuena. Politóloga internacionalista. Ph.D. en Migraciones y Conflictos en la Sociedad Global. Profesora Investigadora. Universidad Nacional de Colombia. Sede Caribe.

Presentación: “Perspectivas de integración fronteriza con el Caribe”.

Sally Taylor. Politóloga, Universidad del Rosario; M.Sc. en Estudios del Caribe, UN Sede Caribe; candidata al Ph.D. en Ciencias Sociales (Antropología Social), Centro de Estudios Superiores de Antropología Social, CIESAS, Guadalajara, México.

Presentación: “El Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina: una mirada desde la integración regional”.

Fady Ortiz. Abogado. M.Sc. en Estudios del Caribe, Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe; abogado constitucionalista y experto en legislación sobre el Departamento Archipiélago y derechos de minorías étnicas.

Presentación: “El pueblo raizal y la integración con el Gran Caribe: una mirada desde el derecho internacional de los pueblos indígenas y tribales”.

Germán Celis-Gordon. Economista, miembro del “Youth Section” del movimiento social AMEN-SD; experto en generación de oportunidades económicas y de empleo a través de cooperativas. Trabaja para la Cámara de Comercio de San Andrés.

Presentación: “La integración cultural del pueblo raizal y otros esquemas de integración con el Gran Caribe”.

Raquel Sanmiguel. Ph.D. en Estudios de América latina y El Caribe. Profesora de Universidad Nacional de Colombia. Sede Caribe.

Presentación: “Las lenguas y las raíces Caribe del Archipiélago de San Andrés y Providencia”.

Eddy Williams. Licenciado en Filosofía y Teología, profesor del First Baptist School.

Kent Francis. Abogado, ex embajador de Colombia ante los gobiernos de Jamaica y Belice y representante ante la Asociación de Estados del Caribe.

Samuel Robinson. Historiador de la cultura y tradición del archipiélago, Cónsul de Jamaica en San Andrés.

Pastor Raymond Howard. Presidente del Movimiento por la Autodeterminación del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina (AMEN SD, por sus siglas en inglés).

Jack Housni. Representante a la Cámara por San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Julio Gallardo. Representante a la Cámara por San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Harold Bush. Politólogo, Universidad de los Andes; M.A. Politics, University of Leeds; Ph.D. en International History, London School of Economics; trabaja en el sector privado y además se ha dedicado a la investigación histórica y política sobre el archipiélago.

Notas:

Las presentaciones de los panelistas arriba mencionados a partir de Eddy Williams no llevan título. A excepción de Williams, todos ellos hicieron contribuciones a la discusión del tema “El

Archipiélago como eje de la integración de Colombia con el Gran Caribe”, el carácter del cual era menos formal y académico y más centrado en generar un mayor debate sobre la inserción de las islas hacia el Caribe dentro del contexto de políticas públicas nacionales y locales, aprovechando la experiencia de estos panelistas en el diseño e implementación de normas y políticas públicas.

1. Las presentaciones de Eddy Williams, Germán Celis-Gordon, Raymond Howard y la primera de Harold Bush fueron en inglés. Otros panelistas alternaron en sus presentaciones entre el inglés y el español. Las participaciones del público y las respuestas de los panelistas fueron tanto en inglés como en español. No hubo necesidad de traducción.



Autonomía, independencia o *status quo*. ¿Qué les conviene más a las islas?¹

Autonomy, Independence or *Status Quo*.
¿What is the most Convenient for the Islands?

Harold Bush²

Es claro que algunos sectores de la comunidad nativa (prefiero este término al de “raizal”) de las islas quieren una mayor autonomía (asociada a un real control económico y político por los mismos nativos) mientras que otros hablan de independencia y la subsecuente formación de un nuevo país o el establecimiento de un categoría de libre asociación tipo Puerto Rico con respecto a los Estados Unidos. No veo, con la excepción de Nicaragua, qué país se le mediría a dicha monumental y delicada tarea que no tiene antecedentes recientes, aunque el caso de algunas islas de las Antillas Holandesas *vis-à-vis* Holanda puede tomarse como referencia, pero tienen un enlace constitucional-legal muy distinto al de nuestras islas tienen con Colombia. Desde luego, la mayoría de los habitantes del archipiélago prefieren que sigan perteneciendo a Colombia. En lo que todos están de acuerdo es en que la situación de las islas (desde todos los ángulos que se le mire)

está en serios cuidados intensivos y algo se tiene que hacer con urgencia.

Por fortuna para el proceso político local, el discurso, la afiliación y el dinamismo político no han tomado un rumbo de evidente división étnica. Lo que se da es un respeto mutuo a las opiniones de cada sector y el hecho de que los “no-nativos-no-raizales” mantienen silencio y han tomado más bien el papel de observadores frente a lo “nativo” *vis-à-vis* el gobierno central. Esto es digno de destacar porque lo último que queremos es una división interna que vaya más allá del debate cotidiano entre vecinos y que en últimas terminaría distrayendo a todo el mundo de la labor urgente de enderezar la situación de las islas.

Es imposible no tomar partido aunque estoy tratando de escribir esto desde un punto de vista cercano a lo neutral y académico. Me atrevo a

1 Una versión de este artículo fue publicada El Isleño.com, el sábado 25 de octubre de 2014.

2 Politólogo, Universidad de los Andes; M.A. Politics, University of Leeds; Ph.D. en International History, London School of Economics; trabaja en el sector privado y además se ha dedicado a la investigación histórica y política sobre el archipiélago. Correo electrónico: haroldbush@yahoo.co.uk

señalar de una³ que prefiero seguir siendo colombiano y no veo cómo podrían las islas sobrevivir bajo un estatus de nación independiente. Con el flagelo de las drogas rodeándonos y permeando cada rincón de las islas, y con una Nicaragua hostigando y pugnando en busca de más aguas, no veo cómo la vida para todos sería mejor. Nicaragua, bien lejos de ser un modelo como Colombia donde la democracia reina a pesar de sus imperfecciones, se muestra amable con los nativos pero, dejémonos de cuentos, no está interesada en su bienestar. Nicaragua tiene intereses territoriales y a los que critican a Colombia por tenerlo también (además de tener interés en el proceso por querer terminar con los nativos) les digo que se bajen de las nubes. Unas islas independientes y sin la protección de Colombia o de una entidad que garantice esa independencia estarían sujetas a la posibilidad de una invasión de Nicaragua.

Desde luego uno está afligido por los problemas de las islas, sobre todo porque el carácter anglo-caribeño de San Andrés (y en menor medida de Providencia) se está diluyendo gota a gota y, de no cambiar las cosas, dentro de poco la identidad caribe con acento inglés estará extinta y la población de origen nativo será una minoría aún más reducida en su propia tierra. Dentro de dos o tres generaciones el inglés de las islas para uso cotidiano puede ser cosa del pasado, toda vez que la tendencia poblacional parece apuntar a que la proporción de nacimientos de personas de origen continental (pura o mixta con nativos) con respecto a los de origen nativo isleño es de 12 a 1.

Quiero dejar claro también que no es fácil hablar de estos asuntos sin pensar en horribles situaciones de xenofobia y de limpieza étnica que se han dado y se siguen dando en algunas partes del mundo, incluso en los llamados países desarrollados. Me resulta incómodo escuchar a gente de muy alto calibre intelectual de las islas hablar de “sacar” a gente de las islas. Es indudable que

dicho argumento muestra más el grado de desespero que una tendencia racista o una proclividad a algo tan inhumano e ilegal como una limpieza étnica. Desde luego, las políticas de control poblacional deben seguir, deben ser más firmes y deben mejorarse pero esto debe hacerse sin atropellar los derechos humanos de las personas afectadas. He escuchado comentarios, ubicados en la coyuntura política y la realidad migratoria en Europa, en los que también se habla de que hay muchos inmigrantes, de sacarlos, etc., etc., y que se considerarían racistas y xenófobos.

Es relevante aquí resaltar el hecho de que en las islas cohabitan varias personas que pertenecen a varias comunidades. En esto radica parte del problema, sobre todo el del llamado “etnocidio cultural y lingüístico” de la comunidad nativa y la sobrepoblación. Pero no por ello se puede justificar un atropello. Muchas personas aterrizaron en las islas en busca de un mejor futuro. Nadie les impidió llegar. Algunos políticos los trajeron y les dieron posada. La isla requería mano de obra para surtir la demanda laboral derivada del modelo de desarrollo desordenado del Puerto Libre. Estos inmigrantes, la mayoría de ellos pobres y poco educados, provenientes de zonas rurales o de barriadas de las ciudades grandes de la costa caribe colombiana o de Medellín, no tenían en mente hacerles daño a las islas ni mucho menos a la cultura local. Muchos isleños nativos incluso facilitaron y promovieron esta migración. Se fue dando un proceso simbiótico-migratorio bien desordenado y sin control, centrado en la búsqueda del dinero rápido tanto por parte del comerciante como por parte del trabajador normal.

Tampoco es justo culpar a Colombia por lo que ha pasado y sigue pasando. Tuvo una política de soberanía donde buscaba eliminar lo nativo y poblar a las islas de gente de habla española, la cual desde todo punto de vista era limpieza étnica pura y clara, pero esta política terminó hace rato. Desde Bogotá no se piensa ya en algo tan grotesco. Existen ya normas favorables a lo nativo. Pero hay una nueva realidad local, una tan grave que Colombia, a mi modo de ver, no

3 Nota del editor: La expresión “de una” es una expresión coloquial muy típica del lenguaje cotidiano en Colombia y podría ser equivalente a la expresión “sin vacilar”.

sabe cómo enfrentarla, o por lo menos por dónde comenzar. Y por más graves que sean, dentro de la complejidad de los problemas aún más graves que aquejan al resto del país, aparecen párvulas. Colombia no necesariamente es eficiente como para planear y ejecutar. Recordemos que el metro de Bogotá lleva más de 50 años en planeación. Colombia se caracteriza por tener un Estado complicado, ineficaz, ineficiente y en muchos aspectos disfuncional. Tiene descuidadas todas sus fronteras, no sólo a nosotros. Los que toman decisiones no le prestan atención a su entorno inmediato, mucho menos a nosotros. ¿Alguien ha visto recientemente cómo está de descuidada la Candelaria y la zona vecina al Capitolio y al Palacio de Nariño en Bogotá, el centro del poder nacional? En vez de culpar solamente al “estado colombiano” tenemos que tener en mente que en las islas se han dado por sí solos procesos complicados y negativos (también positivos) en este, un sitio característico de captación de población migratoria atraída por un desarrollo económico cuya misma dinámica demandaba de todos modos esa población migratoria. Tenemos que balancear las cosas al asignar culpas. Colombia no tiene la culpa de todo.

No es un país perfecto. ¿Cuál lo es? Noruega y Qatar, con uno de los ingresos *per cápita* más altos del mundo, tienen sus problemitas. El índice de suicidio en el Japón es altísimo. Londres, París e incluso Hong Kong tienen sistemas de metro ya saturados que hacen pensar en el transmilenio que ya no da abasto. De otro lado, nosotros no somos el único pueblo nacional con problemas muy serios. Más bien algunos dirían que somos consentidos de Bogotá por el alto grado de inversión *per cápita* que se destina a las islas. Piensen un poquito en el Chocó, Tumaco, Buenaventura, el Putumayo o la Guajira. Por lo menos no hay gente en las islas que se ha muerto de hambre como en La Guajira (aunque se han detectado altos niveles de desnutrición infantil). Colombia, un país en vías de desarrollo y de ingreso medio, tiene su bandeja bien llena de problemas y, a medida que se moderniza y se vuelve más rica, como

ha sido el caso en los últimos diez a quince años, estos problemas se multiplican y se vuelven más complejos.

Importantísimo también tener en cuenta aquí es el hecho de que algunos tomadores de decisiones, tanto en Bogotá como en las islas mismas, no siempre aciertan y a veces se equivocan gravemente. A veces no prestan atención adecuada a los problemas (de hecho muchos funcionarios públicos sólo piensan en el sueldo, en las vacaciones, en irse a viaticar, en la pensión, en sus derechos; a muchos les importa un bleido hacer algo). Además, tenemos que hacer un análisis para ver cómo nosotros mismos, como ciudadanos comunes y como gobernantes o líderes políticos y sociales, hemos pecado por no haber hecho algo por las islas o por haber hecho algo en contra de los intereses de las mismas. Tenemos que pensar como comerciantes qué hemos hecho por mejorar las islas, más allá de generar empleos. Conozco muchos que han sido bastante generosos pero también otros, nativos y “pañás”, que se han vuelto ricos y le han dado la espalda al archipiélago y no han sido capaces de devolverle algo.

Las islas no tienen un Bill Gates o un Warren Buffett que haya entregado ni siquiera una parte ínfima de sus fortunas a causas sociales. De manera que eso de culpar a Colombia por todos nuestros males no funciona del todo. En sitios ricos como Japón, Estados Unidos y Europa, el Estado no hace todo y allí es donde organismos de caridad, que se benefician de donaciones de gente rica, entran en juego. Nosotros también en parte tenemos la culpa y se dieron procesos desfavorables donde la gobernabilidad y lo institucional no tuvieron nada que ver. A manera ejemplo, no entiendo la incongruencia de que cuando los muchachos que se prestan al servicio del tráfico de drogas “coronan”, los familiares celebran; pero cuando la acción termina en algo trágico, hay lamentos y pena. Tampoco entiendo cómo algunos personas de plata y gente prestante de las islas “ponen el dinero” para el asunto de la droga pero cuando hace poco hubo varios homicidios

asociados a dicha actividad culparon a “*Raimundo y a todo el mundo*” pero sobre todo a Bogotá.

Comparto con Ralph Newball y varios otros líderes locales la opinión de que el archipiélago necesita urgentemente un modelo de desarrollo sostenible con una población sostenible. Este no es un argumento ni un clamor nuevo, pero estamos parqueados en un curva donde o se hace pronto o esto termina bien mal y dentro de poco se hablará de problemas aún más agudos, emigración masiva, subpoblación y el aceleramiento de la ya en ciernes disminución de las actividades económicas en general. La balanza de necesidades apunta a que una autonomía (y mucho menos una independencia) no necesariamente otorgaría los recursos para dicho desarrollo sostenible. Sin los enormes subsidios de Bogotá y sin una fuente fija y robusta de ingresos, no veo cómo las islas sobrevivirían. En el hipotético evento de que haya independencia se tendrá que recurrir a una fuente generosa para financiar a las islas y esto conllevaría necesariamente a una subordinación a la organización o país que se preste a ser el “*cash-cow*”.

De otro lado, un asunto de extrema relevancia es que, como las islas son un delicado caso de control de soberanía nacional por lo de Nicaragua, Colombia no dejará las riendas sueltas, aunque es posible que las afloje para ciertos casos. Por lo tanto, que las islas obtengan independencia lo veo imposible. Colombia no las soltará, punto. En el remoto caso de llegar a haber un referendo, pues simplemente la realidad poblacional no la favorecería por dicha vía porque la comunidad de descendencia continental es mayoritaria y es la que contundentemente sin duda votaría a favor de permanecer colombianos. Además, no todos los nativos quieren dejar de ser colombianos.

Comparto la opinión de que se requiere una mayor autonomía para poder manejar ciertos asuntos (como control poblacional, integración con la zona caribe con quienes tenemos una afinidad histórica, cultural y lingüística para beneficio de la comunidad anglo-caribeña de las islas, y también para un mayor intercambio comercial

con zonas más cercanas a las islas para beneficio de todos al buscar abaratar el costo de vida en las islas debido a los altos costos de traer productos de consumo desde el continente colombiano). La mayor autonomía es posible dentro de los preceptos del artículo 310 de la Constitución. Pero las posibilidades de algo substancial son algo remotas, sobre todo en lo atinente a dejar que las islas manejen sin el control de Bogotá ciertos asuntos que pueden lesionar la soberanía nacional. El congreso colombiano tiene que legislar para esto y veo improbable que lo haga. Me viene a la cabeza el “estatuto raizal” que lleva ya años en fase de diseño.

De otro lado, con la división de opiniones que hay en las islas sobre lo divino y lo humano, no se tiene claro qué se va a hacer con una mayor autonomía y quiénes la van a manejar. La OC-CRE⁴ es el único caso real y exitoso de mayor autonomía otorgada. Funciona bien hasta cierto punto pero requiere de reformas y de más recursos. De enorme importancia es que antes de pedir más autonomía valdría la pena implementar lo que ya existe. Hay autonomía en lo educativo y cultural-lingüístico pero no se aplica. Igualmente importante, como me lo señaló alguien versado en lo político en las islas, con un esquema de gobernabilidad tan corrupto e ineficiente como el de las islas (siempre dominada por uno de dos facciones políticas), es preferible que se sigan manejando algunas cosas desde Bogotá.

Una opción que se discute en ciertos círculos es la posibilidad de que las islas adquieran un estatus de libre asociación ya sea con Colombia misma o con otro país. Nuevamente, es claro que ni el ejecutivo ni el legislativo colombianos permitirán esto. Pero, en el hipotético caso en que se dé, entramos de nuevo en el juego de la necesidad de recursos y si se obtienen de algún lado vendrían con condiciones. Puerto Rico es “libre y asociado” con respecto a los Estados Unidos pero está en bancarota y Washington tiene que cubrir ciertos rubros presupuestales.

4 Organización para el Control de Circulación y Residencia

Un panorama nada alentador y en gran medida pesimista. ¿Será mejor malo conocido que bueno por conocer? Prefiero quedarme con Colombia pero quiero verla haciendo más y mejores cosas por las islas. ¿Por qué algunos líderes locales quieren apostar a poner a las islas en un sendero con un futuro incierto o entusiasmarnos con metas jugosas pero inalcanzables? ¿Será ese el mejor camino para las islas? ¿Qué se yo? Solo soy una voz y un voto. ¿Por qué no aprovechamos lo que tenemos y, dentro de los parámetros, luchamos por una mejoría? Como hijo de padre y madre 100% nativos de Providencia (con sangre blanca, negra y china, resultado también de un proceso migratorio y con la paradoja de que tengo más

familiares en las Islas Caimán que en Colombia, pero con más lealtad a mi isla y a mi país) me duelen en el alma los problemas de las islas, sobre todo el detrimento cultural y lingüístico. Las cosas no van a volver a estar como esaban. Hemos “progresado” en algunas cosas, irónicamente. Los debates que se están dando deben seguir. Es más, creo que se deberían impulsar más porque de ellos salen muchas ideas y ponen las cosas en mejor perspectiva. Debemos escuchar a todas y a cada uno. Nadie, por respetado, carismático y versado que sea, tiene el monopolio de las ideas. Sólo así sabremos qué les conviene más a nuestras adoloridas islas.

Observatorio de procesos sociales del Gran Caribe del Instituto de Estudios Caribeños

¿Qué es el Observatorio de procesos sociales del Gran Caribe, “Caribe Social”?

El Observatorio de Procesos Sociales del Gran Caribe (CARIBE SOCIAL) es un proyecto del Instituto de Estudios Caribeños (IEC) de la Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe, situado en la isla de San Andrés, que surgió en 2011 para desarrollar proyectos de extensión solidaria e investigaciones que, a partir de la valoración de la práctica y experiencias de las comunidades y movimientos, genere nuevos conocimientos colectivos que permitan ir prefigurando las sociedades que queremos. Por todo esto nuestro logo representa un rizoma, que crece de forma horizontal, generando de manera permanente nuevas raíces y nuevos tallos. Simboliza la profundización y arraigo que buscamos generar siempre (nuevas raíces) y la renovación e innovación de nuevas ideas transformadoras (nuevos tallos).

El punto de partida fue el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina en donde algunos líderes y lideresas del pueblo raizal, preocupados por la pérdida sistemática de su territorio ancestral, han venido desarrollando iniciativas que se basan en la construcción colectiva de estrategias de movilización como el Banco de Tierras, el Estatuto Autonómico Raizal y la Política Pública Raizal. También se han manifestado para exigir los derechos colectivos, para lograr el reconocimiento por parte del estado colombiano del territorio insular como un territorio étnico que busca salvaguardar el 48% de las propiedades que todavía se mantienen en las manos de miembros de la comunidad raizal y por la recuperación progresiva del territorio perdido por los estragos del proceso de colombianización.

SALA SITUACIONAL DE GRUPOS ÉTNICOS



La sala situacional de grupos étnicos tiene como objetivo realizar seguimiento a las iniciativas y a los procesos de luchas por el *territorio* y el *lugar* de las comunidades indígenas, afrodescendiente, raizales y campesinas en el Caribe colombiano.

SALA SITUACIONAL DE JÓVENES



El objetivo de esta sala situacional es hacer seguimiento a las iniciativas y a los procesos culturales y contra-culturales de jóvenes en el Caribe continental e insular colombiano. En un primer momento se trabajó en la identificación y caracterización de procesos culturales en San

Andrés islas en donde se destacan las iniciativas desarrolladas por la Fundación Ebony (mercado insular de expresiones culturales), la Fundación Transatlántico (festival internacional de teatro), la Fundación Henrietta (72 horas de Encarrete isleño), la Fundación Hey (encuentros de jóvenes) y los premios ENAI impulsados por *Creating medios*. Tras un análisis inicial se puede concluir que la mayoría de estas iniciativas son desarrolladas por personas adultas para un público juvenil en las que eventualmente participan jóvenes pero más como beneficiarios que como organizadores de las iniciativas.

SALA SITUACIONAL MUJERES Y GÉNERO

En esta sala hemos definido hacerles seguimiento a todas las formas de resistencia a la violencia contra las mujeres y las niñas. Dentro de los procesos identificados en San Andrés Isla se puede destacar el proceso liderado por la corporación Miss Nancy Land, organización de mujeres que viene realizando distintas apuestas en la búsqueda del empoderamiento económico de las mujeres, la prevención de la violencia y el reconocimiento y

reivindicación del componente étnico afro en el archipiélago. Un aporte importante en ese sentido lo constituyó la conmemoración el 24 de julio del día de las mujeres afrodescendientes (establecido a escala internacional el 26 de julio), que se realizó con la participación de Francia Helena Márquez Mina y Gloria Sánchez, reconocidas lideresas que han adelantado luchas por sus territorios y comunidades desde una perspectiva étnica. En este evento también se identificó el liderazgo de mujeres de la mesa departamental de víctimas, al que esta sala le hará seguimiento.



Sobre la revista

Cuadernos del Caribe es un medio de publicación, difusión y promoción de la producción de conocimiento realizada desde y para el Caribe en el marco amplio de los Estudios del Caribe entendidos estos como las propuestas epistémicas, teóricas y metodológicas que nos ayudan a pensar el Caribe desde sí mismo y a desarrollar alternativas a las problemáticas sociales y ambientales de la región. Los artículos remitidos deben hacerse con enfoques trans y pos disciplinarios y ser originales e innovadores, no publicados con anterioridad o simultáneamente en otra revista. La revista Cuadernos del Caribe es una publicación del Instituto de Estudios Caribeños (IEC) de la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia, encargado del soporte académico y administrativo de

la misma. Del Instituto hacen parte los grupos de investigación Estado y sociedad del Caribe, Nación región y relaciones internacionales en el Caribe y América Latina y Estudios ambientales del Caribe. El Instituto de Estudios Caribeños es un centro de pensamiento que es referente a escala internacional sobre estudios del Caribe y posgrados en este campo. Tiene como objeto desarrollar actividades de formación, investigación y extensión en áreas relacionadas con las Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, para lo cual adelanta estudios transversales de problemáticas estratégicas de esta macroregión. El IEC es una de las unidades académicas básicas de la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia y es centro miembro de la red CLACSO.



El Instituto se encuentra ubicado en las oficinas principales de la sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia, Sector San Luis Free Town N° 52 -44 (San Andrés Islas). La dirección

electrónica de la revista es: [http:// www.revistas.unal.edu.co/index.php/ccaribe](http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/ccaribe) y su correo [cuadernos_caribe@ unal.edu.co](mailto:cuadernos_caribe@unal.edu.co). El teléfono de contacto es el 57 8 5133390/91 extensiones 29646–29687.



Normas para autoras y autores

PRESENTACIÓN DE ARTÍCULOS

Se publican artículos en español, francés e inglés, con resumen y palabras clave en español e inglés. Los trabajos deben ser de mínimo 15 y máximo 25 páginas con bibliografía incluida, en tamaño carta, a doble espacio, sin espacios adicionales entre párrafos y títulos. Tipo de letra: Arial; Tamaño: 12; márgenes superior e inferior: 3 cm y márgenes derecho e izquierdo: 2,5 cm. Los pies de página se presentarán en fuente Arial tamaño 10, espacio sencillo. La presentación de un artículo debe ir acompañada de la especificación de si el artículo ha sido publicado o sometido a consideración en otra publicación o revista similar o de alcance divulgativo como memorias de seminarios, periódicos y separatas. Finalmente se sugiere recomendar posibles evaluadoras/es (2 nacionales y 2 internacionales) para el artículo presentado.

CATEGORÍAS Y ORGANIZACIÓN DE LOS ARTÍCULOS

Los artículos recibidos deben tener la siguiente estructura:

- Título. Debe ser breve, no incluir abreviaturas ni fórmulas.
- Nombre del autor/a (de los autores). Debe aparecer inmediatamente después de título. Si son varias/os autores, se debe indicar con un llamado a pie de página el nombre de la persona a quien se le puede dirigir la correspondencia.
- Formación académica y filiación institucional: en nota a pie de página se debe informar el más reciente título académico, la institución a la que está vinculado el autor o autora (pueden ser varios), la dirección de la institución y el correo electrónico de quien lo presenta.
- Resumen. Máximo 200 palabras. Debe indicar con claridad: objetivos, método, resultados, interpretación y conclusiones.
- Palabras clave. Cinco palabras clave o frases que indiquen los principales aspectos del artículo y deben presentarse, como ya se mencionó en español e inglés.
- Notas al pie de página. Son aclaraciones. Aparecen numeradas en forma consecutiva en la parte inferior de las páginas. Se utilizan para identificar la filiación institucional y dirección de las/los autores, para ampliar información inédita, o para dar explicaciones marginales que interrumpen el desarrollo natural del texto.
- Referencias bibliográficas. Indican las fuentes originales de los conceptos a los que se hace referencia en el texto y que provienen de investigaciones, estudios y experiencias anteriores. Las referencias bibliográficas se incluyen al final de artículo, siguiendo las normas de la American Psychological Association (APA) 6ª edición.
- Cuadros. Deben presentarse en forma comprensible. Las ilustraciones (gráficos, diagramas, dibujos, fotografías y mapas) servirán para agregar información. Sus títulos deben ser cortos, precisos y concisos y citar la fuente de donde fueron tomados, incluso aclarar si es una elaboración propia. Las fotografías deben ser de excelente calidad e incluir la fuente de origen y la fecha. Es necesario enviar los archivos originales de los cuadros, o como imágenes en formato .JPG de 300 Dpi.
- Abreviaturas. Pueden utilizarse, siempre que la primera vez se presente la frase completa. Por ejemplo: Asociación de Estudios del Caribe (AEC); después en el texto se utilizará únicamente AEC.

Cuadernos del Caribe publicará trabajos académicos en las siguientes categorías:

- Artículo de investigación. Documentos que muestren resultados de investigaciones desde una perspectiva trans o post disciplinaria y con una mirada analítica, interpretativa o crítica del autor/a sobre problemáticas artísticas, sociales, culturales, políticas, ambientales o económicas del Gran Caribe o algunas de las partes constitutivas.
- Artículo de revisión: documento donde se analizan, sistematizan e integran los resultados de investigaciones publicadas o no publicadas, con el fin de dar cuenta de los avances y tendencias. Se caracteriza por presentar una cuidadosa revisión bibliográfica.
- Artículo de reflexión: documento que presenta el análisis y/o síntesis de un/a autor/a respecto de una problemática específica, contando con referentes bibliográficos pertinentes que sirvan de base a la sustentación de sus argumentos.
- Artículos de actualidad: escritos referidos a problemáticas sociales y ambientales de la coyuntura que invitan a la reflexión y a la acción que contribuyan a generar procesos alternativos en la macroregión del Gran Caribe.
- Reseñas: se aceptarán reseñas de libros editados desde, para y sobre el Gran Caribe que hayan sido publicados en los tres últimos años.
- FI WI KANA: esta sección está destinada a publicar artículos o notas sobre temas relacionados con el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina que generen debate o interés general al interior de la comunidad isle-

ña. Se publican originales recibidos en creole, inglés o castellano y representa una tribuna para el debate y el intercambio de opiniones en la región insular.

NOTAS ADICIONALES

- La revista Cuadernos del Caribe no cobra por publicar los artículos, ni paga a los pares evaluadores. Como práctica editorial pregunta a los autores que presentan artículos o han publicado en la revista, si estarán dispuestos a evaluar un artículo futuro en caso de que se requiera.

NORMAS DE CITACIÓN

- Cuadernos del Caribe se ciñe a las normas de referencia bibliográfica de la (APA) 6ª edición. Este sistema cuenta con un modelo de citación parentética en el caso de citación dentro del texto, y otro modelo para la lista bibliográfica. Las citas dentro del texto deben realizarse mencionando entre paréntesis el primer apellido del autor, el año de publicación de la obra y la página, ejemplo: (Benavidez, 1998, p. 125). Para la mención de una obra de varios autores, se utilizan los siguientes modelos: cuando son dos (Guzmán y López, 1997, p. 38); y cuando son más de seis, (Rodríguez, et ál., 2002, p. 43). En el caso de referenciar un autor citado, se escribirá así: (Martínez, citado en Pérez, 1982, pp. 11-12). La lista de referencias bibliográficas, igualmente, debe ceñirse al modelo de la (APA).

Comité editorial

Revista Cuadernos del Caribe

La revista Cuadernos del Caribe desea manifestar públicamente su agradecimiento a los miembros de su comité editorial. Su apoyo, manifiesto en esfuerzo, dedicación y aporte de conocimiento, ha sido fundamental para hacer realidad este proyecto. A continuación un listado con sus datos:

Nombres y apellidos	Nivel académico	Campos de investigación	Vinculación institucional	Correo
Catalina Toro Pérez	Doctorado	Extractivismo y economía extractivista y minería.	Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá	ctorop@unal.edu.co
Elissa Lister Brugal	Doctorado y posdoctorado	Literatura, cultura e historia del Caribe.	Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín	elister@unal.edu.co
Francisco Avella Esquivel	Maestría, estudios doctorales	Estudios del Caribe.	Pensionado Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe - Universidad del Magdalena	pachoavella@gmail.com
Yusmidia Solano Suárez	Doctorado	Feminismos y movimientos de mujeres; género, raza y clase; procesos y movimientos sociales; ordenamiento territorial y social; economía solidaria y buen vivir.	Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe	ysolanosu@unal.edu.co
Vilma Díaz Cabrera	Maestría, estudios doctorales	Historia y cultura del Caribe.	Centro de Estudios del Caribe, Casa de las Américas	cielo26@gmail.com
Laura de la Rosa Solano	Doctorado	Estudios afro latinoamericanos; estudios del Caribe; fiestas y carnavales; identidad.	Universidad Santo Tomás	laura.delarosa.solano@gmail.com
Raquel Sanmiguel Ardila	Doctorado	Pedagogía del inglés, educación intercultural, lengua y cultura.	Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe	rsanmiguela@unal.edu.co
Silvia Mantilla Valbuena	Doctorado	Ciencia política y relaciones internacionales.	Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe	scmantillav@unal.edu.co

Comité académico Revista Cuadernos del Caribe

En el proceso de mejoramiento de la revista Cuadernos del Caribe con miras a alcanzar su indexación, el apoyo y soporte del comité académico de la publicación ha constituido un aporte fundamental. En reconocimiento a su labor, a continuación publicamos los datos de referencia de quienes colaboran en este comité:

Nombres y apellidos	Nivel académico	Campos de investigación	Vinculación institucional	Correo
Nadia V. Celis Salgado	Doctorado	Literatura-estudios del Caribe, estudios de género y mujeres	Bowdoin College	ncelis@bowdoin.edu
Margaret Elisabeth Shrimpton Masson	Doctorado	Literatura y cultura del área Caribe	Universidad Autónoma De Yucatán, México	maggieshrimpton@yahoo.com.mx
Dernival Venâncio Ramos Júnior	Doctorado	Estudios de cultura y territorio	Universidade Federal do Tocantins	dernivaljunior@gmail.com
Emilio Pantojas García	Doctorado	Sociología	Universidad de Puerto Rico, Río Piedras	emilio.pantojas@gmail.com
Raúl Román Romero	Doctorado	Nación y ciudadanía, memoria y poder, relaciones políticas y diplomáticas de Colombia en el Caribe	Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe	rromanr@unal.edu.co
Johannie Lucia James Cruz	Doctorado	Desarrollo sustentable y economía del turismo	Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe	jljamesc@unal.edu.co
Inge Helena Valencia Peña	Doctorado	Antropología y etnología	Universidad Icesi	ihvalencia@icesi.edu.co

Evaluadoras y evaluadores

Revista Cuadernos del Caribe

Queremos en esta oportunidad hacer nuestros reconocimientos públicos a la generosidad y dedicación de las personas que nos han colaborado desinteresadamente en la evaluación de los artículos de la revista Cuadernos del Caribe en los números 16, 17, 18 y 19. A continuación un listado con sus datos:

Nombres y apellidos	Nivel académico	Campos de investigación	Vinculación institucional	Correo
Nadia V. Celis Salgado	Doctorado	Literatura-estudios del Caribe; estudios de género y mujeres.	Bowdoin College	ncelis@bowdoin.edu
Javier Laviña Gómez	Doctorado	Historia de América; experto en el Caribe; esclavitud, colonia.	Universidad de Barcelona	javierlavina@ub.edu
Laura de la Rosa Solano	Doctorado	Estudios afro-latinoamericanos; estudios del Caribe; fiestas y carnavales; identidad.	Universidad Santo Tomás	laura.delarosa.solano@gmail.com
Vilma Díaz Cabrera	Maestría, estudios doctorales	Historia y cultura del Caribe.	Centro de Estudios del Caribe, Casa de las Américas	cielo26@gmail.com
Silvia Mantilla Valbuena	Doctorado	Ciencia política y relaciones internacionales.	Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe	scmantillav@unal.edu.co
Andrea Carolina Cardoso Díaz	Candidata a doctora	Economía ecológica.	Universidad del Magdalena	andreacardosodiaz@gmail.com
Patricia Iriarte Díaz-Granados	Maestría	Estudios del Caribe; literatura; comunicación; cultura.	Universidad del Atlántico	orianauta@gmail.com
Mónica María del Valle Idárraga	Doctorado	Estudios culturales-estudios literarios del gran Caribe-literatura popular.	Universidad de La Salle	mmdvalle@unisalle.edu.co
Francisco Avella Esquivel	Maestría, estudios doctorales	Estudios del Caribe.	Pensionado Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe - Universidad del Magdalena	pachoavella@gmail.com
Deibys Carrasquilla Baza	Maestría	Docencia universitaria, investigación social y cultural.	Universidad Cooperativa de Colombia, Sede Santa Marta	dcarrasquilla@gmail.com

Nombres y apellidos	Nivel académico	Campos de investigación	Vinculación institucional	Correo
Yusmidia Solano Suárez	Doctorado	Feminismos y movimientos de mujeres; género, raza y clase; procesos y movimientos sociales; ordenamiento territorial y social; economía solidaria y buen vivir.	Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe	ysolanosu@unal.edu.co
Nikita Harwich Vallenilla	Doctorado	Historia económica de América latina (siglos XIX y XX).	Université de Paris Ouest Nanterre La Défense	harwich.nikita@noos.fr
Eder Jair Ortiz Roca	Maestría	Seguridad alimentaria y nutricional	Organización R-Youth	ejortizro@unal.edu.co
Margaret Elisabeth Shrimpton Masson	Doctorado	Literatura y cultura del área Caribe.	Universidad Autónoma de Yucatán, México	maggieshrimpton@yahoo.com.mx
Elissa Lister Brugal	Doctorado y posdoctorado	Literatura, cultura e historia del Caribe.	Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín	elister@unal.edu.co
Muriel del Rosario Vanegas Beltrán	Maestría, estudios doctorales	Historia social y política de Colombia y del Caribe.	Universidad de Cartagena	mvanegasb@unicartagena.edu.co
Elda Herazo Dilson	Maestría	Estudios de género y familia.	Universidad de Cartagena y Alcaldía de Cartagena	eherazod@unicartagena.edu.co
Fady Ortiz Roca	Maestría	Estudios del Caribe y derecho de los pueblos.	Instituto Colombiano de Desarrollo Rural	fadyortiz@gmail.com
Ángel Quintero Rivera	Doctorado	Estudios culturales; sociología de la música; estudios caribeños.	Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico (campus Río Piedras)	agquinterorivera@yahoo.com
Gloria Bonilla Vélez	Doctorado y postdoctorado	Historia, estudios de mujeres y género.	Universidad de Cartagena	gbonillav@unicartagena.edu.co
Inge Valencia	Doctorado	Sociología política del multiculturalismo en Latinoamérica, desigualdades-narcotráfico y criminalidad organización.	Universidad Icesi	ihvalencia@icesi.edu.co
Luz Marina Rivas Arrieta	Doctorado	Literatura latinoamericana.	Pontificia Universidad Javeriana	luzmarina.rivas@gmail.com
Raúl Román Romero	Doctorado	Nación y ciudadanía, memoria y poder, relaciones políticas y diplomáticas de Colombia en el Caribe.	Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe	rromanr@unal.edu.co